

45061

Rosas de Mayo



Antología Poética Cuencana

1992

mp 760  
(wey)

45061

45061  
E861.42

# Rosas de mayo

T368R

ANTOLOGIA  
POETICA  
CUENCANA



Estudio y Selección:  
Lcdo. Marco Tello Espinoza

**ANTOLOGIA POETICA CUENCANA**

**Lcdo. Marco Tello Espinoza**

Universidad de Cuenca  
**Universidad de Cuenca**  
**1992**

VIII - 4 - 72  
9 2.000

# Rosas de mayo

## Presentación

El Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, pro-  
pone la redacción de una gran antología del "Rosario" de mayo de la  
ciudad, se convocarán escritores cuencanos, tanto en verso y prosa  
como en otros géneros.

### ANTOLOGIA POETICA CUENCANA

La antología consta de diez subtemas y está pi-  
ensada para ser publicada en un solo volumen. En uno de ellos, el "Rosario", se  
trabaja con la poesía y la prosa de la ciudad y su Provincia se prevé hacer un  
estudio y selección de la poesía cuencana, trabajo que deberá ser  
realizado por un grupo de escritores cuencanos. La antología  
será editada por el Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca,  
bajo el título de "Rosas de mayo" se publicará en el "Anuario  
de la Universidad de Cuenca", dentro de la cual los autores, pertenecientes al  
grupo generacional, ven en esta antología un momento  
de su vida y de su ciudad.

Desde 1964 la Universidad de Cuenca mantiene la noble tra-  
dición de recibir a los escritores de la ciudad y de la Provincia.  
En el mes de mayo de 1964, el Centro de Estudios Históricos y Geográficos  
de Cuenca, convocó a los escritores de la ciudad y de la Provincia para  
que presentaran sus obras en honor a la Virgen de Mayo.

**Estudio y Selección:**

**Lcdo. Marco Tello Espinoza**

Las obras presentadas en honor a la Virgen de Mayo, se han depositado a sus  
autores y el presente antología trabajada por el licenciado Tello y  
seleccionada por la Universidad de Cuenca, se verá a luz en el mes de mayo  
de 1992. La antología también se verá a luz en el mes de mayo de 1992  
en el "Anuario de la Universidad de Cuenca", dentro de la cual los autores  
pertenecientes al grupo generacional, ven en esta antología un momento  
de su vida y de su ciudad.

En 1992 la Universidad de Cuenca, convocó a los escritores de la ciudad y de la  
Provincia para que presentaran sus obras en honor a la Virgen de Mayo.  
El presente antología trabajada por el licenciado Tello y seleccionada por la  
Universidad de Cuenca, se verá a luz en el mes de mayo de 1992. La  
antología también se verá a luz en el mes de mayo de 1992 en el "Anuario  
de la Universidad de Cuenca", dentro de la cual los autores pertenecientes al  
grupo generacional, ven en esta antología un momento de su vida y de su  
ciudad.

**Universidad de Cuenca**

**1992**

## Presentación

El Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca propició la redacción de una gran historia del Azuay, dentro de la cual, se anexarán estudios especializados sobre temas y tópicos muy concretos.

El proyecto ya concluido consta de siete volúmenes y será publicado próximamente. En uno de ellos, el relacionado con la historia cultural de Cuenca y su Provincia se prevé anexar un estudio y selección de la poesía cuencana, trabajo confiado a la docta versación del licenciado Marco Tello Espinoza, quien ha autorizado que en el tradicional libro que edita la Universidad de Cuenca, bajo el título de Rosas de mayo, se publique la "Antología Poética", dentro de la cual los autores, estudiados por grupos generacionales, van en orden cronológico de acuerdo con la fecha de su nacimiento.

Desde 1904 la Universidad de Cuenca mantiene la bella tradición de rendir homenaje a una Madre y a una Mujer, Corredentora en Cristo, de la humanidad, bajo la advocación de Sedes Sapientiae y a lo largo de los años flores y poesías, es decir, plegarias llenas de hermosura se han depositado a sus pies. En el presente la antología trabajada por el licenciado Tello y editada por la Universidad se une a las orquídeas cultivadas también por la misma Institución, dentro de un gran proyecto de investigación científica aprobado por el CONUEP.

En 1992 el espíritu de la naturaleza cuajado en flores y en poesía se une al fervor creciente de los diversos estamentos universitarios para pronunciar una sola y grande oración el 30 de mayo, a quien es Madre y Reina de la Universidad.



## ¡OH FLOR BELLA!

Ignacio de Escandón

1726 - 1785

¡Oh flor bella y desdichada!  
¿Qué te importa el ser hermosa,  
Si en tu mansión espantosa  
Con la muerte estás ligada?  
¿Dónde irás fija o cortada  
Que cambies tu infausta suerte?  
Arrancarte es golpe fuerte,  
Dejarte es pena crecida;  
Pues dejarte con la vida,  
Es dejarte con la muerte.

## VOZ DE LA CREACION

Pedro Pablo Berroeta  
1737-1821

### XVI

Ama amantem Cretorem  
Ama a tu amoroso Criador

Cuanto veo de bello y de galante,  
cuanto de pulcro y de precioso admiro  
de este universo en el inmenso giro,  
¡ama, me dice, al Criador amante!

¡Ama, me dice, a Dios! el sol brillante,  
cuando hacia el cielo con los ojos giro;  
cuanto planeta allí descubro y miro:  
¡ama, me dice, a Dios en todo instante!

En la tierra también con mil clamores,  
esto clamando están en monte y prado  
brutos y hierbas, pájaros y flores.

Cuantos objetos hay en lo criado  
son del amor de Dios despertadores,  
y en mí este amor aún no ha despertado.

## VIENDO QUE BAJA QUIEN SUBIR ANHELA

Tomás Rendón  
1824 - 1916

Viendo que baja quien subir anhela,  
a nadie mimo, ni ambiciono puestos;  
por eso brillan para mí los días  
claros, serenos.

Nunca me agrada, por amor a honores,  
brumar del Ponto las mugientes olas,  
ni, entre tormentas, sostener insanas  
luchas odiosas.

Siempre de lejos contemplar procuro  
cual rugen de hambre cortesanas fieras,  
cual se desgarran y entre sí se quitan  
mezquinas presas.

Do quiera busco en silencioso asilo  
la paz serena, la quietud del alma,  
la paz que nunca puede dar al hombre  
la Corte insana.

Jamás me atrae lo que no es hermoso,  
lo que no es grato, delicioso y suave,  
yo amo tan solo lo que amor merece,  
lo que es amable.

Así me encanta en el rosal florido,  
en la alta roca o en el valle ameno  
la tortolilla, con dolientes quejas,  
tierna gimiendo.

Así me place en el risueño mayo  
mirar cuan leda la nevada garza  
bate sus alas, al romper el día,  
en la onda clara.

Son mi deleite los opacos bosques,  
las tersas fuentes, los floridos valles,  
los claros ríos y las frescas sombras  
de los sauzales.

¡Oh! si, llegado para mí el momento  
en que la vida y sus halagos cesan,  
del campo viendo la verdura amable  
morir pudiera!...

Poder y honores, azarosos bienes,  
anhelen otros por cualquier camino,  
yo nunca puestos que ponzoña brindan  
busco ni envidio.

A nadie halago, solo a Dios acudo,  
y si El piadoso mi clamor escucha,  
aunque los viles con desdén me vean,  
yo haré fortuna.

Y así pasando mis tranquilas horas  
sin engolfarme en el revuelto mundo,  
sereno acaso, de bajezas limpio,  
iré al sepulcro.

Triste es la vida y algo más la muerte,  
de palaciegos que, en fastuosas cortes,  
quieren que todos los conozcan, y ellos  
no se conocen.

## LA NOCHE EN EL CAMPO

Joaquín Fernández Córdova

1829 - 1892

Cándidas nubes velan del cielo  
Los moribundos últimos lampos;  
    Ligeras sombras  
    Cubren los campos  
Y las remotas playas del mar.

Tristes rumores, vagos suspiros  
Alzan los bosques, finge la fuente:  
    Voces postreras  
    De la inocente  
Naturaleza que va a callar.

Todas las aves meditabundas  
Buscan el nido de sus mayores;  
    Las raudas brisas  
    Buscan las flores  
Embalsamadas, para dormir.

Y en los apriscos se arremolinan  
Limpias manadas en crespas olas,  
    Como se agrupan  
    Las amapolas  
Y los jazmines en el jardín.

Y cual fugaces fosforescencias  
De áureos insectos en primavera,  
    Lucen y mueren  
    Por donde quiera  
Las *candeladas* del labrador.

Crecen las sombras, reina el misterio...  
Mas de repente brillan los cielos,  
Y entre fulgentes  
Nítidos velos  
¡Se alza la luna, rica de amor!...

Y enajenada la madre tierra  
Con las caricias de su albo rayo  
En infinito  
Dulce desmayo  
No siente el raudo tiempo correr.

No sé qué pasa ni qué se dicen  
Entre suspiros y éxtasis santo;  
Mas hay secretos,  
Hay un encanto,  
Que los poetas deben saber.

También hay quejas, resentimientos,  
Lágrimas puras de sus amores,  
Que las recogen  
Cándidas flores  
En sus corolas de oro y coral.

¡Ah! más arrobos tiene la noche  
Que el expansivo, fúlgido día,  
Y esta sublime  
Melancolía  
Me hace adorable la eternidad.

A MIGUEL ANGEL CORRAL,  
Delante de su sepulcro

Antonio Marchán García

1830 - ¿ ?

(Fragmentos)

.....  
Huyendo del vano mundo,  
Que turba la paz del alma,  
A buscar vengo la calma  
Para el pecho moribundo:  
Aquí en silencio profundo,  
Y envuelto por el capuz  
De las sombras, sin más luz  
Que el reflejo de la luna,  
Mis lágrimas, una a una,  
Caen al pie de tu cruz.

.....  
Ruge la hórrida tormenta;  
Todo el cielo se oscurece;  
El relámpago aparece,  
Y el trueno brama y revienta;  
Cayó el árbol y no ostenta  
Su frondoso pabellón;  
Tú también, cisne, al turbión  
Lanzado por el destino,  
Has apagado ya el trino  
De tu meliflua canción.

De ardiente llanto cubiertos,  
Buscan y no hallan mis ojos  
Tus inmóviles despojos  
En estos mudos desiertos:  
Hoy, invisibles y yertos,  
Tras su lápida mortuoria,  
Son el polvo que la gloria  
Dejó al pasar por la tierra...  
La última letra que cierra  
Las páginas de tu historia.

A mis flébiles acentos  
No encuentro ser que responda,  
Que en esta soledad honda  
Sólo suspiran los vientos:  
Los tristísimos lamentos  
De las brisas funerarias,  
Son las lúgubres plegarias  
De un ángel que canta y gime  
Al son de su arpa sublime,  
En las tumbas solitarias.

.....

En ese insondable océano  
Y tenebroso misterio,  
Sin brújula ni criterio  
Yerra el pensamiento humano:  
Negro, incomprensible arcano,  
Lóbrego, inmenso vacío,  
En cuyo fondo ¡Dios mío!  
Se eleva la imagen mustia  
Del porvenir que me angustia,  
Inexorable y sombrío.



## LA MAÑANA

Miguel Angel Corral

1833 - 1881

El tenue resplandor del sol naciente  
Poco a poco los cielos ilumina,  
Y al fresco soplo de vital ambiente  
Va huyendo presurosa la neblina.

En los árboles húmedos resbalan  
Trémulos visos de carmín y de oro,  
Y aleteando los pájaros exhalan  
En trino alegre su cantar sonoro.

La flor, que el aura revolando toca,  
Entreabre su pétalo fragante,  
Como una virgen su olorosa boca  
Al casto beso de su tierno amante.

Y mil murmullos pueblan armoniosos  
De músicas errantes el espacio,  
Mientras el sol en rayos luminosos  
Ostenta ya su disco de topacio.

Y en medio de tan plácido concierto,  
Lleno de pena, y de ilusión desnudo,  
En mi pecho infeliz ¡ay! casi muerto  
Sólo mi corazón palpita mudo.

Y ya el sol despejado se levante  
Por entre un cielo de purpúreo raso,  
O luzca su diadema vacilante,  
Suspenso en los abismos del ocaso,

¡Nada me importa a mí! Su rayo ardiente  
Que el sauce tiñe y dora la *arirumba*,  
Viene a quebrarse, pálido, en mi frente  
Como en la triste piedra de una tumba.

## ¡ADIÓS!

Luis Cordero Crespo  
1833 - 1912

A mi idolatrada esposa Jesús Dávila y Heredia

Versos de fuego, con mi sangre escritos,  
Que condensen mis ayes infinitos  
En un solo clamor, y a la futura  
Edad trasmitan el recuerdo infausto  
De ésta mi incomparable desventura;  
Versos que inmortalicen tu holocausto,  
A par de mi agonía,  
Lamentando el rigor de nuestra suerte,  
Quisiera componer, para ofrecerte,  
¡Mitad difunta de la vida mía!

Pero ¡ay! qué, mientras, yerta,  
Duermes, en el silencio de la fosa,  
El sueño de que nunca se despierta,  
Consternación cruel, pena espantosa  
Roen mi corazón, y en trance tanto,  
Si bien puedo exhalar tristes gemidos,  
Prorrumpir en funestos alaridos,  
Bronca la lira, se resiste al canto.

¡Desdichado de mí! cómo pudiera  
Dejar al punto tu siniestra casa,  
Y, cual herido ciervo, a quien traspasa  
De aleve cazador bala certera,  
Aturdido cruzar monte y llanura,  
Y correr, y correr, sin rumbo cierto,  
Hasta caerme muerto,  
Allá en el fondo de una selva oscura.

Triste que muere, sus congojas mata,  
Y éste el remedio de mi mal sería;  
Mas ¡oh martirio! la fortuna impía,  
Que el más estrecho vínculo desata,  
Quiere extremar conmigo su violencia;  
Pues, con los restos mismos que han quedado  
Del lazo de mi amor, me ha sujetado  
A la roca fatal de la existencia.

¡Reliquias de mi bien, húerfanos míos,  
Que, gimiendo, aterrados y sombríos,  
Me circundáis en grupo tembloroso,  
Vosotros el precioso  
Derecho me quitáis con que podría  
Postrarme de rodillas ante el Cielo,  
Y el inmediato fin de vida y duelo,  
Suplicios ambos, impetrar hoy día!

¡Extraña condición! Yo, que a torrentes,  
Voy a beber del mar de la amargura,  
Os debo consolar, prendas dolientes  
De mi muerta ventura!...  
Mas ¿cómo aliviaré vuestro tormento?  
¿Qué luz, para mi rostro macilento;  
Para mi mustio labio, qué sonrisa;  
Qué lenguaje, a consuelos adecuado,  
Podrá darme este inerte y desolado  
Corazón, que en tinieblas agoniza?

¡Señor, cuando tu arbitrio inescrutable  
Sentencia de orfandad dicte severa  
Contra humana familia miserable,  
Sea el padre la víctima primera;  
Y a la débil, infancia que, inocente,

En el regazo maternal anida,  
Del materno calor saca la vida,  
No la dejes sin madre, Dios clemente!

¡Piedad, Señor! mis hijos la han perdido:  
El mayor infortunio de la tierra  
Sobre ellos ha caído.  
Verdad que es suyo cuanto amor encierra  
Mi pecho lacerado,  
Amor que, con la ausencia perdurable  
Del ídolo de mi alma, se ha doblado;  
Mas ¿dónde la inefable  
Ternura, los afanes, los desvelos,  
Y ese caudal de halagos sin medida  
De aquel ángel bendito de mi vida,  
Custodio de mis pobres pequeñuelos?

¿Quién soy, desde que faltas, dueño amado,  
Sino un huérfano más que, despojado  
De tu inmenso cariño,  
Te busca sin cesar por donde quiera,  
Te llora amargamente, como un niño,  
Y te llama, y te espera,  
Y, como no contestas, se sorprende,  
Y, de ver que no asomas, se horroriza,  
Y hiélase de espanto; pues comprende  
Que ya no eres, mi amor, más que ceniza?

¡Oh desastre fatal! ¡oh golpe rudo!  
¿Quién anunciarme pudo  
Que el prematuro fin lamentaría  
De tu fresca y lozana  
Juventud, de tu noble bazaría,  
Del cultivado brillo de tu mente,

De ese anhelo continuo y diligente  
Con que eras, en tu hogar, la soberana  
Experta y laboriosa,  
Madre excelente, singular esposa?

De cuanto fuiste tú, ya no me queda  
Sino la imagen de tu rostro amado,  
Que, previsor, el arte ha conservado,  
Para que, en medio de mi angustia, pueda  
Mirarla y suponer que noche y día  
Vives en mi amorosa compañía.  
Ella es mi talismán y mi tesoro,  
La única joya que en el mundo estimo,  
Y, cuando a voces mi desdicha lloro,  
Contra el viudo corazón oprimo...

Consuelo de mis penas, ¿por qué acabas  
Tus juveniles años de repente?  
Trunca dejas la tela que bordabas;  
Abierto aún el libro que leías;  
Suspensa la cristiana y elocuente  
Instrucción que a tus hijos dar solías;  
Toda labor doméstica turbada;  
Toda esperanza de los dos burlada...  
¡Ay! con razón, encanto de mi vida,  
Al contacto postrero de tu mano,  
Exhaló gemebundo tu piano  
Notas de lastimera despedida...

Pronto florecerán tus azucenas,  
Y después tu magnolia favorita  
Su esencia brindarános exquisita,  
En níveas copas, de rocío llenas.  
Aun las de nuestro amor flores preciadas,

Que, en aljófar de lágrimas, bañadas,  
Son la mejor corona de tu duelo,  
Puede ser que, pasado el negro día  
De llanto y desconsuelo,  
Cobre nuevo vigor y gallardía...

De entre las bellas rosas que cultivo,  
A una, la más preciosa,  
Dí de tu dulce nombre el atractivo,  
Y es *rosa de Jesús* aquella rosa.  
Ya con botones de fragante grana,  
Soberbia de ser tuya, se engalana,  
¡Malogrado primor! ¡vana hermosura!  
Ahí estás, mi JESUS, flor de mis flores,  
Con el brote postrer de mis amores,  
¡marchita en la desierta sepultura!

¡Ah cuán lento, cuán largo, me parece,  
Desde que tú no existes, cada instante!  
Ha quedado mi dicha tan distante,  
Que en lóbrego confín se desvanece.  
Así suele, después de claro día,  
Prolongarse la noche tenebrosa,  
Y ni vestigios hay de la radiosa  
Lumbre que en el cenit resplandecía.

¡Ten lástima de mí, Dios soberano!  
Mi corazón se turba y anonada  
Al peso de tu mano.  
Con la luz de mis ojos apagada,  
y la carne a los huesos adherida,  
Hastiado de mí mismo y de la vida,  
Adusto, cual el cárabo en su grieta,  
¿Cómo, si me abandonas, Padre mío,

Resistiré a tu excelso poderío,  
Que me clava en el pecho la saeta?

Sus días fueron sombra, fueron humo.  
He ahí que la agostaste como el heno  
Que siega el labrador en la mañana...  
Sólo tú no te cambias, Poder Sumo,  
Que impasible dispones y sereno  
La sucesión de seres cotidiana.  
Cuando perezca el orbe que fundaste,  
Envejecido el cielo, se desgaste,  
Y a desplomarse vaya la opulenta  
Máquina de los mundos al abismo,  
La mudarás, cual rota vestimenta,  
Y quedarás el mismo...

Pero ¿qué es de la humana criatura,  
Que hiciste a tu divina semejanza,  
Dándole un rayo de tu lumbre pura  
Y el poderoso imán de la esperanza,  
Si, a pesar de sus ansias de lo eterno,  
La total destrucción que le rodea  
Mira con esa luz, odiosa tea,  
Que le enciende las llamas de un infierno?

¡Perdóname, Dios santo, que estoy loco!...  
Loco?... ¡Dichoso yo, si lo estuviera,  
Y el juicio, que quitárame hace poco,  
Tu augusta potestad me devolviera!  
Y, desgarrado el velo que cubría  
De pavorosa lóbreguez mi mente,  
Brillara para mí resplandeciente  
La aurora de otro día,  
Y despertase de mi horrible sueño,  
En brazos... ay! en brazos de mi dueño!



Y aquel amargo adiós que ella me daba;  
Los tristísimos ayes que exhalaba;  
La tierna bendición con que a sus hijos  
Por siempre de su lado despedía;  
Aquellos ojos lánguidos, que fijos  
En el cielo tenía;  
La mortal palidez de su semblante;  
Su actitud de paloma agonizante;  
Su sacrificio, en fin, y esos clamores  
Que en torno a su cadáver estallaron,  
Fuesen solo fantásticos dolores,  
Soñadas amarguras, que pasaron!...

¡Paraíso de mi amor, Azuay querido,  
Que tuya has hecho la desgracia mía,  
Con cuánto regocijo te diría:  
*Dejemos de llorar; no la he perdido!*  
Por tus plazas y calles la llevara,  
Con el mismo contento y algazara  
De la feliz mujer que halló su perla,  
Y tu pueblo, sensible y generoso,  
Llamándome dichoso,  
Me colmara de plácemes, al verla...

¡No, Señor! ya me postro y me someto  
Al horrible decreto  
Que contra mí fulminas:  
¡Que se cumplan tus órdenes divinas!  
Con la frente en el polvo las bendigo.  
Sabia, tu providencia ha concertado  
Un premio y un castigo,  
Con separar al justo del culpado.

Se fue la gloria mía;  
Se fue contigo, que mejor la amabas;  
Yo no la merecía.  
Mil veces entendió que la llamabas;  
Mil veces me lo dijo de antemano;  
Aunque, al hablarme de su fin cercano,  
¡Insensato de mí! no lo creyera.  
Ay! cuando ya no existe,  
Saboreo el acíbar de aquel triste:  
*¿Quién cuidará de ti, cuando me muera?*

*¿Quién cuidara de mí?... Nadie, amor mío:*  
Tu puesto está vacío...  
Compañera adorada, ven a verme...  
Tu familia de huérfanos ya duerme.  
Desamparado estoy... Lúgubre calma  
De silenciosa noche me circunda,  
Noche en el corazón, noche en el alma.  
Todo es quietud profunda:  
Nadie te observará: sólo yo velo.  
¡Acércate, por Dios; dame al oído  
El plácido mensaje que del Cielo,  
Por favor, por piedad, me habrás traído!

*¿Cómo he de soportar esta condena*  
De forzado a la vida,  
Si alguna vez, a mitigar mi pena,  
No vienes, con tu amor, sombra querida?  
Espíritu inmortal, que al sacrosanto  
Seno de Dios volaste,  
Recuerda que en el mundo me dejaste  
Náufrago de las ondas de mi llanto.  
Yo debo perecer, si no me amparas;  
Pero ¡ay, entonces, de las prendas caras,

Que mi dicha de ayer diera por fruto!  
De orfandad doble vestirán el luto.

¡No!... por más que me olvides, yo no puedo  
La cadena romper con que ligado  
Por el amor a la desdicha quedo.  
Tú a la patria del bien te has encumbrado,  
Donde tus hijas en la infancia muertas  
Angeles eran ya, que te esperaban  
Con las alas abiertas.  
Cuantos pesares para ti se acaban,  
Cuantos el mundo para mí tenía,  
Cuantos, al caer tú, se han desatado,  
Unidos, van a ser, desde este día,  
El lote de tu esposo desgraciado...

¡Emperatriz del cielo! a tu clemencia,  
Con mi grupo de huérfanos, acudo:  
Bajo tu amparo pongo su inocencia.  
Cuando su buena madre ya no pudo  
Hablar palabra del lenguaje humano,  
Todavía tu nombre soberano  
Con labio balbuciente pronunciaba,  
Y hasta el último instante repetía;  
Porque mi pobre mártir expiraba  
Entregando sus hijos a María.

¡Madre del infeliz que no la tiene,  
Recibe esta familia, que, a ser tuya,  
Dejando en polvo la que tuvo, viene!  
Tu divino favor le restituya  
Todo el amor perdido.  
Por tu dolor de madre te lo pido  
Acógela benigna en tu santuario;

Sé su tierna y clemente protectora:  
¡Después de tu orfandad en el Calvario,  
Ya no debe haber huérfanos, Señora...!

A tus plantas los dejo, y, peregrino,  
Mientras tu santa protección los guarde,  
Voy, en mi aciaga tarde,  
A recorrer el resto del camino.  
Solitario y errante en la jornada  
Más penosa y difícil de la vida,  
El alma, entre mis hijos y mi amada,  
En sangrientas mitades dividida,  
A cuestras con el fardo ponderoso  
De mi muerta ventura,  
Salgo a buscar ansioso  
Mi único porvenir: la sepultura...

¡Adiós, mi caro dueño,  
Del cielo de mi amor astro extinguido!  
Duerme en santa quietud el postrer sueño:  
Yo, a continuar penando, me despido,  
Mañana, que, al tormento de llorarte,  
Desfallezca y sucumba,  
Vendrán mis restos a pedir su parte  
En tu fúnebre lecho de la tumba...  
Hasta entonces, adiós! -En la elegía  
Que amor y desventura me han dictado,  
Te dejo por ofrenda, esposa mía,  
Todo mi corazón despedazado!

## LAS TRES TORCACES

Miguel Moreno

1851 - 1910

Después de primavera,  
estío viene,  
y en este tiempo aciago  
todo se muere;  
todo se muere,  
pero muere más pronto  
lo que se quiere.

Te acuerdas, madre mía,  
de esa mañana  
que yo saliera triste  
de mi cabaña,  
de mi cabaña,  
oculta entre las rocas  
de la montaña?

Tú sola comprendiste  
la cuita acerba  
que me hizo verter llanto  
por vez primera.  
Por vez primera  
dijiste: -Quiere otra alma  
por compañera...

- Las flores de amor crecen  
llenas de espinas;  
vive por siempre solo,  
tu amor decía.  
Y aun me decía:  
- Sola es la luna, ¡oh hijo  
del alma mía!

Y yo repuse entonces:  
-De amor las penas  
se curan con sus mismas  
hondas querellas;  
dulces querellas  
la luna cambia amante  
con las estrellas.

Y al punto recordando  
que, enamoradas,  
las aves en la selva  
también lloraban;  
de amor lloraban,  
sin duda, cuando solas,  
cual yo, se hallaban;

Me dije; -Tan sólo ellas  
comprender pueden  
cuánto en sus ilusiones  
mi alma quiere.  
¡Ay! Mi alma quiere  
llorar acompañada,  
si amor la hiere.

Y fui a la selva umbría,  
y a dos torcaces  
of se prodigaban  
arrullos suaves  
¡Oh, cuán suaves  
son de amor las ternezas,  
madre, lo sabes!

Y un nido vi junto a ellas  
de ramos secos,

albergue solitario  
de dos hijuelos;  
los dos hijuelos  
piaban temblorosos  
viendo a los cielos.

- Estos pichones, dije,  
vendrán conmigo  
cuando de tarde traiga  
de allá, del río,  
¡ay! de ese río...,  
a mi novia, a la dueña  
del pecho mío.

Y pronto tres torcaces  
serán mañana  
las que en el huerto canten  
de mi cabaña;  
y mi cabaña  
será el edén hermoso  
de la montaña.

Ellas las venturosas  
reinas del bosque,  
serán las confidentes  
de mis amores;  
y esos amores  
harán brotar fecundos  
nidos y flores.

Y si alguien las acosa,  
serán su asilo  
mi madre, mi cabaña  
y el pecho mío:

el pecho mío,  
será para ti sola,  
*torcaz del río.*

Y al irme bosque adentro,  
ligero el paso:  
-Ella, yo me decía,  
me está esperando;  
me está esperando  
también como yo, triste,  
de amor llorando.-

Mas no, como otras veces  
la encontré alegre  
jugando entre la grama,  
junto a la fuente;  
junto a esa fuente,  
do una vez a la niña  
besé la frente.

Ni hallé que en los caminos  
había del monte  
regado, cual solfa,  
hojas y flores;  
silvestres flores,  
cartas con que expresamos  
nuestros amores.

Ni la vi que, sentada  
bajo ese aliso,  
me estuviera esperando  
cerca del río;  
de nuestro río,  
raudo cual los afanes  
del pecho mío.



Y cuando, sin hallarla  
llegué en el pueblo,  
alguien me dijo a solas:  
-Ve al cementerio...  
Fui al cementerio,  
y ya la suerte de ella  
no fue un misterio.

Leyendo de las losas  
las inscripciones,  
en una, la más nueva,  
hallé su nombre...  
¡Su caro nombre!  
¡Cuán cortos días vive,  
Dios mío, el hombre!

Ya me lo presentía,  
pues tuve un sueño...,  
torcaz de negros ojos,  
que te habías muerto;  
y te habías muerto  
sin conocer siquiera  
mi pobre huerto.

Del ciprés de su tumba  
nunca abandono  
hacecillos que llevo  
como despojos;  
tristes despojos  
de la niña a quien nunca  
verán mis ojos.

De tarde a la cabaña  
torné afligido

con el alma viuda  
y sin destino:  
ya, ¿qué destino,  
sin amor, de la vida  
por el camino?

Y de las dos torcaces  
los dos polluelos,  
por el cierzo ateridos,  
ya se habían muerto;  
y estaba muerto,  
como el jardín de mi alma,  
el de mi huerto.

¡Qué poco viven, madre,  
las pobres niñas,  
las flores y aves!... Viven  
un breve día.  
¡Qué breve día  
de ilusiones, de aromas  
y de armonía!

Y hoy, solo en mi cabaña  
paso cantando  
endechas, en que vierto  
mi desengaño;  
el desengaño,  
estío, para mi alma,  
de todo el año.

Después de primavera  
estío viene,  
y en este tiempo aciago  
todo se muere;

todo se muere,  
pero, ¡ay!, muere más pronto  
lo que se quiere.

## UNA GANANCIA ES MORIR

Mihi Mori Lucrum  
San Pablo

Julio María Matovelle  
1852 - 1929

¡Ay, la vida! ¿Qué es la vida?  
Chispa oculta entre pavesa.  
Relámpago que atraviesa  
Tempestad enfurecida.

¡Ay la vida!

Es mal que cura la muerte;  
Negra cárcel que, al morir,  
Logra el prisionero abrir:  
De tal suerte  
**Que una ganancia es morir.**

Dejar espinas y abrojos  
Para ceñirse de estrellas,  
Sacar del llanto las huellas  
Y clavar en Dios los ojos;  
Ay! los ojos  
Que han visto el mundo funesto:  
Eso es dicha que el que muere  
A gloria y cetro prefiere;  
y es por esto  
**Que gana mucho el que muere.**

¿Qué son los placeres? Humo.  
¿Qué, la hermosura? Ceniza,  
Que en el sepulcro se pisa,

Cuanto en la tierra hay de sumo,  
    Todo es humo:  
Plata y seda, todo, todo!...  
De manera que se gana  
Muriendo en edad temprana;  
    De tal modo  
**Que sólo el que muere gana.**

    ¿Por qué tan ruda ansiedad,  
Tanto afán, tanta locura,  
En ir tras lo que no dura,  
En buscar la vanidad?  
    ¡Vanidad!  
Que duelos mil atesora.  
Sólo el necio su ganancia  
Busca en la tierra con ansia,  
Porque ignora  
**Que es la muerte una ganancia.**

Vivamos, pues, a manera  
Del cultivo en calabozo,  
Que, ajeno de risa y gozo,  
Libertad cercana espera;  
    De manera,  
Que pongamos todo anhelo  
En la gloria de morir,  
Sin cansarnos de decir  
    Viendo al cielo:  
**Nuestra ganancia es morir.**

## EL YARAVI

Honorato Vázquez  
1855 - 1933

Trémulo el sol se hundía  
tras las montañas,  
mientras de un triste sauce  
entre las ramas;  
dentro las ramas,  
una torcaz oculta  
sola arrullaba.

Entre el tenue follaje,  
casi en secreto,  
mansamente corría  
remiso el viento:  
tan triste el viento,  
que no rumor, sollozos  
eran sus ecos.

Y plumas de los nidos  
con hojas secas,  
a su vuelo cayendo  
iban disperas;  
iban dispersas  
arrastrándose luego  
sobre la arena.

Tan leve como el viento  
que entre los sauces  
gime al venir la noche  
vagando errante,  
triste y errante,

entre nidos deshechos,  
plumas fugaces;

Tal de tus armonías  
las notas vagan  
en incierto revuelo  
dentro del alma,  
dentro del alma;  
sepulcro donde yacen  
dichas pasadas.

Recuerdos son tus quejas  
de aquellas horas  
que en la niñez pasaron  
bellas y cortas;  
¡ay, Dios, cuán cortas,  
en el hogar oyendo  
tus dulces notas!

Y allá, bajo otro cielo,  
¡cuán triste y dulce,  
es entonar tus ayes  
viendo las cumbres,  
lejanas cumbres  
que del paterno campo  
al cielo suben!

Lejos del hogar nuestro,  
sólo tenemos  
de él las dulces notas  
que, al son del viento,  
y con el viento,  
años atrás cantamos  
en nuestro huerto.

Cuán tierno es a tus voces  
sentir rodando  
por nuestra faz marchita  
gotas de llanto,  
íntimo llanto  
por las prendas del alma  
que allá dejamos.

¡Oh, qué triste, es entonces  
decir: -Mi casa,  
¿cómo estará? Mi madre  
y mis hermanas  
¡pobres hermanas!,  
¿cantarán lo que canto?  
¡Ay, dulce patria!

¡Quién me diera, Dios mío,  
por un instante,  
como la golondrina,  
sólo una tarde,  
sólo una tarde  
volar a cantar triste  
junto a mis padres!-

A las faldas de un monte  
hay una aldea,  
y allí, entre capulfes,  
blanca una iglesia,  
y tras la iglesia,  
la cruz de un cementerio  
sobre la yerba.

A un tierno pastorcito  
oí una tarde,



clamando ante un sepulcro:  
«Querida madre,  
óyeme madre,  
si sólo estás dormida,  
despierta, es tarde.»

Después, sentóse triste  
bajo de un árbol,  
y un rondador del seno  
sacó, y llorando,  
su mal llorando  
el rondador campestre  
llevó a los labios.

Tocó un yaraví, de esos  
que antes cantaba  
con la madre: inocente,  
tal vez pensaba,  
tal vez pensaba  
con sus lúgubres sonos  
resucitarla.

No sé si ha respondido  
la muerta madre,  
mas desde entonces baja  
todas las tardes,  
todas las tardes  
al cementerio el hijo  
con sus cantares.

Ya al son de la vihuela,  
ya al de la flauta,  
del rondador campestre  
dentro las cañas,

dentro las cañas  
donde con el aliento  
se vierte el alma;

Yaraví de mis campos,  
voz de la pena,  
que con el dolor mismo  
dolor consuelas,  
si así consuelas,  
yaraví de mis campos,  
¡bendito seas!

## EN EL MAR CARIBE

Manuel Nicolás Arízaga

1856 - 1906

Cual leve arista la nave flota,  
bamboleando sobre la mar;  
la racha sopla, las olas se hinchan  
y así la imprimen rudo compás.

Todo retiembla de proa a popa;  
el timón cruje sin descansar...  
¡Ah, del Pacífico quién disfrutara  
la deliciosa tranquilidad!

Copos de espuma bramando arrojan  
millares de olas al reventar,  
cual la melena que agita el monstruo  
de la cerúlea profundidad...

Sereno, en tanto, contemplo el cielo-  
de las alturas ese otro mar-  
y me preocupa distinta idea:  
de amarga ausencia la soledad.

Como en las aguas va solo el buque  
así en él sola mi ánima va,  
sumida en hondos, tristes recuerdos  
y retraída de las demás.

Allá, muy lejos, en bellas playas  
que el grande océano llega a besar,  
de mis amores y de mi dicha  
las gratas prendas todas están.

Allí mi esposa, la más querida  
mitad del alma, suspirará,  
y los pimpollos del amor nuestro  
mi nombre, en vano, balbucirán...

Entre los Andes ecuatoriales,  
en el hermoso valle natal,  
donde mis padres y mis hermanos  
el sueño eterno duermen en paz,

Hay todavía seres queridos,  
a quienes nunca podré olvidar,  
que me recuerdan y que en mi tumba  
llanto y plegarias ofrendarán...

Adiós!... De Fúlton el noble invento  
triumfa del ponto y avanza audaz,  
y me conduce siempre adelante,  
siempre más lejos del dulce hogar.

Adiós!... Mas, todas, amadas prendas  
en la memoria conmigo vais,  
sobre los mares o las montañas,  
o entre el bullicio de la ciudad...

Y, en cambio, siento, cual suave brisa,  
que de la Patria llega hasta acá,  
vuestros recuerdos, vuestros suspiros,  
y así os bendigo y os amo más...

## ¡SIEMPRE!

Rafael María Arízaga

1858 - 1933

### A Fidelia

Doquier que vuelva los inquietos ojos,  
Lance doquiera el pensamiento audaz,  
Luz de mis sombras, flor de mis abrojos,  
Allí a mi vista y en mi mente estás.

Cuando al beso del sol luce la aurora  
Las galas de su eterna juventud,  
Miro en ella tu imagen seductora,  
Pura como los genios de la luz.

Te veo en el ocaso mientras arde  
Del día el moribundo resplandor:  
¡Cuán bella entre las hadas de la tarde,  
Preludiando mis cántigas de amor!

Y cuando reina la medrosa calma  
De las sombras, y el mundo yace en paz,  
Y en honda soledad se agita el alma  
Del dolor al embate pertinaz;

También tu imagen luminosa y pura,  
De mis ensueños ilusión feliz,  
La ley quebranta de la ausencia dura  
Y amante viene a vigilar por mí.

Tu nombre escucho, tu belleza encuentro,  
Tus ojos me persiguen, por doquier...

¡Ah, si es mi vida el ignorado centro  
De tu amor, de tu culto, de tu ser!

Tu recuerdo inmortal vive en mi mente  
Como vive en el pecho el corazón,  
Cual la queja en la tórtola doliente  
Y en las cuerdas del arpa el dulce son;

Como en el seno de la flor, la inquieta  
Gota del puro llanto matinal,  
Y en la abrasada mente del poeta  
De ingénita hermosura el ideal.

Yo te bendigo, cariñosa sombra,  
Que así caminas de mi vida en pos:  
Mi labio siempre con afán te nombra  
Y por ti eleva una plegaria a Dios.

## MAYO

Remigio Crespo Toral  
1860 - 1939

### LXXIV

¡Oh gratas primaveras  
que alegráis las andinas cordilleras!  
¡Cómo a su primer rayo  
rompe en flores la pampa solitaria!  
¡Es la hermosa estación de la plegaria,  
mes de las almas y la gloria, ¡Mayo!

### LXXV

La errante luz en el jardín se posa:  
colorea el clavel, pinta la rosa,  
y derrama, triunfante, en su carrera  
la risueña cascada de colores:  
¡estación de las flores,  
juventud de las almas, ¡primavera!

### LXXVI

¡Cuántos rumores en el patrio río,  
que, despeñado desde el monte umbrío,  
se deshace en espumas!  
La alfombra de las hojas cubre el suelo,  
y pasan por el cielo  
aves y nubes e irisadas brumas.

### LXXVII

El valle, cual comado canastillo,  
luce su pompa al brillo  
del sol; riega el moral en el sendero  
las blancas flores y el purpúreo grano;  
y el maíz, en la cuesta y en el llano,  
corónase de plumas altanero.

### LXXVIII

Bajo toldos de verde enredadera,  
a la opuesta ribera  
el brazo extiende la orgullosa puente;  
y cubierta de helechos y de grama,  
los aires embalsama,  
y mírase en la límpida corriente.

### LXXIX

En vértigo, la rueda del molino  
gira entre el torbellino  
de las raudas espumas: cubre el techo  
el blanco polvo como tenue gasa  
y adentro, el trigo pasa,  
de la ancha tolva en la prisión estrecho.

### LXXX

A la sombra del sauce  
duerme el agua en el cauce,  
donde murmura queda;  
y viciosa y lozana  
se baña en la corriente la liana,  
que encima de los árboles se enreda.



### LXXXI

En medio el pradecillo de claveles,  
cual nido que se esconde en los vergeles,  
surge en el bosque la heredad modesta,  
do el humo del tejado lento asciende,  
donde la lumbre que la esposa enciende  
es del esposo fiel la única fiesta.

### LXXXII

Al pie del arrogante  
monte, que ciñe en oriental turbante  
la neblina que al campo da frescura;  
la ciudad, cual bandada de palomas,  
se recuesta en las lomas,  
y las plantas oculta en la espesura.

### LXXXIII

¡Oh valles de la patria! ¡oh azulada  
linde que cercas la feliz morada  
donde habita la paz! Aquí los huertos  
están siempre, y los setos, florecidos,  
y calientes los nidos,  
y es alegre aun la casa de los muertos.

### LXXXIV

Cuanto la vista abarca  
en la andina comarca,  
se elevan de la Virgen los altares;  
el ara de los campos se improvisa,  
el musgo la matiza,  
la consagra el amor de los hogares.

### LXXXV

En concierto de mística armonía  
los campanarios suenan, y a porfía  
un himno nuevo canta  
la vieja Catedral, y a los remotos  
montes lleva sus ecos, como votos  
que a los cielos levanta.

### LXXXVI

En la pobre capilla,  
¡cómo risueña brilla  
la imagen de la Virgen de la Escuela!  
¡Cuántas rosas y lirios,  
qué de nevados cirios,  
cuánta plegaria que a los cielos vuela!

### LXXXVII

Y las cestillas llenas  
vierten en los altares azucenas;  
ensaya la inocencia el dulce arpegio,  
mezcla de queja, bendición y arrullo,  
y en creciente murmullo  
los cánticos se escuchan del Colegio.

### LXXXVIII

¡Qué cartas a la Virgen dirigidas,  
de querellas henchidas!-  
En hojas de color con orlas de oro,  
¡qué cosas se escribían inocentes!  
¡ansias locas y súplicas ardientes,  
la primera pasión, el primer lloro!

## LXXXIX

También yo te escribí... Puse temblando  
en tus manos la carta. -Yo, ignorando  
del mundo, te pedía  
un hogar a la vera de mi calle,  
una heredad en el nativo valle  
y el don de la adorable poesía.

## A LA ORILLA DEL MAR

Remigio Crespo Toral  
1860 - 1939

Sólo me es dado oh mar, en tus orillas,  
escribir mi dolor sobre la arena;  
y cuando el sol de la penumbra brillas,  
inclinada mi frente en las rodillas,  
de la onda oír la música serena.

Al peso de mis locos desvaríos,  
vago en febril ardor por la ribera;  
y cual llegan al mar todos los ríos,  
todo el caudal de los dolores míos  
viene a llenar mi soledad postrera.

¡Escribir en la arena!... Pensativo,  
con el recuerdo de mi gloria a solas,  
y de la patria a la pasión cautivo,  
mi testamento en esta playa escribo:  
¡no se lo lleven las inquietas olas!

Mas ¡oculto lenguaje de los seres!  
¿Semejan mis dolores infinitos  
los de la arena breves caracteres?...  
¡Empresa humana loca, presto mueres  
como los signos en la playa escritos!

Nada resiste a la terrible prueba,  
ni los viejos perennes elementos.  
La demencia del mar todo se lleva.  
Vano es en rocas ensayar la esteva,  
vano arar en las aguas y en los vientos.

## CORCELES Y CONDORES

Remigio Crespo Toral  
1860 - 1939

Oscuras las melenas, la faz meditabunda,  
del páramo cruzando la soledad profunda,  
avanzan... Son los tristes esclavos de la raza,  
que sin yelmo ni espada, mosquete ni coraza,  
van a morir, bañando con sangre de sus venas  
la tierra en que nacieron, la madre de sus penas.

Los Shyris. ¡Son los Shyris de la gallarda Quito,  
que en las gigantes cumbres del páramo infinito,  
de masas inconscientes en apretadas olas,  
aguardan, pues ya llegan las huestes españolas!

Las españolas huestes, de rubias crenchas de oro,  
a desposeer al indio vienen, de su tesoro:  
la tierra donde duermen felices sus mayores,  
la tierra do no existen ni esclavos ni señores.

Cotopaxi el desierto llenó con alaridos:  
son ellos los gemidos, estériles gemidos,  
con que la indiana tierra, de su infeliz estrella,  
contra los sordos cielos, rugiendo, se querella.

\*\*\*

Sobre la cuesta lucen como fulgor de soles:  
los yelmos, las corazas, los tercios españoles.  
Cual aves de colores, coronan las cimera  
los cascos que circundan gallardas las testeras.  
Las huestes no se arrastran, con vacilante paso.

Corren, vuelan, hollando doquier el campo raso,  
encima de unos monstruos, que, en arrogante vuelo,  
bajo sus plantas sienten huir tremante el suelo.

¿Es la invencible tropa de los eternos dioses  
que de lo alto descienden terribles y veloces,  
derramando en el suelo la luz de sus enojos,  
con el rayo iracundo de sus azules ojos?  
Ya lo dijeron antes los tristes agoreros:  
vendrán desde muy lejos los domadores fieros,  
como la nieve blancos, con rojas cabelleras,  
para usurpar del Inca las libres cordilleras.

Pero, luchar se debe por la tierra, -la tierra,  
que germen, luz y encanto de la existencia encierra.  
La indiana tropa empuja sus apretadas olas;  
y aguardan impasibles las huestes españolas.  
¡Lucha tenaz y estéril! El arcabuz la muerte  
arrojá con el plomo sobre una turba inerte,  
que rueda en los repechos del páramo sombrío,  
enviando al sol en vano su ingente vocerío.  
Abre el acero surcos en la sangrienta masa,  
y el corcel relinchando sobre los muertos pasa;  
ensangrentadas lanzas sustentan la bandera,  
el sol en vano en lo alto del firmamento impera:  
cual lámpara mortuoria sobre sus hijos brilla,  
y en mustia lumbre baña la cruz, la de Castilla.

¡Victoria! Cotopaxi, con alarido inmenso,  
gime; a lo lejos tiende la noche un velo denso,  
que en ondas de ceniza, cual fúnebre sudario,  
cubre la horrenda escena del campo solitario.  
Los vencedores cantan la prez de su victoria!

¡Gloria a su grande arrojo y a sus hazañas gloria!  
Y pues la noche cierra y el sueño los enerva,  
cansados se recuestan encima de la yerba,  
mientras atalayando a sus señores, fieles,  
velan bravos mastines y alígeros corceles.

\*\*\*

Mas, cuando de un silencio como de horror y duelo  
se extiende el ala negra desde el remoto cielo,  
innumerable turba de pájaros gigantes  
llega, poblando el aire con gritos resonantes.  
Son los cóndores regios, los cóndores andinos,  
terribles vengadores, espíritus divinos,  
que bajan de los picos del páramo nevados:  
¡de la vencida patria los últimos soldados!

Los cóndores se lanzan con invencible saña,  
y a los corceles retan, en singular hazaña.  
Relincha el noble bruto, cuando las alas siente  
que, látigo de acero, destrózale la frente.  
Loco se arroja, a impulso de férvida carrera.  
En su cabeza el cóndor se eleva cual cimera;  
y al estridente grito de olímpicos enojos,  
rasga al corcel el cuello, y arráncale los ojos.  
¡Lucha final que turba del vencedor el sueño!  
El lebrél tiembla y busca la sombra de su dueño,  
y algo oscuro y sombrío sobre las nubes flota:  
es la postrera etapa de la última derrota!

Es la venganza estéril de la salvaje tierra  
contra el que trajo el yugo tremendo de la guerra.  
La libertad que venga la esclavitud de un mundo,  
que antes de ser esclavo, rebélase iracundo

contra la servidumbre que largamente empieza:  
¡última llamarada que da Naturaleza!

Y el cóndor desde entonces se oculta en la distante  
altura, do sacude las alas de gigante:  
no baja a las campiñas donde habitar solía,  
la libertad gozando con el fulgor del día.  
Proscrito de su tierra, la busca con el vuelo,  
en la llanura vasta del infinito cielo.



## AÑOS DESPUES

Adolfo Benjamín Serrano  
1862 - 1935

### PRELUDIO (Fragmentos)

Y otra vez de mis lirás los cantares  
son ecos de un sollozo;  
¡lágrimas que del alma se desprenden  
y mueren en los ojos!...  
Y otra vez el santuario de mis dichas  
en ruinas y escombros,  
y apagado el fanal de mis ensueños,  
¡qué solo estoy, qué solo!...

Enfermo el corazón, la fe perdida,  
hastiado ya de todo,  
un mundo de recuerdos y ansiedades  
llevando so mis hombros;  
sin rumbo, sin estrellas que me alumbren,  
cruzando un mar ignoto;  
sintiendo el frío de nostalgia horrible,  
¡qué solo estoy, qué solo!...

.....

Dentro del corazón escucho a veces,  
rumor confuso de contrarias voces,  
y hay en mi rostro lágrimas que ríen  
y risas que preludian sinsabores.

Por eso, mezcla de alegría y llanto  
son de mi lira los postreros sones;  
ayes que anublan mis fugaces dichas,  
carcajadas que ocultan mis dolores.

---

Pasó mi dicha cual ligera niebla  
que el sol deshace al asomar el día,  
y hoy la amargura del recuerdo puebla  
de sombras, nada más, la senda mía.

Soy cual la rosa que deshoja el viento,  
abierto apenas su aromado broche;  
soy como el ave que, con triste acento,  
de amor se queja en la callada noche.

## BELLO ES AMAR

José Mora López  
1863 - 1915

¡Bello es amar, cuando una faz purísima,  
Un alma nos anuncia, angelical,  
Cuando en suave actitud, modesta y tímida  
Se revela el candor, bello es amar!

¡Bello es amar cuando miramos, férvidos,  
Brillar entre unos labios de coral  
Blanda sonrisa, do un poeta estático  
Bebiera inspiración, bello es amar!

¡Bello es amar, cuando al mirarle, súbita,  
Sentimos dentro el alma su beldad,  
Y al modular su voz, tierna, dulcísima,  
Nos habla al corazón, bello es amar!

¡Bello es amar cuando en un pecho angélico  
Tiemblan olas de amor, con puro afán,  
Cuando unos ojos de belleza lánguida  
Suspiran entre luz, bello es amar!

¡Bello es amar una beldad Olímpica,  
Tan bella como tú, *Felicidad*:  
Al verte, yo deseara... sí, frenético,  
Exclamando morir, bello es amar!

## VERSOS BLANCOS

Ernesto López

¿? - 1963

¿De un Sol mi voz viene? ¿Surge de una cúspide,  
de oída Stambul?... Mas, cierto es que adviene  
no de estadios y ágoras, ni de un zenit fosco,  
de un claro recóndito del tácito azul.

Si solía la alondra, si orquesta el león,  
bien rujo mi Verso, mi Verso bien canto:  
Y, heme, irrumpente cantor de osadía,  
efundo mi Estrofa, a plena garganta,  
no al Harpa efusora de fanfarria lírica.

Franco admirador de la vida íntegra,  
el mirar curioso llegó hasta lo hipnótico:  
pensé, como en sádico amor de las cosas,  
y ellas me insuflaron su aliento cantante.

Y en imperativo de amor de Hermosura,  
bien visto que no hay ganancia más válida  
me dí a la hidalga locura sonora  
de errar en la busca del vital Ensueño.

Lejos, entre vallas, la senda intrigada  
de laurelería, rasgados los velos  
que vendan, voy, ágil, no a ras de horizontes  
con trabas sendarias: y, en lo alto, o más alto  
sorprendo el milagro de las claridades.

Me intimo en el Todo: Me ilumina el alma  
de las vidas cósmicas, y portentos muéstrame

que a la expresión se hurtan: y es mi canto apenas  
el grito exultante de un mudo en el éxtasis.

Cantaré de modo de no oír la glosa:  
y luego iré al límbico solar azulino  
de donde escapo, ávido, por servir cantando  
a la alta Belleza, ¡mi amor absoluto!

La busco y la encuentro -feliz panteísmo-  
en la nubil linda y en la aurea pantera,  
en la ostra y el astro; y, ¡quién lo creyere!,  
de tanto buscarla, la encuentro en mí mismo.

Cuando ella me besa -¡oh mi Novia diosa!-  
encela la estrella, la flor me obedece,  
cual paje, y mi labio florece en el Verso.

Yo canto -venido en auto anagnorisis-  
pues, siquier sea ínfimo el don recibido,  
por él es debido franco antidoral.

Y aunque contra el Verso flecha un grito de ogro,  
mi voz no se apaga: sé que es corazón  
de la vida el Verso, sangre de la historia.

Canto en el Pan-tema: -cuando la garganta  
su vis gasta pródiga y en triunfo se crispa,  
sirviendo a la Idea mundicreadora,  
alerta a su oráculo, vibrante a su chispa:-

¿La Gloria? Contra ella todo el desdén lógico  
de mi amor por la Unica, por mi Novia diosa.  
¿La Guerra? Contra ella mi paz artillada  
que hace blancos épicos de serenidad.

Canto, porque el Verso de bajo las sienas  
me brota más vívido y originalmente  
que el hálito eléctrico de entre la onda hertziana  
y de entre la roca la linfa espejeante.

Soy libre en mi vuelo, más libre en mi canto:  
si hay rey en el Arte no soy seguidor  
del rey ruseñor; señor tengo y tanto  
que soy de mí mismo nativo señor.

## DE ARTE ANTIGUO

A Remigio Crespo Toral y Manuel J. Calle  
(Fragmentos)

Nicanor Aguilar  
1866 - 1937

.....

Como marino que se acoge al leño  
rompe la ola de piélagos brumoso,  
me abracé de la lira, cariñoso,  
y la tormenta desafié risueño.  
Desde entonces la vida era el ensueño,  
el ansia dolorosa de lo hermoso:  
no sé yo, tanto tiempo, cómo vivo,  
el ala libre, el corazón cautivo.

Buscando el corazón, en mi locura,  
el pecho no pulsé sino la frente;  
no contemplaba el cielo hacia la altura,  
gusté verlo copiado en la corriente,  
y al astro de la noche sonriente  
en las hebras de luz de la espesura:  
mi madre recogió mi primer canto,  
como hoy enjuga con piedad mi llanto.

Y el prado se cubrió de florecillas...,  
vi reventar en flor el limonero,  
miré bordar las rubias manzanillas  
con oro y con aromas el sendero,  
y caí casi absorto de rodillas,  
mientras corría el llanto, mensajero

de algo como tristeza, como gozo  
de mirar tan efímero lo hermoso.

.....

Con su rosada piel los recentales,  
las negras cabras y la oveja blanca  
remedan de la nube los cendales;  
si del rebaño abierta entrada franca,  
atalaya el mastín entre jarales,  
dulce balido del redil arranca:  
ante una u otra virgiliana escena  
siento amor, siento miedo y siento pena.

.....

Oculto amor el orbe todo guarda:  
si el alba inclina el cetro de su imperio  
la azucena salúdale gallarda;  
en su entraña se incendia el hemisferio,  
un sol palpita tras la nube parda,  
en la luz de cada astro hay un misterio,  
en la rósea corola un dios dormido,  
¡corazón de los árboles el nido!...

Como las flores del rosal pintado  
al viento que las mueve dan su esencia,  
mi pobre corazón ha consagrado  
ay! a cada dolor una cadencia.  
Cuanto ama, gime o canta me ha inspirado,  
más que el sol me deleita la inocencia,  
tengo envidia a las libres golondrinas  
y pasión por las tumbas y las ruinas.

Rendida, sin laurel, la frente cana,  
me hará inmortal el mármol del olvido,



pues, no di ni en la edad de flores vana,  
menos hoy, a la gloria atento oído.

Es de tarde: y la luz de la mañana,  
otra vez, más hermosa se ha encendido:  
¡torna, inspiración, dulce poesía,  
con el primer amor del primer día!

## CONFIDENCIAS

Luis Cordero Dávila

1875 - 1940

Ya de ese sol no hablemos, de otros días;  
halló un ocaso, al despuntar eterno:  
hoy son mis horas, solitarias, frías,  
las de un estéril prematuro invierno.

Porque se mofan de las penas mías,  
yo en la casera soledad me interno;  
mas todo un mar de sordas agonías,  
bate las ruinas del hogar paterno.

Ya nada, nada espero del futuro,  
porque la inmensa noche del presente,  
todo lo llena y me lo vuelve obscuro.

Y solo soy en medio a la corriente:  
piedra que el agua desquició del muro  
¡ay! pero piedra que palpita y siente.

## MARINERA

Juan Iñiguez Vintimilla

1876 - 1949

El sol asoma, la playa brilla...  
Dejan la orilla las barcarolas.  
Sobre las olas de mil colores.  
Los pescadores cantando van.

“No sabe el hombre de donde viene  
La luz que tiene, la ola ni el viento:  
Su pensamiento débil no alcanza  
En lontananza lo porvenir.

Si las tenazas están en mano  
Del artesano; si los favores  
Y los honores son del monarca,  
Está la barca en manos de Dios”

Libres al viento las blancas velas  
De carabelas y barcarolas,  
Sobre las olas de mil colores,  
Los pescadores cantando van.

## POEMA XXI

Si tantas estrellas ostenta ese cielo,  
que es pálida sombra del que en tu alma llevas  
¿respóndeme hermosa -te dije una noche-  
el número inmenso que tú tienes de ellas?

Miraste mis ojos, bajaste en seguida  
tus claras pupilas con honda tristeza,  
y, al fin, susurraste, bañada de llanto:  
“¡las noches del alma no tienen estrellas!”

## LA OVEJA

Manuel María Ortiz  
1880 - 1976

Llena de albor, de mansedumbre llena,  
¿a quién con su dulzura no fascina?  
Su rebaño en el prado o la colina  
es visión la más plácida y serena.

Si la zarza le hiere y le carmena,  
adorna con sus rizos cada espina,  
y los da al ave que amorosa trina  
en busca de anidar; ¡así es de buena!

Víctima sin defensa ni mancilla,  
de la protervia humana bajo el yugo,  
ofrece su albo cuello a la cuchilla.

Y ni lamentos da ni muestra enojos  
mientras copia la imagen del verdugo  
allá en el fondo de sus dulces ojos...

## DELIRIO

Francisco Martínez A.

¿Por qué mi errante y loca fantasía,  
vuela buscando los inmensos mares;  
y del poeta el corazón ansía,  
por una barca, abandonar sus lares?

¿Por qué la soledad, sirtes y espumas,  
son para mí de encanto irresistible?  
Sueño en la tempestad de oscuras brumas,  
sobre los senos de la mar terrible.

¡No comprendo! mas sé que es mi destino  
soñar con las borrascas y las olas;  
vagar sin rumbo, intrépido marino,  
y en el fondo del mar, morir a solas...

¿Cómo podré vivir lejos, tan lejos,  
de la que al corazón da los latidos,  
ausente a los del sol patrios reflejos  
y sin los dioses del hogar, queridos?

¡No lo sé! que es misterio mi fortuna;  
Solo sé que odio de la tierra el cieno;  
que no nací para ventura alguna:  
¡inmensa mar, recíbeme en tu seno!

## TREBOL

Alfonso Andrade  
1881 - 1954

Buscaba en el prado de tréboles rico,  
-umbrátil alfombra de gramas en flor-  
las hojas simbólicas, el verde abanico  
que dichas presagia de ensueño y amor.

Mi frente inclinada, la vista en acecho,  
marcada en el rostro la varia impresión,  
seguía tus huellas, latiéndome el pecho,  
¡oh! esquivas princesa de regio blasón.

Fue vana la brega, quedéme rendido:  
la flor de la vida mi mano esquivó;  
perdí la esperanza, y un hondo gemido  
del hondo del alma la pena arrancó...

Después... sólo llegan los fríos reflejos  
de un sol que en la linde va a hundirse del mar,  
y penas y dichas contemplo de lejos,  
como ondas del río, pasar y pasar.

Sentado a la vera del triste camino,  
¿qué miro?... ¡Leonora! ¡te encuentro! ¡Perdón!  
¡oh trébol soñado! ¡ideal peregrino!  
¡oh esquivas princesa de regio blasón!

## BREVISIMO SONETO...

Alfonso Malo Rodríguez  
1881 - 1958

¡Primavera feliz, casta alegría  
impregnada en efluvios de fragancia,  
mariposa de luz, dorada infancia,  
primer cuarteto de la vida mía!  
Llega el verano, acorde sinfonía,  
cuarteto en ritmo de divina estancia,  
cuando en la copa del ensueño escancia  
su néctar el Amor y su ambrosía.

Luego el terceto del brumoso estío,  
hojas de gualda que en temblor inquieto  
a un mar ignoto las arrastra el río.

¡Y el invierno, por fin, postrer terceto,  
con que termina, desolado y frío,  
de la vida el brevísimo soneto...!



**LA LEYENDA DEL CISNE**  
(sobre un viejo motivo)

Para Nicanor Aguilar, maestro y amigo.

Alfonso Malo R.  
1881 - 1958

Despertaban del mundo las auroras,  
surgía en apoteosis la Belleza,  
y el orbe de las manos creadoras,  
conservaba el efluvio y la grandeza.

Era el agua, el diamante que fulgura;  
la selva virgen, ánfora de aromas;  
la pradera, esmeralda de verdura,  
y un himno los turpiales y palomas.

En la atmósfera azul y rutilante,  
la niebla urdía mágicos tapices,  
y en la gota de trémulo cambiante,  
vertía el sol del iris los matices.

Desgarróse el cendal de blanca nube,  
que de los cielos el azul cubría;  
y por el claro, extático un querube,  
de la tierra, admiró la poesía.

Y fijó las miradas en un lago,  
espejo de magnífica tersura,  
que dibujaba con artero halago  
de sus célicas formas la figura.

Le cegó la atracción de aquel abismo.  
Quiso de cerca contemplar sus galas,  
y cautivo del mágico espejismo,  
tendió a la tierra las sutiles alas.

Viajero sideral, huyó del cielo,  
en un rayo de luna adormecido,  
y descansó del vértigo del vuelo,  
en el espejo de ágata bruñido.

Pero cuando tocó con planta leve  
el dormido cristal, cesó el hechizo:  
rompió en espumas, fragmentó aleve,  
y en ondas rumorosas se deshizo.

El doliente querube buscó en vano  
en las aguas, su imagen fulgurante:  
cambió su esencia misterioso arcano,  
al hollar de las linfas el diamante.

Esfumóse la blonda cabellera  
el oro diluyóse de las plumas,  
y el agua seductora y traicionera  
le vistió del vellón de sus espumas.

Un ave nueva daba pompa al lago;  
y arrancado a los cármes divinos,  
el querube de ayer, hoy nívco mago,  
fue arpa viviente de los dulces trinos.

Hizo del cuello junco delicado,  
al cielo por decirle su amargura,  
y por verlo en las ondas retratado,  
delineó su gallarda curvatura.

Como ágil fugitiva carabela  
mil veces turbulento, hiende el agua,  
deja de espumas rumorosa estela  
y alza de gotas chispeadora fragua.

Otras, sosiega el fatigoso empeño,  
le arrulla el aura con caricia leve,  
y en el blando abandono del ensueño,  
semeja un copo de flotante nieve.

Quiso una tarde conquistar la altura,  
o morir, de los cielos a despecho,  
de entonces con rubíes se empurpura,  
el pico aleve que se hundió en el pecho.

Todo en vano, no alcanza lo infinito;  
en lo alto y hondo mueren sus anhelos,  
y es su voz el arpegio del proscrito,  
que siente la nostalgia de los cielos.

## FUGA DOLIENTE

Aurelio Falconf  
1882 - 1970

La nave ¡De pronto, parece un gran sueño  
de sombras, que inmóvil mirase el zafir  
de los horizontes repletos de ensueño,  
que el ansia no llenan de amar y vivir!

Parece que piensa, parece que duerme  
la nave, en el puerto tranquilo y azul;  
dijérase un ave acuática, inerte,  
que añora el encanto de algún Stambul.

Y luego la agita un férvido anhelo,  
la inquieta lo ignoto del cielo y del mar,  
y el ave y el sueño preparan el vuelo  
¡pues, los corazones no cesan de amar!

Se aleja, se ausenta. La blanca ribera  
se apena; se agolpan las olas y son  
sus vagos rumores de amor y de fiera,  
como una elegía trocada en canción.

Como alas que luchan con honda tortura,  
se dan los pañuelos la frase final.  
¡No hay grito que vibre con tanta ternura  
cual grita lo blanco de alada señal!

Se aleja la nave fantástica y sola;  
las blancas gaviotas se alejan en pos,  
de miedo a la playa que ausencia desola:  
¡no saben las almas decirse el adiós!

## LA GARZA

Remigio Tamariz Crespo

1883 - 1948

Al resplandor del orto y del poniente,  
cual una flor de espuma, en la ribera  
mira pasar la rápida corriente  
que entre algas y juncales reverbera.

Tal vez evoca en éxtasis doliente  
de su bosque natal la primavera,  
o está implorando misteriosamente  
un bien que tarda y sin cesar espera.

Quizá le llega arcano llamamiento  
en los alisios de una playa ignota  
y, súbita, se eleva al firmamento.

Y cuando hiende el sideral vacío,  
bien se diría que en el viento flota  
el alma melancólica del río.

## SOL DE OCASO

Remigio Tamariz Crespo

1883 - 1948

Finge el poniente mágica paleta:  
sobre franjas de púrpura radiosa,  
hay vivos tonos de color de rosa  
y suaves tintas de ágata y violeta.

Más rojo, cuanto más baja a su meta,  
agrandando el Sol su esfera temblorosa,  
semejante a una llaga luminosa  
que inundara de sangre el agua quieta.

Absorto el cielo y dolorido el mundo,  
se enlutan por el astro moribundo,  
y, a que torne a brillar la luz que expira,

juntan los holocaustos de su duelo,  
y sobre el bosque transformado en pira  
se quema vivo el corazón del cielo.

## LA TARDE

José Rafael Burbano V.

1883 - 1944

Sin que una sombra empañe su tersura,  
con manto de oro engalanóse el cielo,  
y en la sutil diafanidad del velo  
dibujan las estrellas su hermosura.

Revienta en flor de luz la roca oscura  
al sol, que huella su impoluto hielo;  
y el árbol mudo, acariciando al suelo,  
tiende su sombra larga en la llanura.

Se incendia el horizonte, el mar se dora,  
y del ígneo gigante que fallece  
coronando de lumbre las montañas,

al ver el fuego cruel, que le devora,  
quiere apagarlo el mar, y abre y le ofrece,  
la inmensa frialdad de sus entrañas.

## DESDE LA CUMBRE

Para Miguel O. Bustos

Agustín Cuesta Vintimilla  
1884 - 1946

Por fin estoy aquí. ¡Oh inmensa roca!  
que altiva rompes el azul del cielo,  
el lodo de la tierra ya no toca  
tu cima excelsa donde cuaja el hielo.

Aquí donde la vida se agiganta,  
de un sol ensangrentado a los reflejos,  
canta, alma mía, tus dolores canta,  
lejos del mundo, de los hombres lejos...

Llora a torrentes; mas ignore el mundo  
que te venció la pena, que es profundo  
el caos donde tu dolor se encierra.

Y que tus rimas -líricos delirios-  
caigan, cual lluvia de nevados lirios,  
en las negras perfidias de la tierra...



## EL POEMA DEL SAUCE

### El sauce del lago

Agustín Cuesta Vintimilla

1884 - 1946

Sobre el cristal del agua pensativa  
la verde copa destrenzada tiende;  
y en el limpio caudal que le cautiva,  
sus hojas, como lágrimas desprende.

Solitario en las linfas se dibuja,  
su vida es triste, cual la mía, sola...  
y cuando el vendaval su copa estruja  
en espuma a sus pies revienta la ola.

El verde musgo que a su sombra nace  
con lágrimas del agua se abrillanta,  
igual que mis pestañas, si deshace  
sus olas el dolor que me quebranta.

Enamorado de un ideal, parece  
que algún recuerdo su existencia agota,  
pero tiembla, se alegra y se estremece  
cuando posa en sus ramas la gaviota.

De entreambos la existencia dolorosa  
arrebujá la cruel melancolía;  
y me alegro cual tú, si en mi alma posa  
mi gaviota de luz: la poesía.

¡Doliente hermano!, cuántas almas tienen  
nuestro triste destino, ser felices  
solo el instante que las alas vienen  
a sangrar las antiguas cicatrices.

## IDIILIO

Para Luis R. Chacón R.

Ricardo Jáuregui U.

1884 - 1955

### I

¡Declina el sol! La tarde en el vacío  
por luminosa senda se abre paso.  
Calma en los valles y en las cumbres frío...  
¡Sólo mi dulce amor no tiene ocaso!

¡Oh! tú, mi único dueño, ven conmigo:  
en mi orfandad tu compasión reclamo.  
¡El ala de tu amor deme su abrigo  
en estas soledades, en que te amo!

Ven y preside la apacible escena  
que inebria el alma de íntimo alborozo,  
aquí, donde la atmósfera es serena,  
cristalino el raudal y el campo hermoso.

No paca aquí la pérfida alimaña  
ni indómito corcel o cabra arisca.  
Tañe el pastor su flauta en la cabaña  
y el corderillo en la pradera trisca.

El retamal en flor, la espiga rubia  
cubren de oro la pampa y la ribera.  
¡Tras tibio sol, la refrescante lluvia!  
¡Dios en los surcos, en la mies, en la era!...

## II

Fue pobre esta heredad de mis mayores...  
Fecundó el yermo mi afanar prolijo;  
mi propia sangre matizó las flores...  
¡Copioso fruto da! ¡Dios la bendijo!

¡Y soy feliz! Mi madre idolatrada  
eterno amor de la existencia mía  
mira surgir espléndida alborada  
tras la deshecha tempestad bravía.

Aquí mi hermana compañera tierna  
que mi dolor a sus dolores junta  
en oración sencilla se prosterna  
en la llanura, do la mies despunta.

Hasta la honda caverna sabe luego  
responder generosa a mi reclamo.  
Si digo: ¡TE AMO! en fervoroso ruego,  
con sus ecos me dice: ¡TE AMO! ¡TE AMO!

## MONTAÑA AZUL (Fragmentos)

Gonzalo Cordero Dávila  
1885 - 1931

### III

Manejo de poleo de un borde de camino  
que entre estas hojas vives, oliéndote a pradera,  
ya sabes dónde estoy, de qué silencio vino  
hacia esta feria humana mi pobre vida austera.

Dejé la soledad donde corría el viento  
doblando los copudos gomeros y sauzales.  
Dejé la soledad que perfumó el aliento  
de treinta bueyes libres las tardes estivales.

Mi madre está dormida bajo un girón de cielo  
de aquella soledad tan pintoresca y clara:  
¡los pájaros del monte la arrullarán al vuelo!

Pero mi vida triste se me ha entreabierto, avara,  
en las azules páginas de mi inocencia, para  
mostrarme una señal dorada de consuelo.

### V

Volviera al campo alegre de mi estación lontana,  
tal vez, con esta vida que se unge de emoción,  
sintiera el baño de oro del sol de la mañana,  
suspense en los azules paisajes del balcón.

Las fresas de la huerta, con hojas coloradas,  
no pueden tener otro perfume que el de ayer.  
Del mandarín exótico las tibias alboradas  
de Julio las intensas fragancias han de oler.

No hay Negra que cultive manchones de fumaria.  
La Negra cayó muerta, como en el Robinsón  
que decora la sala de la mansión agraria!

Pero sus blancos ojos, su tumba solitaria,  
sus corales vendidos, su vieja voz diaria,  
¡me llenan de otros días la paz del corazón...!

## VII

¡Soy hijo de montaña! Serenidad de altura,  
madrigal de regatos, bondades sobrehumanas;  
vaquerías y potros; toda la dulce albura  
de los rebaños faltan a mis horas urbanas.

Con la bugla del monte, con la torcaz esquiva,  
gorjeó mi flauta agreste sus ansias de cadencia.  
Abierta en los marjales, la vieja perspectiva  
de mis años, ha puesto la flor de mi inocencia.

Por las sinuosidades de añil de aquellos cerros  
que cierran este valle, corría con mis perros,  
fatigando los ecos, en pos del ciervo gris...

Le faltan a mi vida los soles de verano;  
la leche fresca, el fruto cogido por mi mano;  
los néctares saciantes del pródigo maíz.

#### XIV

Las tórtolas al fondo de la hondonada quieta,  
confiadas al sigilo de rústicos perales,  
hechos, como a brochazos, con sobras de paleta,  
lloraban sus idilios las horas vesperales.

Y se veía el humo prendido a las cabañas;  
los ópalos azules de las techumbres brunas.  
Y, lejos, la materna fusión de las montañas  
de donde se difunde la plata de las lunas.

La majestad indómita de todo lo salvaje  
cerníase en los ámbitos alternos del paisaje,  
donde cambiaba vuelos la dulce poesía.

Y, al viento de la hamaca, surcaba mi existencia,  
sumida en un divino silencio de conciencia  
los piélagos de ensueño porque navega el día...

#### XVI

Pardeando por las cuestas, soleando en las colinas;  
moviéndose en los árboles; cantando con los vientos;  
plegando transparencias de fuentes cristalinas:  
¡amor de seres libres, de espíritus contentos!

¡Me llega el alma madre de la naturaleza!  
Como el furor de savia de un bosque primitivo:  
¡el rito de una enorme solemnidad que empieza  
me deja en el misterio de si me encuentro vivo...!

¡Es la tarde! La vida, los astros escondidos,  
se quejan por la rabia del cosmos perseguidos...  
¡El sol muere ante Dios, desangrado en topacio...!

Bajo el cobalto intenso del cielo más profundo,  
¡me quedo este momento, como una voz que el mundo  
lanzara a las inmensas llanuras del espacio...!

## EN LA CUMBRE

Miguel Angel Moreno S.  
1886 - 1943

¡Son dos cóndores andinos! ¡Ambos posan en la cima!..  
Es el uno tardo y triste, desplumado cóndor viejo.  
Tiene corvo el ancho pico y escamoso  
cual corteza de árbol seco,  
y la testa negra y roja  
azotada por las nieves y los vientos...  
De la clámide nevada  
no le quedan sino restos.  
De las alas arrogantes  
que eran émulas del viento,  
no subsisten sino músculos sin savia  
que se rozan con el suelo.  
¡Pobre cóndor de pretéritas edades,  
pobre cóndor macilento,  
aún le queda la mirada escrutadora  
de los grandes ojos negros y siniestros!

Y es el otro cóndor joven  
orgullosos y altaneros;  
tiene el pico corvo y duro  
de tan fino pulimento,  
que a una concha de los mares se asemeja,  
por lo lúcido y lo terso.  
El airoso collar suyo es tan blanco  
que parece que en el cuello  
va pendiente una paloma;  
y la cola en abanico gigantesco  
ya se pliega o se despliega  
rumorosa con el viento.  
¡Es el cóndor de las alas sonoras



que se cieme por los cielos,  
con la fuerza de sus músculos pujantes  
y el arrojo de su espíritu soberbio;  
el gigante de las alas relucientes,  
el gigante de los aires altanero,  
el que asesta las miradas penetrantes  
al rey astro, sin recelo!

Los dos cóndores andinos,  
de la cima hacia la sierra, los siniestros  
resplandores de sus ojos enderezan,  
por ver donde las palomas han dejado los polluelos.  
Los descubren, y sus alas,  
cual banderas en el viento,  
resonantes se despliegan; y las clámides se esponjan,  
y chispean los ardientes ojos negros...  
Y se lanza sólo el uno  
al rugido de los vientos,  
que aquel otro de pretéridas edades  
ha perdido la potencia para el vuelo.  
¡Pobre cóndor! ¡genio triste de otro siglo!  
¡pobre cóndor macilento!  
le atormenta la añoranza de la edad de sus amores.  
Y, en estéril, loco empeño,  
bate el ala, y cuando cree  
traspasar el firmamento  
y alcanzar a las estrellas,  
da rendido un aletazo, cae al suelo...  
¡Pobre cóndor impotente  
al que matan los recuerdos  
de lo que era y ya no torna,  
la nostalgia siente y tedio;  
y en su furia, la pupila dilatada  
clava arriba, en lo profundo de los cielos!...

## JARDINES DE INVIERNO (Fragmentos)

Alfonso Moreno Mora  
1890 - 1940

### II

Me he quedado melancólico  
esta tarde en la ventana,  
viendo los largos caminos  
que van a tierras lejanas.

¡Cuántos que van y no vuelven!  
En los caminos del alma,  
lo que vuelve es el recuerdo;  
lo que se va, la esperanza.

Primer amor, novia rubia  
de quince años y enlutada,  
de ojos huraños y dulces  
y nerviosas manos blancas.

Amor de campo, poema  
con música de alboradas;  
callado amor que tuvimos  
cuando niños, en la granja.

¡Ay, el amor que amanece!  
¡ay, las princesas Roxanas!  
la sangre que arde sin fuego  
y el calor en las miradas...

Brisa, aroma, ángelus, fuente...  
parque amarillo de otoño,  
el crepúsculo ensoñado,  
paz y dulcedumbre en todo.

La dulce novia a mi lado  
debiera estar, y estoy solo...  
¡La dulce novia!... la fuente  
perlada vierte su lloro.

Qué blancas eran sus manos  
y se olían a heliotropos;  
la melena tembladora  
iba besando los hombros.

Pasó sin verme, pasó  
por mi lado y no sé cómo  
un instante, de repente,  
se encontraron nuestros ojos.

Flores azules, lunadas  
en un jardín de abandono,  
flores azules, sus ojos  
azules y melancólicos...

Era una tarde como esta:  
todo era paz en contorno,  
mi corazón era un verso  
que rimaba con sus ojos.

## XII

En las manos tiene lirios,  
luz de luna en los cabellos.  
Anoche estuve pensando  
si tendrá en la boca besos.

¿Pero estarán en los labios  
como en un nido, los besos?  
¿No serán más bien del alma  
rosas de pasión y fuego?

## XIII

El paisaje envuelto en lluvia,  
una lluvia tenue y blanca,  
melancoliza de modo  
que hay lluvia dentro del alma.

¿Por qué tendré tanta pena  
de no escuchar sus palabras,  
si no fueron de consuelo  
las palabras que me hablaba?

Cielo blanco, flor de lluvia.  
El mugido de una vaca  
viene trémulo en el viento  
que me acaricia la cara.

Se oye el eco azul y dulce  
de un martillo que trabaja;  
parece el grito de un ave  
oculta bajo las ramas.

La piedra estaría siglos  
sintiendo pasar el agua  
y hoy, a la orilla, en pedazos  
del hondo cauce la arrancan.

¡Ay, si no fuera verdad  
que han muerto mis esperanzas!  
¡Ay, si esta tarde mis ojos  
se hallaran con sus miradas!

Cae, a compás, el martillo.  
El cincel se hunde en la entraña  
de la piedra. Un polvo tenue  
mancha el verdor de la lama.

Rumor del río en las piedras,  
gotear del llanto en el alma.  
Y el martillo que golpea...  
Y la lluvia fina y blanca.

#### XIV

Este invierno triste pide  
jardines de rosas blancas,  
patios antiguos, algún  
cariño dulce de hermana.

¡Qué triste es envejecerse!  
¡Ay, pobre vida! ¡Ay, pobre alma!  
¡Qué triste es envejecerse  
acodado en la ventana!

¡Si tuviera algún cariño,  
si una novia colegiala  
los domingos, con su madre  
viniera a verme a mi casa!

De pena me estoy muriendo.  
La lluvia al caer, empaña  
los vidrios. Tiemblan las hojas  
rueda el agua por las ramas.

Si ella volviera a quererme...  
Imposible. Tántas lágrimas!  
Campos yermos son aquellos  
campos, ayer, de esperanza.

Me estoy muriendo de pena;  
tengo un dolor en el alma;  
mi dolor es como una  
espina... no, una daga.

Mi pena quiere el cariño  
de unas suaves manos blancas  
que se posen en mis ojos  
abiertos a la desgracia.

Mi pena quiere un arrullo,  
canción de cuna, palabras  
monosilábicas, breves,  
con que se entienden las almas.

Mi pena quiere... ¡Mentira!  
Mi pena no quiere nada  
que no sea ay! ella, ella,  
mi único amor, la adorada  
de mis veinte años alegres,  
¡cuando tenía una escala  
para todos los balcones  
abiertos a la esperanza!

El río pasa llorando  
por la sombría encañada.  
Duermen los sauces. La niebla  
se cuelga en la azul montaña.

Ha anochecido. En su alcoba  
se enrojecen las ventanas,  
Hay luz. Una sombra leve  
el rojo cristal empaña.

Tengo miedo de la noche:  
voy a cerrar la ventana.  
Yo no debiera estar solo  
teniendo tan sola el alma...

#### XXIV

Esta calle antigua tiene  
no se qué de camposanto:  
crece en sus márgenes hierba  
y, entre la hierba, los cardos.

Un hilo de agua serpea.  
Pace la yerba un caballo.  
En silencio, sin mirarme,  
una mujer llena el cántaro.

Calle antigua, senda vieja,  
camino que -en otros años-  
hollaron los que hoy esconde  
la tierra bajo su amparo...

## XXVI

Noche de luna, nostalgia...  
Agua, te amo porque lloras;  
lo mismo, brisa, que dejas  
un suspiro en cada fronda.

Noche de luna. El recuerdo  
viendo la luna, solloza.  
¡Ay! ¡el nácar de sus senos  
bajo el pudor de las blondas!

Me apretó un día la mano:  
mi alma la miró, curiosa,  
y un beso como un suspiro  
quedó temblando en mi boca.

La luna bajo los árboles  
pone misterio en las cosas...  
Diría que alguien me mira  
desde las húmedas frondas.

¡Si será su alma! ¡Si ella  
se habrá muerto y, cariñosa,  
los besos que no me ha dado  
viene a dármelos ahora!

¡Si fuera su alma! ¡Si fuera,  
la traería a la alcoba  
y en la cuna de mis brazos  
la arrullara hasta la aurora!



## XXVIII

Mi juventud, el tesoro  
que yo guardaba escondido,  
mi juventud se envejece  
sin vivir y sin motivo...

¡Jardín sin rosas, granado  
sin ruiseñor y sin nido!  
¡Ay del que corta un rosal!  
¡Ay del que trunca un idilio!...

## VISION LIRICA

Alfonso Moreno Mora

1890 - 1940

Nosotros los poetas, que es cual si se dijera,  
nosotros los rosales de toda primavera  
o nosotros los pájaros que alegran la pradera,

una misión divina tenemos que cumplir  
hoy día más que nunca, pues el rudo existir  
va empañando de negro la gloria del vivir.

El aire está impregnado de brea y gasolina,  
mancha el azul celeste la hulla de la mina  
y entre oleadas de sangre la humanidad camina.

Hoy el afán vesánico de amontonar riquezas,  
rompiendo los jardines o arrancando malezas,  
pero sólo en tres días, tortura las cabezas.

En el país del hierro, de las incubadoras  
las águilas revientan; raudas locomotoras  
anulan el paisaje tranquilo de las horas.

Los bueyes pensativos, rumiando su tristeza,  
desde el silencio de égloga de la húmeda dehesa,  
miran pasar las máquinas de ruda fortaleza.

Portadoras de oro, van surcando los mares,  
naves que en otros días y en otros avatares,  
tripularon los hombres que están hoy en altares.

A las puertas del Templo de la Venus de Milo  
discute un accionista de una fábrica de hilo,  
y telas para mantos anuncia a tanto el kilo.

Triunfan las democracias; lo grande nadie alaba;  
ya no hay gestas heroicas; la actitud noble y brava  
está sola en el mármol... ¡la belleza se acaba!

¿Qué hacemos los poetas al mirar tales cosas...?  
¿Ceñirnos la cabeza de pámpanos y rosas  
y gozar con las ninfas en las selvas umbrosas...?

Arrancar de la lira las cien cuerdas vibrantes  
y de los filisteos en los torsos gigantes,  
¿sacudirlas elásticas, nerviosas y sonantes...?

¿Abandonar el Templo, dejar el recio manto,  
congregarse en las plazas y mofarse del canto,  
que vino de los cielos y que es tres veces santo...?

Si cortan un granado, nido de ruiseñores,  
los pájaros emigran; en pos de nuevas flores  
discurren las abejas, y en perlas y rumores,

si encuentran un obstáculo, desátanse los ríos.  
Nosotros, en esta era de hombres fuertes, bravíos,  
cantemos con más gracia, con más fe, con más bríos.

¿Quién dice, porque cantan a toda hora del día,  
que las aves son locas? Milagro es la armonía,  
como es milagro grande la santa poesía.

¡Cantemos nuestro canto! Sea luz en la mina;  
en el más negro espíritu, estrella que ilumina;  
luz, en la noche negra del que a tientas camina.



¡Cantemos nuestro canto! Es óleo que adormece,  
divina luz y fuego que el cielo nos ofrece,  
y hay tanta hora sombría que al alma le entumece.

Pongamos un aroma de gracia y de frescura,  
en este aire cargado de olor a calentura;  
olor malsano y triste de condición impura.

El mundo necesita de un nuevo redentor,  
millares de almas tristes le esperan con temblor,  
así como se espera sublime y grande amor...

Mi espíritu lo siente: exhala olor a nardo;  
mi espíritu se angustia: viene con paso tardo...;  
pero él vendrá, y seremos heridos por su dardo.

Entonces, nuevamente, habrá una florescencia  
de ideal en tantas almas marchitas por la ciencia,  
y serán en la tierra la paz y la inocencia.

Su amor ha de reunirnos en un amor a todos  
los que hoy el egoísmo olvida en los recodos,  
y el mal de las pasiones separa de mil modos.

Doctrina de belleza, religión de ternura,  
lazo de caridad: risueña, fácil, pura,  
nos llevará a los reinos de la santa hermosura.

La senda será suave de rosas sin espinas,  
los días luminosos, las noches cristalinas  
y serán nuestras almas estrellas peregrinas...

-Poetas, anunciemos al siglo su venida,  
pongamos un consuelo de fe refulgida  
en medio a los desiertos amargos de la vida.

¡Poetas, oh poetas, formemos la áurea Corte  
de la Belleza Suma, su lumbre nos conforte  
y, brújulas vivientes, marquemos siempre el Norte!

## CON EL MAR

Manuel María Palacios Bravo  
1891 - 1972

¡Mísero Mar! tus iras me dan pena y tristeza  
¡Cómo ruges... y ruges, sin domar tu fiereza!  
¡Cómo hinchado te lanzas contra implacables rocas,  
y te rompes... y rompes, en embestidas locas!

Eres el cataclismo que empieza a cada instante,  
sin que jamás termine... Cataclismo incesante,  
de montañas que se hunden, de moles que se arrostran,  
de cumbres que se empinan y cumbres que se postran.

¡Oh inmensidad de gotas! ¡Oh vanidad de espuma!  
Reprime los hervores de tu soberbia suma.  
Para romper tu cárcel de arena y de granito  
no te sirve de nada que seas infinito...

En vano te deshaces azotando peñones  
para ampliar tus dominios... Muere a tus ambiciones  
¡oh, desdichado hermano! Que no hay mayor ventura  
que el de hacer de uno mismo su propia sepultura...

En aflicción humilde transforma tu fiereza,  
porque menos que la ira tortura la tristeza...  
Y si quieres que luego tu soberbia se ablande  
medita que sólo eres una lágrima grande...

En tu inmensidad se halla toda tu desventura.  
Son tus aguas amargas una inmensa amargura...  
Tu sollozo es rugido... La tragedia, tu ensueño...  
¡Menos mísero fueras, si fueses más pequeño!

Yo he visto la laguna -modelo de inocencia-  
cómo duerme tranquila sus días de existencia.  
Tú, siempre batallando, maldices el tormento  
de tu insomnio de siglos bajo del firmamento...

Desventurado amigo, tus enojos aquieta,  
y aprende mansedumbre de mi alma de poeta...  
Que si tú eres conjunto de gotas a millares,  
mi inmensidad se forma de millones de mares.

Sin embargo, me siento tan leve y pequeñito,  
que no rujo ni bramo... ¡Sólo el verso es mi grito!  
El cristal de mis ondas ninguna barca azota,  
y hay en mis hondos piélagos la humildad de una gota...

## VISION ROMANTICA

Manuel María Palacios Bravo  
1891 - 1972

Flácidas garzas, despidiendo al día,  
vuelan remisas; mientras en la altura  
la luna llena esparce la elegía  
de su tristeza luminosa y pura...

En primor de romántica armonía,  
luna y garzas hermanan su blancura  
y forman una inmensa poesía  
de alas y luz, sobre la fronda oscura...

Vuelan... vuelan las garzas soñolientas:  
vuelan mohinas, desmayadas, lentas,  
hasta que en el bosque y la colina,

lánguidas, van cayendo de una en una,  
cual si fueran pañuelos de neblina  
empapados en llanto de la luna...



## MADRIGAL

Cornelio Crespo Vega  
1891 - 1941

Mi única dicha es mirarte  
y los párpados cerrar  
y en el alma aprisionante  
para verte sin cesar.

Aun cuando te cause enojos  
tras de mirarte querría  
cerrar por siempre los ojos  
para verte todavía.

**EGLOGA TRISTE**  
**El prelude intenso**

Remigio Romero y Cordero  
1894 - 1967

I

Amor de aquella edad buena y florida,  
cuando, en la paz del campo, era mi vida  
la misma soledad hecha silencio;  
mezcla de sol, de trigo, de mañana,  
de flor de yerbabuena,  
en la vejez de la ciudad lejana  
me estoy muriendo de cariño y pena...

II

Un mal extraño mi pupila inunda,  
porque todo el recuerdo ha florecido;  
y, al paso de la tarde moribunda,  
me siento más sin culpa en el olvido.  
Hasta que viene la bendita noche  
-mensajera que envían las estrellas  
para nunciar su reino a flor de calma-  
hasta que viene la bendita noche  
a caerse de bruces en el alma...

III

Hoy es la pascua de la luna llena;  
hoy es el paraceves  
de las grandes blancuras  
hermanas de las nieves...

Y, cuando el auge de lo blanco es tanto  
que también emblanquece la añoranza,  
me acuerdo de ese amor divino y santo  
que se quedó, de miedo, en lontananza...  
Me acuerdo de la ruda,  
de la bravía moza de los Andes,  
y parece que adoro todavía  
sus manos blancas y sus ojos grandes...

#### IV

¿Crisantema...? Esta vez ha florecido  
la paz en el secreto de mis cosas;  
esta vez todo es campo;  
y ambos somos paisanos de las rosas,  
porque todos nacimos en el campo...  
Es preciso cantar con voz agraria  
-a que bendita, como he sido, seas-  
los rústicos amores  
y el plenilunio azul de las aldeas...  
Yo soy el trovador de los oteros,  
el de las gavias blancas;  
el que ama la vejez de los senderos  
y la orfandad con sol de las barrancas...  
Yo soy quién, de la tarde a los reflejos,  
y en el ala de todo lo que viaja,  
manda su alma a lo lejos,  
o la esconde en la copa humilde y baja  
de los árboles viejos...  
Bien me conoces tú: soy el que sabe  
quiénes hacen carbón en las florestas,  
dónde acaban las sendas de este pueblo,  
y qué edad tienen las casucas estas...

Pero oye, Crisantema,  
 hermana, muy hermana,  
 cómo hice este poema  
 con música tan lírica y aldeana:  
 estaba triste ahora  
 pensando en el amor que nuestro fuera;  
 mas, la tristeza se volvió sonora,  
 y hecha estos versos ha salido afuera...  
 Pero, ¿a qué...? Crisantema,  
 yo ignoro si es que vives todavía,  
 o si te has muerto... ¿Vives...? ¿Ya no vives...?  
 Hermana, hermana mía,  
 quién me diera saber, de modo cierto,  
 si vives todavía...

### La égloga triste

#### I

Entonces vino a ser la égloga triste...

#### II

Amanecía lasamente. Un oro  
 nuevo se derretía en la llanura,  
 y era gotas de lloro  
 el rocío cuajado de la espesura...

#### III

La campana del pueblo sonadora  
 hería los oídos a mansalva,  
 convidando a la misa de la aurora,  
 antes que acabe de morirse el alba...

#### IV

El frío de los páramos andinos  
hacía tiritar, en los caminos,  
las rosas callejeras;  
se inició la ambulancia de los pájaros  
canoros, solitarios,  
el rodar de los tamos por las eras,  
todos los grandes éxodos agrarios...  
Pero allá, donde reina la neblina,  
inmóviles estaban,  
en suspensión que apena y amohina,  
primero, la colina;  
en medio, la floresta;  
al fin, la vieja cumbre,  
altivamente enhiesta;  
y, tras la cumbre que en sopor demora,  
sin cuidarse del suelo,  
la cabeza del sol, como una llama,  
y el incendio total del pobre cielo...

#### V

De repente, cayó sobre los campos  
todo el sol... Despertóse la llanura;  
y, por encima de ella, huyeron lejos  
los relinchos de indómitos caballos,  
los mugidos, los toques de campana,  
el canto de los gallos...

#### VI

Las humaredas del hogar labriego  
se asían, con afán, de las techumbres:  
venía el viento luego,  
y empezaba el ascenso hacia las cumbres...

## VII

El río, pobre anciano,  
de cara a la amplitud de lo vacío,  
se iba perdiendo en la quietud del llano,  
y quién sabe si triste de ser río...

## VIII

Venían las manadas  
a pacer los oteros;  
corrían extraviadas  
las cabras atrasadas,  
tras los churros zagueros...

## IX

Alzado el zagalejo  
de bordada estameña,  
con el divino dejo  
de quién medita o sueña,  
pasaban las zagalas  
y luego los zagales,  
puede ser que pensando  
en anillos nupciales...

## X

Y, al fin del cuadro, andando paso a paso,  
inclinado a la tierra y al ocaso,  
el leñador abuelo de esta selva,  
que, hace noventa inviernos, no ha faltado  
a su claro de bosque. Ahora nadie  
le fuerza ir a la selva;

pero él es leñador, y moriría  
de nostalgia, la vez que allá no vuelva,  
porque él mismo está hecho serranía...

## El Epílogo

### II

Tuve abuelos pastores  
en distantes antaños:  
por eso es que hay en mí no sé qué suave  
manera de tratar a los rebaños...  
Paced, ovejas mías,  
bajo los claros cielos;  
mis abuelos pastaron  
aquí a vuestros abuelos;  
y vosotras -yo os digo  
en este hablar extraño-  
venís de su rebaño,  
como viene mi trigo de su trigo,  
como yo vengo de ellos, desde antaño...

## ELEGIA DE LAS ROSAS

Remigio Romero y Cordero  
1894 - 1967

¿Qué pasará de noche...? No hay mañana  
que no tenga el jardín rosas difuntas...  
Sobre estas cosas, cariñosa hermana,  
¿por qué a Nuestro Señor no le preguntas...?

Pasemos esta noche en la ventana,  
los ojos fijos y las manos juntas,  
para saber, mañana de mañana,  
por qué hay en el jardín rosas difuntas...

Y velamos... Las doce, y, luego, la una,  
y nada... A flor de soledad la luna,  
en paz lo muerto y en quietud lo vivo...

Mas, al prendernos Dios la luz del día,  
la última rosa blanca en agonía  
y las otras ya muertas... sin motivo...



¡ALMA NATURA!

José María Astudillo Ortega

1894 - 1961

Déjame amar la música del campo,  
que de melancolía el monte puebla,  
cuando se pierde el vespertino lampo  
tras de los velos de la tarda niebla.

Aquella que es dolor, porque es lenguaje  
de la resignación de lodo el suelo;  
aquella que es amor, porque el paisaje  
¡es tálamo infinito bajo el cielo!

Música pastoril de los bohíos,  
donde junto a la granja campesina  
se escucha el arrullar en los sembríos  
de la progenie alada y peregrina.

Rincón hecho de pencas y de agaves,  
y de algún tronco de vivir cansado,  
donde se vienen a posar las aves,  
do un remolido de hojas ha bajado...

Allá quiero seguir, con la locura  
con que soñó vivir el Gran Manchego:  
en la inocencia agraria, en la espesura,  
como pastor sentimental y ciego.

Naturaleza, dame tus rincones,  
tus céspedes verdeantes y diversos,  
tus tenues, melancólicas canciones  
que hasta hoy no pueden traducir los versos.

Para mí nada son las muchedumbres...  
Y en cambio todo sonme tus veloces  
pajarillos, tu savia, tus costumbres,  
tus sendas, tus secretos y tus voces.

## SPLEEN

Manuel Moreno Mora  
1894 - 1970

No existe un ideal que mi espíritu aliente.  
Me siento desasido ya de todo en la vida.  
La esperanza ha caído para siempre vencida.  
Ya en lo futuro nada mi espíritu presente.

Me ahogo en la provincia, cual prisionero agónico.  
Siento que estas montañas me anudan la garganta,  
y este azur, donde eterna la primavera canta,  
pesa sobre mi espíritu como un in pace irónico.

Huir, huir! Mas, ¿dónde? Lejos, adondequiera,  
por mares tenebrosos, cual resto de un naufragio,  
y al vaivén de las olas, adormido en su adagio,  
reposar, para siempre, en ignota ribera.

Por salir un instante del cerco de mis tedios  
cometiera mil crímenes, en busca de alegría;  
mas, todo fuera inútil a la tristeza mía:  
jamás me veré libre de sus torvos asedios.

## EN EL PARAMO

Ricardo Darquea Granda  
1895 - 1980

Adoro la tristeza del páramo sombrío  
que copia de mi pena la oscura inmensidad,  
porque creo que el alma de lo que tiene frío  
es el alma que tiene también mi soledad.

Me conmueve el mugido de los toros salvajes  
que resuena en las quiebras con solemne clamor,  
el silencio que llora de ausencia en los paisajes,  
cuando el sol se despide tras el último alcor.

Y mientras la neblina, con vaporosos tules,  
envuelve las colinas y los cielos azules  
en el hondo misterio de la tarde otoñal,

siento ansias de ser todo lo que es el infinito,  
de lanzar a los cielos de mi ansiedad el grito  
y morir con la tarde soñando en mi ideal...

## CEMENTERIO VIVO

Carlos Aguilar Vázquez

1896 - 1967

En lo que ayer fue selva la Muerte ha construido cementerios... Se enreda la ruta del pasado en un bosque de cruces... No sé cómo he podido no sentir que soy tumba ni cómo me he vaciado en las cosas, de modo que al remover la tierra de mi ciudad difunta, sangra como una llaga el polvo, y, cual si fuera carne en mi carne, encierra mis sueños, mis dolores: cuanto mi vida halaga y de mi poesía la delicada gema.

En tanto que el silencio sobre las aras de oro de mis tumbas queridas, como mirra se quema mis soledades muertas y sensibles exploro... Por las calles de cruces vago como un extraño, por los años que tengo no soy el mismo de antes. La Muerte -magna artista- construyó de cada año un palacio de olvido y en sus valles fragantes dejó lo que ayer fuimos... ¡Plasmarnos en la Muerte pesadumbre infinita!... Retornar al olvido de los tiempos lejanos, en lo desconocido entrar como en un templo, para volver de nuevo a ser los mismos de antes... Los sepulcros abiertos de la vida a lo largo nos contemplan... Yo llevo mucho de mí en mortajas y mi alma en los desiertos de la vida enterrada se quedó, ya con una primavera difunta, ya con una sonrisa;

por lo que de mí tienen cuántas noches de luna he llorado difuntas; a veces una brisa

que pasó por mis labios en un sabor de beso  
dejó un sabor de muerte, y un rayo, una mirada,  
un irse de los ojos detrás de un embeleso  
mentido, una ansia loca de una vida soñada...  
La fe deshecha en rosas para alfombrar la vía,  
la esperanza difunta que hiciera de nosotros  
nidada de ilusiones y de santa alegría...  
¡Oh cuántas cosas ideas, para volvernos otros!...

Nos compone el recuerdo: de aquí se desentierra  
una sombra que sólo soñamos un momento;  
de allá surge, doliente suspiro de la tierra,  
un amor que se vino y se fue con el viento.  
Desentierro mis muertos... Me asombra haya podido  
encerrar tanto mundo dentro del alma, tantos  
paisajes familiares: el huerto florecido,  
la aldehuela y sus chozas, mi montaña y sus cantos.  
Y del bosque de cruces que oculta mi camino  
surgen ciudades vivas, no tan sólo pobladas  
por los que amé y se fueron rumbo al arcano, sino  
por todos mis ensueños, por mis dichas pasadas,  
por el amor que es beso de perfume casero,  
por la caricia maga que apenas presentimos,  
por la mujer soñada que de nuestro sendero  
alegrara una curva... Nos completan los muertos,  
de modo que ascendemos al Monte de la Vida  
cargados de sepulcro...

Los íntimos desiertos  
del alma guardan voces de soledad sentida,  
de música de intensa virtud evocadora  
a cuyos sonos surge la escena que aún tiene  
el sabor de otro tiempo; la dicha que en una hora  
de armonía fue nuestra, desde el pasado viene,

sentimos sus caricias como en la vez primera  
y del amor de entonces al mágico conjuro

el amor nos define de tan honda manera  
que todos los problemas de nuestro ser oscuro  
quedan plenos de lumbre, de verdad y belleza.

Al árbol vigoroso no impide que dé flores  
el gusano que labra debajo la corteza  
sus palacios de muerte... Gusanos roedores,  
las desdichas fabrican los santuarios más bellos  
de silencio y recuerdo... ¡Triste misión humana  
ahondar los sepulcros antiguos, para en ellos  
recibir, para siempre, los dones del mañana!...

La ansiedad de la muerte florece en el poema  
y hasta la gloria es polvo de la tumba temida;  
de modo que agitados por inquietud suprema,  
cargados de la muerte subimos a la vida.

¡Oh cuánto de infinito lo fugitivo encierra,  
es por esto que vamos en todos los senderos  
quedándonos en polvo mucho antes de ser tierra,  
y somos de nosotros mismos sepultureros!

Obsesión de los días, tortura de las horas,  
y pensar cada instante que tan sólo nacimos  
para hacer un sepulcro de palabras sonoras  
y sepultar la idea, que a decirla venimos...

En cementerios vivos nos transforma la Muerte.  
Por su piedad de artista nos vamos al olvido  
sin sentir que cada hora pasada nos convierte  
en un bosque de cruces y eternidad florido.

¡Oh vida que así tienes sabor de sepultura  
en dichas y en dolores, te hemos sentido tanto  
que hace sol en los valles de la ciudad oscura  
del silencio y del arte, del recuerdo y del canto!...



## PARS AUTUMNALIS

Luis Cordero Crespo  
1900 - 1987

Otoño... y la anemia de todos los plantíos...  
Otoño... y el morendo de toda la verdura...  
y la seca hojarasca... y el viento que tortura  
las ramas extenuadas con sus látigos fríos...

Cadáveres de flores van llevando los ríos,  
tras la mortaja pura  
de los copos de espuma... Una rana murmura  
de la alberca y la hierba los responsos sombríos...

Y pasan las guadañas,  
quebrando las entrañas  
de las reseca cañas.

Otoño, Otoño hermano,  
¡lleva mi amor humano  
a beber dulces jugos en tu lago de arcano!

## HAZ DE TU VIDA UN CUENTO

Rafael Romero y Cordero  
1900 - 1925

Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño.  
Todos somos artífices de nuestra propia vida.  
Que le despierte el rubio Príncipe del ensueño  
a la bella durmiente de tu alma adolorida.

Haz de tu vida un cuento. Pero cuida que el tema  
que elijas sea corto, intenso, alucinante.  
Hombre: engasta tu alma como una rica gema  
en el oro bruñado de un ensueño brillante.

Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño  
en el que cristalices la forma de tu suerte.  
Derrocha todo el oro cordial de que seas dueño,

di tu amor y tus penas y procura ser fuerte...  
Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño  
y cuéntale una tarde, en secreto, a la Muerte.

## BESAME

María Ramona Cordero y León  
1901 - 1976

Bésame en la boca,  
tentación sangrienta  
que en el marfilino  
color de mi tez  
tu mirada aloca;  
bésala, tuya es.  
Toma y aprisiona  
mis labios, retenlos  
mucho, mucho tiempo  
dentro de tu boca  
y quede en la mía  
la huella imprecisa  
de tu beso eterno.  
Ahoga mi risa,  
sofoca mi aliento  
con tu dicha loca:  
bésame en la boca.

Bésame en la frente:  
mi frente es muy blanca...  
muy blanca...  
Tu beso ha de ser  
como un roce de alas  
para ese diáfano  
blancor de mi frente.  
Con la dulcedumbre  
del despetalarse  
de una margarita;  
con la levedad

de la mariposa  
que besa a una rosa;  
con el misticismo  
del nardo que muere  
al pie del Santísimo:  
con esa dulzura,  
ese misticismo  
y esa levedad;  
piano... quedamente...  
bésame en la frente.

Bésame en los ojos  
con tu mejor beso;  
un beso desnudo  
de malos antojos.  
Juntanto tus labios  
ponlos en mis ojos,  
como si posaras  
tu alma sobre ellos;  
como si besaras  
la imagen bendita  
de tu madrecita...  
Bésame en los ojos  
con tu mejor beso:  
mis ojos son buenos,  
mis ojos son tristes,  
mis ojos ignoran  
la maldad del beso;  
¿qué saben mis ojos  
de tus sueños rojos?...  
Por eso:  
con tu mejor beso,  
con piedad y unción,  
cual si te llegaras

a la Comunión;  
pura, santamente,  
sin darme sonrojos:  
bésame en los ojos.

Bésame en los senos:  
armiño escondido  
tras la caridad  
leve del vestido;  
inquietante dúo  
de rosas gemelas;  
dormidas palomas  
de un mismo nido;  
de esencia de vida  
llenecitas pomas.  
Mis senos... mis senos...  
blancura encendida  
con yemas de rosas.  
Mis senos...  
ondulantes, plenos:  
bésame en los senos.

Bésame en las manos:  
mis manos piadosas  
y caritativas;  
mis manos que ungieron  
sangrientas heridas;  
manos que ahondaron  
muchísimas vidas...  
Sigilosamente  
mis manos tentaron  
esas vidas simples,  
diáfanas, de arroyo,  
y otras pecadoras

de sucio torrente.  
Pon tu boca ardiente  
pon, sobre la albura  
sabia de mis manos,  
y duérmela en ella  
para que se torne  
más buena tu boca.  
Si vieras:  
cuál curan mis manos  
la lepra deforme,  
las llagas más vivas  
de muchos Hermanos;  
y los dejan limpios...  
y los vuelven sanos...  
Bésame... sí... bésame...  
bésame en las manos.

Bésame en los pies  
y no pienses que es  
un capricho mío:  
bésame en los pies...  
Ellos no han hollado  
huertos florecidos;  
no les ha lamido  
cariciosa el agua;  
sino que se han ido  
sangrientos, dolidos  
por una espinada  
vía de dolores.  
¡Ay, cuánto han sufrido  
mis pequeños pies!...:  
sendas desoladas,  
arenas candentes,  
crispadas pendientes,

estepas heladas  
saben de mis pies;  
saben de la sangre  
que en ellas lloraron...  
y de las crueldades  
que les lastimaron...  
¡Ay, cuánto han sentido,  
cuánto... ya lo ves.  
Por ésto: arrodíllate,  
bésame los pies.

## LA EPOPEYA DEL ARBOL (Fragmentos)

Manuel Coello Noritz  
1901 - ¿ ?

Yo tuve antes que el hombre la vida en el planeta;  
pariarca fui en las cumbres con mi soberanía;  
mis formas ya gigantes llegaron a su meta  
y, tranquilo y señor, gozaba y florecía.

.....

Yo presidí el primer idilio de la vida;  
a mi sombra el primero de los hombres fue amado.  
Yo presidí su triunfo, presidí su caída,  
yo cubrí la primera vergüenza del pecado.

.....

Saluda desde lo alto el ramaje a la aurora  
y desde él le saludan las aves con sus cantos.  
Despide al sol mi copa, que en sus rayos se dora,  
al mundo reflejando sus últimos encantos.

La clara agua del río que junto a mí desliza,  
pone mis pies desnudos con besos de sus olas;  
las auras me despeinan de otoños con su brisa,  
y van mis hojas secas en la corriente, a solas!

Me prestan los remansos su espejo en los cristales  
para la gloria dulce de mirarme florido,  
y copian en su fondo paisajes ideales:  
un cielo azul... la luna... y un árbol con su nido.



Tribuna soy del canto de las nostalgias hondas  
de tórtolas que dicen sus muertos amoríos:

¡Oh cuántas veces ellas lloran entre mis frondas,  
con las alas abiertas sobre nidos vacíos!...

Yo le acompaño al hombre con afán inefable.  
Soy grande con los grandes, en las cortes soy trono.  
Soy humilde y pequeño con todo miserable:  
trabajo en sus labores y nunca le abandono.

Hasta en sus emociones vibro en toda su pauta:  
yo canto en los pianos, me quejo en los violines,  
y si el hombre es humilde, soy humilde, soy flauta  
y lloro con el indio en todos los confines.

¡Oh, el martirio divino de ser flauta que llora,  
ser la voz de una herida profunda que da quejas!  
¡No es la misión del trono más dulce y seductora  
que ser flauta y quejarse en las casucas viejas!

Clamores de elegía damos a la querella  
que es la voz de una vieja, infinita tristeza...  
¡La cita de la selva, para llorar en ella  
yo mi antiguo reinado y el indio su grandeza!

Con el Señor me vuelvo de infinita realeza,  
cuando llego a las hostias hechas de espigas de oro,  
¡y soy la dulce cárcel de su misma grandeza,  
cuando en el tabernáculo custodio su tesoro!

Extiendo yo mis brazos secos y descarnados,  
en medio del silencio profundo del olvido,  
medito, decorando paisajes olvidados,  
en todos esos grandes poemas que he vivido.

## LA ASECHANZA SOMBRÍA

Vicente Moreno Mora

1902 - 1981

La muerte entre mis frondas, insistente, se agita.  
Se llevó en un otoño el rumor de mis bosques,  
el eco de mi canto, el ala que ponía  
su tibieza en el seno de la sombría noche.

Palidez de la muerte. Los ojos que se apagan.  
En las manos se curvan los pétalos de hielo.  
En el ciprés se viene escondida la lágrima.  
En el ciprés se aleja el sollozo de duelo.

La muerte, ese silencio de crespones y ceras  
se clava como sombra de espanto en el camino.  
Se escucha entre los árboles el ala viajera  
y se piensa en los ojos para siempre dormidos.

La tarde es la pupila que llora sobre la hoja  
marchita, sobre el nido deshecho, en abandono.  
Un clamor se levanta del alma de las cosas.  
La pupila se baña en dolor de lo ignoto.

La muerte, el torbellino de silencio, otra tarde  
se llevó como pluma la aurora de su entraña  
y me dejó en el alma la pena sollozante  
que busca, inútilmente, vaciarse en la palabra.

La muerte como un perro conoce mis caminos.  
Yo la siento que llega sobre el ala agorera.  
Los luceros suspiran oyendo su latido  
y en el alma se siente desmayo de azucenas.

Sentí otra vez su paso. Se deshojó el capullo  
y como un polvo de oro se fue el último sueño.  
El frío de su muerte se me quedó sepultado  
en la sangre, que es noche sin amor, ni luceros.

## VEN, RECIBE ESTE MAR

César Andrade y Cordero

1904 - 1987

Sangra el mar, moribundo, entre estertores,  
Y se abate en la playa con desmayo.  
Sangra el mar, y su lámpara de merita  
Ilumina tu vientre sonrosado.

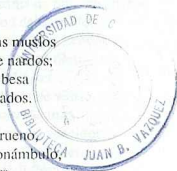
Sus columnas de nácar dan tus muslos  
A un templo de jazmines y de nardos;  
Por eso, león azul, el mar los besa  
Con su belfo de peces sollamados.

Oye el grito del mar, oye su trueno  
Su cóncavo clamor de dios sonámbulo,  
Y déjale, desnuda, que te hiera  
Con mordiscos de sal y celo amargo.

Jugueteadando en tu piel trémulamente  
Dialogue con tu vientre el verde labio,  
Y sus móviles manos de esmeralda  
En tus senos se posen vacilando.

Sangra el mar moribundo. Te lo entrego  
Flotando entre mi túnica de náufrago.  
Pongo el mar a tus pies y te lo ofrezco  
A cambio del tesoro de tus labios.

Pongo el mar a tus pies y te lo entrego  
Con sus liebres de espuma, con sus mansos  
Corderos y palomas de ojos verdes,  
Con su palmar y sol no dibujados.



Sangra el mar, moribundo. Si lo pides,  
Por ti yo lo levanto entre mis brazos.  
¡Ven, recibe este mar que te lo ofrezco  
A cambio del tesoro de tus labios!

## DOS MOTIVOS DE DEBUSSY

### La Catedral sumergida

César Andrade y Cordero

1904 - 1987

Cristal. Todos los ángeles del cristal en el agua  
Donde triscan los astros sus dedos infinitos.  
¡Oh, mar profundo y sórdido, prisma de mugido ancho  
Huerto de monstruos laxos, latitud del gemido!  
Cristal. Cristal borrado. Cristal torcido en hebras.  
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.  
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua  
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.  
Cristal de largas torres, un descanso de tinta  
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.  
Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,  
En tu jardín profundo hay un siglo infinito:  
Palpitas en el hondo país de la esmeralda  
Y alzas brazos de luna con caderas de limo.

Oh, atormentado espejo, en ti nace la eterna  
Burbuja del peñasco, corola del granito.  
Aquí está la voluta, aquí la aguja empieza,  
Soplando polvo de astros con los vientos cautivos.  
Aquí yace el reflejo, aquí el iris humea,  
Aquí arcángeles verdes. Aquí Dios sumergido.  
Aquí manos del éter para sacar a flote  
La amarra cosmogónica y la estatua del grito.

Surge, astro acobardado. Surge, planeta hendido.  
Surge, risa del arco que se fuga en el friso.  
Surge, música brava rota en palomas ciegas,  
Quieta y lenta en el hondo malestar de ti mismo.

Surge, costumbre líquida, voluntad de la piedra,  
Manjar de mediodía naufragado de ritmos:  
Surge y muestra en el hondo reflejo de tus voces  
tu vastedad inmensa de roca y vaticinio  
Y embébette en la muela de los arcos torales  
Y late todo el atrio y enciende todo el friso,  
Y haz la campana aguda con el hilo del fuego  
Y haz la campana ronca con el lodo del grito.

Cristal de largas torres, un descanso de tinta  
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.  
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua  
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.  
Cristal. Cristal borrado. Cristal torcido en hebras,  
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.  
Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,  
En tu jardín profundo hay un siglo infinito.

## MONTE COJITAMBO

César Andrade y Cordero  
1904 - 1987

MONTE IMPAR, monte súbito, cenobita descalzo,  
Vigía en tu armoniosa Tebaida vegetal,  
Yo hago un viaje redondo a tu nariz ganchuda  
Para mojar mi sombra en tu límpida paz.

Quiero oír cómo se alza la oración de tu piedra  
Cuando se torna estrella tu pensamiento azul.  
Palabra geológica, pronuncias mi recuerdo,  
Y en mi vida es tu barro un pedazo de pan.  
Semilla de la noche caída en el silencio,  
Extraviado pingüino que está añorando el mar,  
Te sientas en tus patas traseras como un galgo  
Y estás velando el sueño del buen pueblo natal.  
Montaña que yo quiero como quiero la altura  
Del corazón materno que es todo mi caudal,  
Candado del paisaje, enmudecida rana  
Caída a todo lo ancho del cielo familiar,

Acosaste mi infancia, lobo azul, y ahora guardas  
Ese aire doblgado de abuelo leñador.  
Estatura del eco, avanzado atalaya,  
Te hacen ronda, a la luna, las casitas de cal,  
Y cuando las parejas se esconden por los huertos  
Casa abajo del sueño mi corazón se va.  
Oh monte, al esponjarse Octubre en los ciruelos  
Una sierpe de música me echaste al corazón:  
Por eso cuando muera apaga tus cigarras  
Y con tu pétrea mano dame el postrer adiós.

HUBO QUE VENDER LA CASA  
(Poema en tono menor)

Alberto Andrade Arízaga  
1907 - 1965

Como un mal que se aquerencia,  
en la llaga del pretérito  
se enquistá la espiroqueta  
de un viejo recuerdo inédito...

En ese ayer tan cuajado  
de telarañas de bruma.  
En ese ayer cuyo paso  
va en puntillas sobre tumbas.

Murió el padre en lentitudes  
de cedro que se desgaja.  
Con él murieron azules  
perspectivas de fontana.

Y murieron las paredes  
que enmarcaban la dulzura  
de los prístinos cancelos  
y los odres de agua bruna...

Hubo que vender la casa  
en urgencias de miseria.  
Y vendimos la añoranza  
de toda la edad más bella.

Casa con patios de sol  
y corredores de luna;  
casa que al fin se quedó  
hipotecada de angustia...



Cuenta la anciana sirvienta  
que en las noches desoladas  
allí se oyeron dolientes  
ruidos de espectros y de almas...

Una sonrisa de abuela  
dibujábase a lo largo  
de la sala soñolienta  
y del andén castellano.

En el huerto familiar  
rezaban nuestros arbustos  
y en jardín de más acá  
geranios, claveles, musgos...

Hoy evoco a la casona  
con la misma persistencia  
con la que a veces se evoca  
a la amada quinceañera.

Canas de hongo en los tejados,  
arrugas sobre los muros;  
un bostezo de cansancio  
se diluye en son de arrullo.

¡Oh! y ¿por qué no aprendimos  
en ese texto de tierra  
el asonante divino  
que hace la estrofa serena?

Nosotros ya no lloramos  
¿Para qué hemos de llorar?  
La lluvia lloró cien años  
en sus goteras de cal...

Hubo que vender la casa...  
ya no existía la sombra  
del padre para cuidarla  
ni su bendición remota...

Ya no había quien presida  
la mesa ni las veladas...  
Con mal de ánfora vacía  
se murió también la casa...

## ELEGIA I

Rigoberto Cordero y León

1915

Y vamos hacia el polvo,  
y vamos lentamente retornando a la tierra.  
También es tierra pura, remota y misteriosa,  
el pálido suspiro de luz de las estrellas.

Nadie diga  
"el camino me es largo y fastidioso".  
Apenas un minuto de luz o de tiniebla,  
y luego el gran delirio del polvo sobre el polvo.

Todo es paso a la flor,  
a la raíz que se hunde en bendito silencio.  
No hay muerte de las formas bajo la capa oscura.  
Más allá de nosotros lo eterno va creciendo.

La sonrisa es sonrisa,  
el beso es beso ardiente, la mirada recuerdo.  
Solamente que toda sonrisa se hace aroma,  
todo beso murmullo, toda mirada cielo.

Nos duele lo que parte,  
lo que destruye el árbol azul de nuestra vida.  
Pero nuestro dolor purificado en Muerte  
ya no nos duele: somos la eternidad dormida.

Paso a paso llegamos,  
aunque sea el llegar comenzar el viaje.  
Profundamente humanos nos damos al silencio;  
profundamente claros, vemos lo inenarrable.

Trabajamos el fin,  
trabajamos la Muerte trabajando la vida.  
Nuestra ciencia más íntima es saber de verdad  
que el silencio es la lámpara, la lámpara infinita.

Bajamos lentamente,  
lágrimas en los ojos y una rosa en el pecho.  
Nos abraza la Madre sedienta de nosotros  
con sus hermosos brazos sellados de silencio.

Mas quien dice bajamos  
dice también subimos asombrados  
hacia donde los astros perfeccionan sus rutas,  
hacia donde se saben inefables remansos.

Primavera en invierno,  
estación florecida en ambiente de lágrimas.  
Dejamos nuestra voz ya sin sonido cierto,  
para entrar en la vida que no tiene palabras.

Sabedlo bien, sabedlo:  
lloramos por los otros, porque es justo lo hagamos.  
Pero cuando el viaje es de nosotros mismos,  
con millares de estrellas levantamos las manos.

“Los que se van no vuelven”  
dice aquella verdad que es mentira palpable.  
Retornan en perfume, en brisa, en melodía,  
en lluvias cadenciosas o regias tempestades.

También todos nosotros  
volveremos a vida desde el puerto secreto.  
Seremos, oh Poetas, la música del agua,  
o la música inmensa y eterna del silencio.

## ODA AL ARQUITECTO

César Dávila Andrade

1918 - 1967

Oh antiguo Arquitecto de las gaseosas manos,  
los candelabros alzan su lengua hasta tu nombre  
y mi alma adelgazada te besa entre las cosas.

Tú, en la callada tierra de azafrán de los muertos  
y en la ligera mesa en que huye el alfarero  
con pie impar y leve.

Tú, en el confín que abrieron las blancas jerarquías  
para ordenar el vuelo de las primeras aves  
al fondo de una época hoy secreta en tus ojos.

Tú, en los arcos profundos de las aguas genésicas  
que labraron un tímpano para las caracolas.

Tú, en el espacio eterno, veloz e inamovible,  
ausente en la profunda delicia del secreto.

Irreal y perenne. Altísimo e Intimo

Arquitecto sagrado, de las gaseosas manos.

Por Ti las rosas mueven sus codos de frescura  
y las dalias sus rótulas de ácido rocío.

Por ti el árbol reposa en su quicio de roca  
y los antiguos mitos, en sus torsos de mármol,  
con los ojos lejanos de mineral continuo,  
fijos, despetalados, absortos de pretérito.

Tú respiras la brisa dorada del cabello,  
la tibia arborescencia que lactan las gacelas,  
la delgadez fragante de los hilos de hierba  
y en la última tarde nos respiras el alma.

Por Ti usa la abeja su brújula de rosas

buscando su capilla al través de los árboles.  
Por Ti el sur del cielo enrolla sus montañas,  
inunda de tristeza el fondo del zafiro  
y guarda en una esmeralda el cuerpo de una niña.  
Por Ti el corazón sigue golpeando el cielo  
y la sangre se tiende sollozando en la tierra.  
Oh invisible Arquitecto de las etéreas manos.

Tú, en la ciudad antigua rota por mil clarines,  
en el carmín nostálgico de los besos heridos  
y en la débil memoria de la nube en el agua.  
En el cedro vendado de navíos y fábulas;  
en el yodo secreto de los pies de los hongos,  
sobre sus cabecitas de tierno pan mojado.  
En el estío de oro y torres de amaranto  
que llega con centauros y fraguas de berilo  
y con rojos ramajes de escorpiones heridos.  
Tú, en la física llama del tacto en nuestras manos,  
en su secreto ocaso y en su clima cerúleo,  
en sus ciegos riachuelos que te sienten y palpan  
y en su hidrografía que va al mar del sepulcro.  
Oh sagrado Arquitecto de las eternas manos.

Tú, en la buena madera que amasaste con flores.  
con agua hija de nube, nutritiva y delgada.  
En el árbol que cuenta los años con coronas,  
en sus hojas que tienen un paladar de aroma.  
En la antigua montaña, maestra de palacios.  
En el bosque en que arden tus azules arterias  
cuando el viento de junio suena el cuerno de caza.  
En el musgo que extiende su lento manuscrito  
y en el polvo durmiente que llora tus sandalias.  
Tú, en la blanca vendimia que afana a tus arcángeles  
y en su callado viaje alrededor del aire.

Tú, en el dorado toro que piensa en el otoño,  
en su tierna memoria de gema oscurecida  
y en su lenta conciencia que aún no tiene bordes.  
Oh antiguo Arquitecto de las aéreas manos.

Por Ti las golondrinas llevan la primavera  
con tembloroso luto al través de los mares.  
Por Ti tienen los nidos modelada con brizas  
la copa fiel y tibia de un seno femenino.  
Por Ti cultiva el mármol su rosal geológico  
y encabrita en los frisos sus caballos inmóviles.  
Por Ti las codornices tienen la voz de trigo  
y las hojas de invierno usan guantes de lana.  
El árbol busca el humo de tu celeste altura  
y las colmenas cantan su marea dorada.  
Oh antiguo Arquitecto de las perfectas manos.

Tú, en la zona del ámbar que atraviesan los ángeles  
con sus carros de cera, su cosecha de lino  
y con los tiernos vasos de su temperatura.  
Tú, en el hombre desnudo del arroyo en la espuma,  
y en el agujón lento del sonido en el sueño.  
En el temblor concéntrico de los lagos heridos  
y en el sepulcro errante de las voces que fueron.  
En la música que anda por el cielo hace siglos  
y alguna noche baja hasta nuestros oídos.  
Tú, en nosotros: dormido, vigilante y profundo.  
En la secreta nube de la melancolía,  
en este oscuro viaje de adversidad y gloria,  
en este vago sueño mortuorio que vivimos.  
Respiras nuestro gozo, nuestro dolor, nuestro aire  
y en la noche postrera nos respiras el alma...

## BOLETIN Y ELEGIA DE LAS MITAS

César Dávila Andrade

1918 - 1967

Yo soy Juan Atampam, Blas Llaguarcos, Bernabé Ladña,  
Andrés Chabla, Isidro Guamancela, Pablo Pumacuri,  
Marcos Lema, Gaspar Tomayco, Sebastián Caxicondor.  
Nací y agonicé en Chorlaví, Chamanal, Tanlagua,  
Nieblí. Sí, mucho agonicé en Chisingue,  
Naxiche, Guambayna, Poaló, Cotopilaló.  
Sudor de Sangre tuve en Caxají, Quinchirana,  
en Cicalpa, Licto y Conrogal.  
Padecí todo el Cristo de mi raza en Tixán, en Saucay,  
en Molleturo, en Cojitambo, en Tovavela y Zhoray.  
Añadí así, más blancura y dolor a la Cruz que trujeron mis  
verdugos.

Amí, tam. A José Vacancela tam.

A Lucas Chaca tam. A Roque Caxicondor tam.

En plaza de Pomasqui y en rueda de otros naturales  
nos trasquilaron hasta el frío la cabeza.

Oh, Pachacámac, Señor del Universo,  
nunca sentimos más helada tu sonrisa,  
y al páramo subimos desnudos de cabeza,  
a coronarnos, llorando, con tu Sol.

A Melchor Pumaluisa, hijo de Guápulo,  
en medio patio de hacienda, con cuchillo de abrir chanchos,  
cortáronle testes.

Y, pateándole, a caminar delante  
de nuestros ojos llenos de lágrimas.  
Echaba, a golpes, chorro de ristre de sangre.  
Cayó de bruces en la flor de su cuerpo.



Oh, Pachacámac, Señor del Infinito,  
Tú, que manchas el Sol entre los muertos...

Y vuestro Teniente y Justicia Mayor  
José de Uribe: "Te ordeno". Y yo,  
con los otros indios, llevábamole a todo pedir,  
de casa en casa, para sus paseos, en hamaca.  
Mientras mujeres nuestras, con hijas, mitayas,  
a barrer, a carmenar, a texer, a escardar;  
a hilar, a lamer platos de barro -nuestra hechura-.  
Y a yacer con Viracochas,  
nuestras flores de dos muslos,  
para traer al mestizo y verdugo venidero.

Sin paga, sin maíz, sin runa-mora,  
ya sin hambre de puro no comer;  
sólo calavera, llorando granizo viejo por mejillas,  
llegué trayendo frutos de la yunga  
a cuatro semanas de ayuno.

Recibieronme: Mi hija partida en dos por Alférez Quintanilla,  
Mujer, de conviviente de él. Dos hijos muertos a látigo.  
Oh, Pachacámac, y yo, a la Vida.

Así morí.

Y de tanto dolor, a siete cielos,  
por sesenta soles, Oh, Pachacámac,  
mujer pariendo mi hijo, le torcí los brazos.  
Ella, dulce ya de tanto aborto, dijo:  
"Quiebra maqui de guagua; no quiero que sirva  
que sirva de mitayo a Viracochas".

Quebré.

Y entre Curas, tam, unos pareciendo diablos, buitres, había.  
Iguales. Peores que los otros de dos piernas.

Otros decían: "Hijo, Amor, Cristo".  
Y ellos: "Contribución, mitayo a mis haciendas,  
a tejer dentro de Iglesia, aceite para lámpara,  
cera de monumentos, huevos de ceniza,  
doctrina y ciegos doctrineros.  
Vihuela, india para la cocina, hijas para la casa.  
Así dijeron. Obedecí.

Y después: Sebastián, Manuel, Roque, Salva,  
Miguel, Antonio. Mitayos, a hierba, leña, carbón,  
paja, peces, piedras, maíz, mujeres, hijas. Todo servicio.  
A runa-llama tam, que en tres meses  
comistes dos mil corazones de ellas.  
A mujer que tam comistes  
cerca de oreja de marido y de hijo,  
noche a noche.

Brazos llevaron al mal.  
Ojos al llanto.  
Hombros al soplo de sus foetes.  
Mejillas a lo duro de sus botas.  
Corazón que estrujaron, pisando ante mitayo,  
cuerpos de mamas, mujeres, hijas.  
Sólo nosotros hemos sufrido  
el mundo horrible de sus corazones.

En obraje de telas, sargas, capisayos, ponchos,  
yo, el desnudo, hundido en calabozos, trabajé  
año cuarenta días,  
con apenas puñado de maíz para el pulso  
que era más delgado que el hilo que tejía.  
Encerrado desde la aurora hasta el otro claror,  
sin comer tejí, tejí.  
Hice la tela con que vestían cuerpos los Señores.

que dieron soledad de blancura a mi esqueleto.

Y Día Viernes Santo amanecí encerrado,  
boca abajo, sobre telar,  
con vómito de sangre entre los hilos y lanzadera.

Así, entinté con mi alma, llena de costado,  
la tela de los que me desnudaron.

“Porque no hemos venido  
a vivir en la tierra.

Sólo venimos a soñar.

Sólo vinimos a amar  
aquí, en la Tierra”.

Y a un Cristo, adrede, tam trujeron,  
entre lanzas, banderas y caballos.

Y a su nombre, hiciéronme agradecer el hambre,  
la sed, los azotes diarios, los servicios de Iglesia,  
la muerte y la desraza de mi raza.

(Así avisa al mundo, Amigo de mi angustia.

Así, avisa. Di. Da diciendo. Dios te pague).

Y bajo ese mismo Cristo,  
negra nube de buitres de trapo vinieron. Tantos.

Cientos de casas hicieron en la Patria.

Miles de hijos. Robos de altar. Pillerías de cama.

Dejáronme en una línea de camino,  
sin Sur, sin Norte, sin choza, sin... ¡dejáronme!

Y, después, a batir barro, entraña de mi tierra;

hacer cal de caleras, a trabajar en batanes,  
en templos, paredes, pinturas, torres, columnas, capiteles.

Y, yo, ¡a la intemperie!

Y, después, en trapiches que tenían,

moliendo caña, moliéronme las manos:

hermanos de trabajo bebieron mi sanguaza. Miel y sangre

y llanto.

Y ellos, tantos, en propias pulperías,  
enseñaronme el triste cielo del alcohol  
y la desesperanza.

¡Gracias!

¡Oh, Pachacámac, Señor del Universo!

Tú que no eres hembra ni varón.

Tú que eres Todo y eres Nada,

Oyeme, escúchame.

Como el venado herido por la sed  
te busco y sólo a Ti te adoro.

Y tam, si supieras, Amigo de mi angustia,  
cómo foeteaban cada día sin falta.

“Capisayo al suelo, calzoncillo al suelo,

tú, bocabajo, mitayo. cuenta cada latigazo”.

Yo, iba contando: 2, 5, 9, 30, 45, 70.

Así aprendí a contar en tu castellano,  
con mi dolor y mis llagas.

En seguida, levantándome, chorreando sangre,  
tenía que besar látigo y mano de verdugos.

“Dioselopagui, Amito”, así decía de terror y gratitud.

Un día en santa Iglesia de Tuntaqui,  
el viejo doctrinero, mostróme cuerpo en cruz  
de Amo Jesucristo;

único Viracocha, sin ropa, sin espuelas, sin acial.

Todito El, era una sola llaga salpicada.

No había lugar ya ni para un diente de hierba  
entre herida y herida.

En El, cebáronse primero; luego fue en mí.

¿De qué me quejo, entonces? -No. Sólo te cuento.

Me despeñaron. Con punzón de fierro,

me punzaron todo el cuerpo.  
Me trasquilaron. Hijo de ayuno y de destierro fui.  
Con yescas de maguey encendidas, me pringaron.  
Después de los azotes, ya aún en el suelo,  
ellos entregolpeaban sobre mí, dos tizones de candela  
y me cubrían con una lluvia de chispas puntiagudas,  
que hacía chirriar la sangre de mis úlceras.

Así.

Entre lavadoras de platos, barrenderas, hierbateras,  
a una, llamada Dulita, cayósele una escudilla de barro,  
y cayósele, ay, a cien pedazos.  
y vino el mestizo Juan Ruiz, de tanto odio para nosotros  
por retorcido de sangre.

A la cocinera llevóle pateándole nalgas, y ella, sin llorar,  
ni una lágrima. Pero dijo una palabra suya y nuestra: Carajú.  
Y él, muy cobarde, puso en fogón una cáscara de huevo  
que casi se hace blanca brasa y que apretó contra los labios.  
Se abrieron en fruta de sangre: amaneció con maleza.  
No comió cinco días, y yo, y Joaquín Toapanta de Tubabiro,  
muerta le hallamos en la acequia de los excrementos.

Y cuando en hatos, allá en alturas,  
moría ya de buitres o de la pura vida,  
sea una vaca, una ternera o una oveja;  
yo debía arrastrarle por leguas de hierba y lodo,  
hasta patio de hacienda  
a mostrar el cadáver.

Y tú, señor Viracocha,  
me obligaste a comprar esa carne engusanada ya.  
Y como ni esos gusanos juntos  
pude pagar de golpe,  
me obligaste a trabajar otro año más;  
¡hasta que yo mismo descendí al gusano

que devora a los Amos y al Mitayo!

A Tomás Quitumbe, del propio Quito, que se fue huyendo de terror, por esas lomas de sigses de plata y pluma, le persiguieron; un alférez iba a la cabeza.

Y él, corre, corre gimiendo como venado.

Pero cayó, rajados ya los pies de muchos pedernales.

Cazáronle. Amarráronle el pelo a la cola de un potro alazán, y con él, al obraje de Chillos,

a través de zanjas, piedras, zarzales, lodo endurecido.

Llegando al patio, rellenáronle heridas con ají y con sal, así los lomos, hombros, trasero, brazos, muslos.

El, gemía revolcándose de dolor: "Amo Viracocha, Amo Viracocha".

Nadie le oyó morir.

Y a mama Susana Pumancay, de Panzaleo;

su choza entre retamas de mil mariposas ya de aleteo;

porque su marido Juan Pilataxi desapareció de bulto,

le llevaron, preñada, a todo paso, a la hacienda;

y, al cuarto de los cepos en donde le enceparon la derecha dejándole la izquierda sobre el palo.

Y ella, a medianoche, parió su guagua entre agua y sangre.

Y él dio de cabeza contra la madera, de que murió.

Leche de plata hubiera mamado un día, Carajú!

Minero fui, por dos años, ocho meses.

Nada de comer. Nada de amar. Nunca vida.

La bocamina, fue mi cielo y mi tumba.

Yo, que usé el oro para las fiestas de mi Emperador,

supe padecer con su luz,

por la codicia y la crueldad de otros.

Dormimos miles de mitayos,

a pura mosca, látigo, fiebres, en galpones,  
custodiados con un amo que sólo daba muerte.  
Pero, después de dos años, ocho meses, salí.  
Salimos seiscientos mitayos,  
de veinte mil que entramos.

Pero, salí. ¡Oh, sol reventado por mi madre!  
Te miré en mis ojos de cautivo.  
Lloré agua de sol en punta de pestañas.  
Y te miré, Oh Pachacámac, muerto  
en los brazos que ahora hacen esquina  
de madera y de clavos a otro Dios.  
Pero salí. No reconocía ya mi Patria.  
Desde la negrura, volví hacia el azul.  
Quitumbe de alma y sol, lloré de alegría.  
Volvíamos. Nunca he vuelto solo.  
Entre cuevas de cumbe, ya en goteras de Cuenca,  
encontré vivo de luna el cadáver  
de Pedro Axitimbay, mi hermano.  
Víle mucho. Mucho víle, y le encontré el pecho.  
Era un hueso plano. Era un espejo. Me incliné.  
Me miré, pestañeando. Y me reconocí. Yo, era él mismo!  
y dije:

¡Oh Pachacámac, Señor del Universo!  
Oh Chambo, Mulaló, Sibambe, Tomebamba;  
Guagara de Don Nuño Valderrama.  
¡Adiós. Apachacámac. Adiós, Rinimi. No te olvido!  
A tí, Rodrigo Núñez de Bonilla.  
Pedro Martín Montanero, Alonso de Bastidas,  
Sancho de la Carrera, hijo. Diego Sandoval.  
Mi odio. Mi justicia.

A ti Rodrigo Darcos, dueño de tantas minas,

de tantas vidas de curicamayos.  
Tus lavaderos del Río Santa Bárbola.  
Minas de Ama Virgen del Rosario en Cañaribamba.  
Minas del gran cerro de Malal, junto al río helado.  
Minas de Zaruma; minas de Catacocha. Minas!  
Gran buscador de riquezas, diablo del oro.  
¡Chupador de sangre y lágrimas del Indio!  
Qué cientos de noches cuidé tus acequias, por leguas  
para moler tu oro,  
en tu mortero de ocho martillos y tres fuelles.  
Oro para ti. Oro para tus mujeres. Oro para tus reyes  
Oro para mi muerte. ¡Oro!

Pero un día volví. ¡Y ahora vuelvo!  
Ahora soy Santiago Agag Roque Buestende,  
Mateo Comagüara, Esteban Chuquitaype, Pablo  
Duchinachay,  
Gregorio Guartatana, Francisco Nati-Cañar, Bartolomé  
Dumbay.

Y ahora, toda esta Tierra es mía.  
Desde Llagagua hasta Burgay;  
Desde Irubí hasta el Buerán;  
desde Guaslán, hasta Punsara, pasando por Biblián.  
Y es mía para adentro, como mujer en la noche.  
Y es mía para arriba, hasta más allá del gavilán.

¡Vuelvo, Alzome!  
Levántome después del Tercer Siglo, de entre los Muertos  
¡Con los muertos, vengo!  
La Tumba India se retuerce con todas sus caderas  
sus mamas y sus vientres.  
La Gran Tumba se enarca y se levanta  
después del Tercer Siglo, dentre las lomas y los páramos,



las cumbres, los yungas, los abismos  
las minas, los azufres, las cangaguas.  
Regreso desde los cerros, donde moríamos  
a la luz del frío.

Desde los ríos, donde moríamos en cuadrillas.  
Desde las minas, donde moríamos en rosarios.  
Desde la Muerte, donde moríamos en grano.

### Regreso

¡Regresamos! ¡Pachacámac!  
¡Yo soy Juan Atampam! ¡Yo, tam!  
¡Yo soy Marcos Guamán! ¡Yo, Tam!  
¡Yo soy Roque Jadán! ¡Yo tam!

Comaguara soy. Gualanlema, Quilaquilago, Caxicondor,  
Pumacuri, Tomayco, Chuquitaype, Guartatana, Duchinachay,  
Dumbay, Soy!  
¡Somos! ¡Seremos! ¡Soy!

## LA SOLEDAD

Antonio Lloret Bastidas

1920

### I

Cuando yo fui rumor viento sencillo,  
Indefinido trébol, tierno idioma,  
Júbilo y plenitud, salvado aroma,  
Ya descurí tu faz como un anillo.

En mi clima después -cielo amarillo-  
Para el duelo del ciervo y la paloma,  
Mezcláronse el amor con el aroma  
Y el aire de mis lutos con tu brillo.

Tu ademán, soledad, guarda mi llanto,  
-Trébol que espera su último quebranto-,  
Desvelado de pie sobre la arena.

Sidérea plenitud, lámpara y arpa,  
En tu luz musical mi noche zarpa  
Hacia el mar absoluto de la pena.

### II

Por mi piel sin clamor cruza el gemido  
Con su aljaba de flechas, clamoroso,  
Al par que siega el viento tempestuoso  
El párpado nocturno del olvido.

El párpado nocturno del olvido  
Que apacienta cenizas, amoroso,  
Y este polvo tan duro y tan gozoso  
Que en mi piel permanece detenido,

Soledad sin cuartel ni flor se nombra.  
¡Qué batalla interior la de mi sombra  
Con la sombra de un huésped desvalido!

Tal los días sin pan del forastero,  
Así es mi soledad, cuando agorero  
Por mi piel sin clamor cruza el gemido.

### III

Alta rosa plural, temblante hiedra,  
Laurel en desamor, sombra advertida,  
Encendido mural, ala abatida,  
En mi memoria estás labrada en piedra.

Soledad, soledad, aire que riega  
Mi sendero interior, mi sombra amiga,  
Ojo de eternidad, ¡ay lenta espiga!,  
En mi memoria estás hundida y ciega.

Mediodía tenaz, lengua de fuego,  
En mi memoria te alzas como un ruego  
Temblante, en el agosto de la hiedra.

Soledad maternal, nada te pido  
Desde esta viva orilla hasta el olvido,  
Si en mi memoria estás labrada en piedra.

## Tercer Acorde

### EL AMOR

#### I

¡Y tú, fiesta del cielo, Amor, bandera  
De cardinal temblor, corcel del sueño;  
Tú, del nardo en el cántico risueño  
Y en la cítara impar de la alta esfera!

¡Amor, ah tú, florida y dulce espera,  
Ambito del fervor, gallardo empeño;  
Tú, Amor, grato doncel, ardiente dueño  
Del corazón del mundo en primavera!

¡Amor, tiempo encendido, ciego arquero,  
Ílmito pregón del pregonero!;  
¿Quién a tu voz no ha alzado su bandera?

¡Yo amanezco en tu luz y te amo tanto,  
Corcel del cielo, Amor, fiesta del canto,  
Primavera del mundo!, ¡primavera!

#### II

¡Tú, en el día inicial; Tú, en el temprano  
Don de la claridad! Tú, el temprano;  
¡Tú en el huerto cerrado y duradero  
Y en esa ansia total del beso humano!

¡Tú, en la cuenca pastora de la mano;  
Tú, en el Sí de verdad! Tú, el verdadero.  
¡Tú, antes; tú, después! Siempre ligero.  
Unas veces distante, otras, cercano.

¡Tú, en el más fino estambre! Tú, en el trino.  
Tú, en el gozo nupcial. Tú, en el camino.  
Tú, en mis ansias, y tú, en mi regocijo.

¡Tú, en todo tiempo, Amor, y en toda cosa:  
Tú, en el íntimo encanto de la esposa  
Y en la ronda ternísima del hijo!

### III

Yo abrevé en su lagar. Tuve una estrella:  
Se llamó Laura-Luz, cielo del talle,  
Cielo que se hizo miel a que batalle  
Mi ola en su espuma de ávida doncella.

Solaz donde yo hundí mi honda querella:  
Allí estuvo la miel que hallé en su valle;  
¡Cielo y solaz!, qué clima el de su talle  
Para mi ola, en su espuma de doncella!

¡Qué panal fue su olor, como de arcilla!  
-¡También el mar se bate con su orilla!  
Si hay un cuerpo desnudo que destella!

¡Qué frescura de arcilla le bañaba!  
¡Laura-Luz se llamó!... ¡Bien se miraba  
Mi ola en su espuma de ávida doncella!

## Sexto Acorde

### LA MUERTE

#### I

¿Morir? ¡Cómo se muere!, siempre a diario:  
Se muere en la mirada de un espejo,  
Por la rosa se muere o su reflejo;  
¡Se muere un poco en todo aniversario!

Se muere en cada signo del horario,  
Se muere por costumbre del cortejo;  
Se muere por morir: de niño o viejo,  
O se muere a la orilla de un vestuario...

¿Morir? No importa mucho si la muerte  
Es simple desazón o simple muerte...  
¡No se sabe morir cuando se quiere!

Morir así es tan fácil, por exceso...  
¡Hay que morir creyendo en el regreso,  
Porque morir de veras, ¡no se muere!

#### II

La muerte elemental está en un lazo  
De ojos verdes en fuga. Su mirada  
Va en el aire sonando su mirada...  
-¡La muerte silba un rostro en cada lazo!-

Silba oscuro el clamor y oscuro el lazo  
Que tiende entre los muertos. Su llamada  
Va en el agua sonando su llamada...  
-¡La muerte se distiende en cada lazo!-

¡Va en el fuego la muerte y no se quema,  
Va en la tierra la muerte y reflorece;  
Va en el fuego sonando su anatema!...

¡Va en la tierra sonando cuando acrece  
la muerte elemental!... Mi hora suprema  
Después de este morir: ¡cuando regrese!

### III

¡Qué inmenso retornar lleno de júbilo  
Al Alma del Gran-Todo en este instante:  
Mirarse en la raíz, ser el radiante  
Perfume de la tierra en verde fúlgido!

!Crecer entre la grama. Ser el súbito  
Esplendor del rocío delirante.  
Caminar otra vez. Estar delante  
Del ritmo universal, con aire lúcido!

¡Morir es retornar! Volver al cántico.  
Bajar desde la lluvia en vuelo mágico  
Y encenderse en el rojo de las rosas.

¡Vedme a mí cual ya soy: eterno y férvido,  
Esplendor sin confín, ala sin término,  
Cantando renacido entre las cosas!

## BIOGRAFIA DE MI PUEBLO

Enrique Noboa Arízaga  
1921

Vieja piedra de siglos tumbada en la leyenda,  
vieja arcilla morena de mezcla mitimae,  
de las manos del indio adveniste a la historia,  
con un collar de páramos, cantando yaravíes.

En ti tienes el alma del indio hecha montaña:  
largo dolor de poncho, flor de lágrima fresca,  
tendida en el camino para mirar auroras.  
En ti, cántaros de agua que amamantan cosechas  
y un puñado de angustias en las manos del indio.

Vieja piedra: en tus ancas de piedra, la voz ronca  
del Huagñay engreído, se alistó a la contienda;  
en tus senos de páramo yo apuré la nostalgia  
de la raza y anduve tras el grito redondo  
arrancando del viento por garganta mitaya.

Y encontré que ese grito era el mismo de ahora:  
grito fértil y antiguo de bocina y de quena,  
que allá -cuando no hubo de escribirse la historia-  
con el diente afilado en cuchilla y arado,  
mordió el vientre moreno de la tierra doncella,  
para hacerla parir mil cosechas maduras.

Y encontré que naciste, como nacen las tardes,  
mezcladas a los vientos, como las golondrinas:  
tus pechos de montaña puestos frente del alba,  
tu cintura cacique de bronce al mediodía,  
y tu boca joyapa cara a cara del sol.



Y oí que la palabra del Padre Pachacámac  
me dijo, señalando tu vastedad rotunda:  
allí está el Ingapirca con su canción de siglos,  
allí el Narrío inmenso, paridor de secretos,  
allí el Baño de Inti, allí el Libro del Tiempo,  
abierto ante los ojos buscones de la Historia.

Vieja piedra: en el monte besador de los astros,  
te levantas soplando bandalajes de niebla.  
En ti amaron los surcos el verdor de la espiga,  
la dulzura dorada del tragal, y el manojito  
amarillo de callos en los dedos del indio.

Así te amaron todos. Así te amó mi anhelo,  
así el año testigo de la fábula, el polvo  
vozarrón del camino, y el ceño displicente  
del armado colono que rompió tu llanura.

Vieja piedra lanzada a la orilla del tiempo,  
vieja arcilla morena: yo te entrego mi canto  
en la boca fragante de tus bellas mujeres.  
En sus vientres fecundos se aquietaron los vientos,  
en sus senos dormidos despertó el ala blanca  
de mi verso, en sus manos se formó la corriente  
rompedora de angustias, que te traigo en mis manos.

Aquí, latiendo enorme mi corazón indígena.  
Aquí, collar de páramos cantando yaravíes.  
Aquí, sudor de poncho, fresca cántara de agua,  
y un dolor hecho versos en el alma del indio.

## EN LA MUERTE DE MI CANARIO AMADEUS

Arturo Cuesta Heredia

1922

Amadeus.

Poquito tiempo  
estuviste a mi lado

es que tú eras  
un cascabelito alado.

Unas clases de armonía

y se apagó tu bombillo.

Acompasaste sin embargo

la maraca insomne de brujo

de mi corazón.

Iluminaste

mi cabeza encanecida

de un molinero fatigado.

Yo fui para ti el árbol.

Mis brazos:

las ramas dispuestas en cruz.

Ahora cumplirás tu anhelo,

esquiar en la colina de menta

de un lucero.

Será la embriaguez de tu danza

en los anillos pintados

del trompo dormido

de Saturno.

Escribiste para mí  
en el pentagrama parpadeante  
de mis pestañas nerviosas  
la partitura de cristal  
de una estrella nueva  
con las 2 gotas de tinta  
de tus profundos pero cercanos ojos.

¿Cómo pudo ser  
ese milagro purísimo de niño  
realizado  
en la onza de oro de tu vida?

Dios te había puesto a mi lado  
a que me contases las alegrías  
del Corazón de Cristo,  
a que conversaras con mi hijita Fernanda  
en el mismo idioma que tú hablabas  
del silabario de níquel  
del brotadero de la fuente.

Como tú, Amadeus,  
mi niña tiene un pico de nácar  
una pequeña carga de alas violetas  
que tú la veías mejor que yo.

Soñaba contigo, con mi nena  
unas vacaciones  
en una playa de sandías  
un mar de limonada  
olas finas de encaje  
ese mundo...  
de veleros y pañuelos  
castañuelas de conchas  
bocinas y silbatos de caracoles.

Las cintas de mi llanto  
hacen el trapecio vacío.  
A tus trinos idos:  
el requiem  
de bandurrias autopulsadas  
de las verdes cigarras,  
el piano  
de teclas triples de piedra  
de las ranas.

Para aplaudirte,  
mis manos eran  
tu cuaderno melódico  
tu atril.

Te acariciaban mis manos  
como si fuesen tus alas crecidas.

Se rompió el cántaro  
de tu melodioso vino.

No obstante  
saltas en el soto de mi pulso;  
hasta tu corazón minúsculo palpo  
en los latidos de mis sienes.

Novicio  
en una celda esférica.

Tu castidad  
de una esquirla diminuta de hielo  
de una punta de azúcar  
en la rosa dorada  
de una taza de té.

Carillón del Angelus  
más...  
la alegría de sí corredentor  
de ricas monedas tintineantes  
de la Purísima Siempre Virgen María.

Alta pértiga eras  
de una espiga de vidrio.  
Pista de musgo  
para mis pies heridos.

Corneta de dianas,  
mi impulso militar.

La muerte es silencio  
pero...  
¿qué pasa cuando se muere la "música"  
la jaula está abierta  
está muda toda la casa.

En las patitas ya frías  
de cerillos rosados  
con los que tú encendías mi júbilo  
he puesto una cruz fragante  
de astillas de canela  
que bien has abrazado todavía.  
Esa cruz...  
se me antoja una guitarra  
que suena.

En el pequeño rectángulo  
de una almáciga de jazmines  
pongo la madeja rubia  
de tu cuerpo inerte

con una mantilla  
de escarcha y almíbar.

Buscándote...

me abriré paso en los trigales  
tañendo esa arpa del viento.

Creo que te oigo  
en el beso de la espuma  
de mi copa de cerveza.

Que te veo volar  
por el celaje raro  
de mi taza oscura de café.

Que el humo de cigarrillo remeda  
los arabescos de tu vuelo.

En mi boina de poeta  
clavo 3 plumitas de tu cola  
para abrigar la idea  
de que sigues a mi lado  
que me llamas Arturo Edgardo  
como un coro de lejanas abejas.

Si esperabas un poco  
veías en el cielo  
la bufanda policroma el arcoiris  
indicio de que la tierra se abriga.  
Escuchabas el cuento  
que la llovizna cuenta  
del amorío del sol y la luna  
cuento terso de un galanteo.

Pronto estallará la primavera  
como una resurrección  
campana abierta de perfume  
será el suelo,

las frutas, focos de colores.

Pero nada vale si tú no estás.

En nuestro albergue de Monay  
de los decanos olivos  
en los claros del techo  
la luna aún humedecida  
es el pan mojado,  
las estrellas,  
el alpiste derramado.

Nos veremos...  
en el Ultimo Día  
en la Plenitud del Amor del Padre  
nuestras voces de alabanza se unirán  
a los arpegios regios  
del manso, del dulce, del mínimo  
Francisco de Asís.

En esta pena...  
de un faraón de niebla  
de un loto de sombra  
en un nilo de lágrimas  
encargo la elegía  
a los donceles cantores  
del GRUPO MENUDO  
con cintillos para la frente  
que relumbren tu nombre.

Yo...  
apenas si he logrado  
una acuarela ceniza y carmín.  
Te amé Amadeus. Amadeus te amé.  
Adiós.

## REQUIEM A CESAR DAVILA ANDRADE

Hugo Salazar Tamariz  
1923

Junto al fuego repleto  
de memorias,  
espectando los círculos  
insomnes,  
un anónimo dios  
deja su huella  
y  
sollozando de retraimientos  
se conjuga la sangre desarmada  
con el filo imposible  
de la náusea.  
El día,  
acicalado,  
se le viene  
como los hondos perros campesinos  
y una mala palabra  
lo sustenta  
en el líquido andamio de su anhelo.  
Todo de sed es hecho  
a semejanza  
y alguna vez  
de triángulo  
o de trigo  
algo vuela en el ruedo del aroma  
como si de la piel  
hiciera lámparas  
para velar los pasos  
presentidos;



nada se opone a su mitad de llanto  
cuando pasan los indios

sin sembríos

mojados por el río

y por la escarcha

escarbándole el ojo que no sueña,  
llamándole del nombre

nunca dicho.

Con paso lento

se venía lejos

esquivando encontrarse con los dientes;  
miraba

y remiraba los instantes

llenándole las copas

al prodigio

donde aletea

a muerte

un conocido.

Se oyó nombrar

como detrás de un

árbol

y el fruto

ya maduro

despedía

una substancia de niñez

o madre-,

en las trastiendas de la antigua noria,  
perdidos los sentidos

que golpean...

El viento llega

con sus ropas sueltas,

el ave se devuelve

la lluvia llega  
a su misterio,  
a recoger sus pasos  
y el mar no acaba de arreglar sus citas,  
cuando él se esconde  
en vino inconsagrado,  
muerde los puños de sus apellidos,  
parece un viajero  
en la partida,  
quiere contar la hierba que le queda,  
hace una estrella  
en su vacía mano  
¡y nunca se parece a la llegada!

El se mojó,  
de noche,  
en lo distinto  
y contó con sus dedos  
las paredes  
mientras el esqueleto le crujía  
como el casco de un barco  
ingobernable.  
Su signo perdió el hilo de cometa  
entre la poca gente conocida  
que se deja pasar  
yendo más lejos  
con un grito apretado  
en los colmillos,  
el ojo saturado de algideces  
y en el paso  
los círculos viciosos.  
Respiraba  
en un aire lleno de alas

con un pulmón de anonadado bosque,  
sintiendo las vigiliass  
en que ayuna  
la sangre  
que jamás rizan los sueños.  
Hacía tiempo  
se extravió su niño  
enredado entre arduos campesinos  
-de aquellos que se extraen  
la semilla  
de entre la prieta  
y confundida carne-,  
su niño  
de los lívidos temblores  
atorado  
en el ángel de la guarda.  
Todo lo que en las manos le pesaba  
fueron  
sus cotidianos alimentos:  
mascar la luz,  
espacio,  
despacito  
sin que alguien viniera  
de repente  
con la pregunta  
en vilo desnudada,  
remiraba lo trunco  
y lo marchito  
para darles su ángel acosado  
con un sabor a hermana  
aguardadora  
de aquella forma  
que exprimíó a la duda

cuando no se cansaba  
de estar tenue.

Sólo él sorprendió  
su desperezo,  
su siempre amanecer  
en el silencio,  
su osca condición  
de encadenado.

En un ágil caballo de berilo  
se iba por sus campos  
donde un ídolo verde  
inundados  
de bruces  
se ha caído  
en el alma de las cosas.

Siempre estuvo volviendo  
del subsuelo  
cargado de gavillas  
y de angustias  
como los indios de ceniza helada...

El menos forastero de los hombres,  
el vecino  
que llega sin recuerdos  
con su intacta semana,  
adormecida,  
el que escribe su número  
en las puertas  
cuando aún no despiertan las mujeres,  
aquel que habita  
bajo las corolas  
mientras los perros ladran  
cristalinos

y el polvo  
muele todos los contornos,  
raída la frágil línea  
del perfume  
y por ella,  
en puntillas,  
se hizo nombre.

Sembrado como el trigo  
o la cebada  
madrugaba  
con ansias de colina,  
algo de río  
le empujaba el canto,  
un no se qué de árbol  
lo elevaba,  
un ventanal de viento lo ponía  
bruscamente de pie  
y estupefacto.

Cavado como pozo  
en el desierto,  
agua de luces frescas escondía  
en su rumor  
de cosas entrevistas  
a la hora más lejana de la arena.

¿Por qué dormía  
sobre los despiertos  
y sobre los dormidos  
despertaba?  
El mismo se hizo herida  
en pan temprano  
¿A qué llegaba siempre jadeante

si todo lo esperaba  
a otra hora?  
El mismo se empapaba  
de impaciencias  
¿Qué buscó  
mientras todos olvidaban  
su ración mineral  
que a nadie alcanza?  
El mismo repicaba las campanas  
que convocan la ausencia  
en la memoria.

Con un gesto  
que espanta a los espejos  
él que amó  
se fundió de melodía;  
el no llegar  
se acomodó en su carpa  
remendada de estrellas  
y gorriones;  
un poco de algo lo llevó hasta el límite  
gris  
y perenne que sacude el grito.  
Ahora tiene un algo de venado,  
un contorno de lago  
en la montaña...  
Nadie se asombre si percibe cerca  
su carga de pasión,  
abandonada...!

Pasó de cara al frente,  
acumulado,  
con la quimera  
ardiéndole en la lengua,

inventando senderos  
y veredas  
para la plúmbea huida  
de las bestias  
que tienen la substancia de los niños;  
pasó turbado,  
en trance de enramada  
que hurga el viento  
con indócil mano  
buscando  
la matriz de los olores,  
fingiéndose  
el ademán de la caricia  
que adormece el ardor  
de los vencidos.  
Ahora ya no está  
como nosotros:  
zapatos  
y camisas  
y proyectos.  
Nada de más palabras  
y monedas  
para teñir las cosas entrañales.  
Se anudó  
una corbata irrenunciable,  
descendió los peldaños  
circulares  
buscando  
la estatura de la imagen,  
nubló su brazo  
de afiebrada estirpe  
y está añejándose  
como los licores

en un letargo azul

y transparente.

Nos quedamos

adustos de quehaceres,

cada día cansándonos un poco,

clavando algo de luz

en nuestras torres,

cavando el duro pan

de este planeta,

saboreando el dolor

que nos madura

hasta el clima dorado de la ira.

Mientras,

él tiene una actitud postrera,

inscrito en polvo,

en ese extraño polvo

tembloroso

que asusta a las mujeres

y hace a los hombres que se pongan tristes.

No le echemos en cara

nuestra enjuta

ración

de vacilantes inquietudes

ni reclamemos

su único vestido

porque un día pasó

a nuestro lado

aleteando

como una golondrina...

No le pidamos cuenta

de su oriente

cerrado



como un templo de granito,  
si fue capaz de renunciar lo útil,  
de refutar  
nuestra inclemente búsqueda  
y turbar la canción  
que comenzamos.

## POEMA PARA EL HIJO DEL HOMBRE

Jacinto Cordero Espinosa

1925

### I

En cambio vosotros víctimas del cielo saqueado por las  
(águilas:  
criaturas de dulzura que no debíais morir,  
pastores de la soledad que arañábais la piedra,  
la tempestad, el cielo hasta dejar la huella del hombre,  
su ofrenda, su sabor de despedida universal.

Nunca la mano del hombre  
fue más triste y hermosa que en vosotros,  
nunca su ave de mutiladas alas estuvo tan sola  
y nunca fue mayor su nostalgia,  
su canto en las cosas que abandonaba.

Milenios de milenios en el fango,  
en el cielo vuelto hacia otro lado:  
hasta traer un fruto,  
una pareja de animales,  
los dientes de amor de la tierra.

### II

¿Quién estuvo día a día  
y arrancó las hierbas amargas de las tumbas  
para construir la casa del hombre  
y el alimento de los animales?

¿Para quién el vaho de las bestias  
fue el único anticipo del paraíso?  
¿Quién se nutrió de lágrimas  
y caminó con ellas desterrado en el tiempo,  
y vio su mundo cercado,  
segado el manto de su tierra:  
sus pliegues de dioses y animales.  
Y tuvo que empezar de nuevo para otros  
lo que su corazón golpeado ya no conocía  
en el país de sus muertos?

### III

¿Para quién el día fue aire de castigo  
y la noche piedra profunda:  
en la que contaba el número de los suyos  
para saber si aún estaban allí;  
y sus ovejas temblando agrupadas de costado,  
gritando con voz humana  
por volver al seno de sus madres.  
Cuando el hombre se torna carne que respira a pequeñas  
(gotas,  
como la flema del corazón agujereado de las bestias?

¿Quién fue encadenado por el llanto  
y pasó atravesado por un cordel universal  
en las procesiones de tiniebla y arcilla,  
tras el pequeño cadáver, como un pan ceremonial,  
de uno de los suyos.  
Iluminados por ráfagas que azotaban la luz del obediente  
corazón de los semejantes.  
Desconocidos por todos, por todos olvidados,  
solos con su semilla amarga,  
sus cirios negros y sus ataúdes de ceniza?

#### IV

¿Quién estuvo tan desamparado,  
que ya no pudo volver ni al origen de su raza,  
llorando por volver al hombre.  
Y tomaba a la mujer en las quiebras profundas,  
y alimentaba a sus hijos con alimento de desesperación?

¿Quién fue imagen de desolación total:  
y tuvo roído el corazón  
por los ácidos profundos de la especie,  
su mirada de obediencia palpitando en el costado,  
secas las ligaduras de sus huesos.  
Y esperó en la piedra del desconsuelo,  
en el polvo del destierro,  
en el aire de la desventura?

¿Quién fue conducido con las manos atadas,  
encarnecido, señalado por sus hermanos  
como objeto de burla original:  
solitario con sus desnudos miembros  
que se ocultaban al ritmo del corazón.  
Su tímido aroma,  
la eterna canción subiendo hasta los cielos de la especie,  
como acusación universal?

#### V

¿Quién en las vueltas de la desesperanza,  
hundido en la gente silenciosa de su pueblo,  
oyéndose vivir hasta tocar el hueso del hombre.

Como un río enterrado en la noche,  
como un río de cabezas humilladas:

detuvo el polvo efímero  
y le dio forma de templo,  
de puente, de camino infinito;  
en donde se le quedaba la vida  
que se le iba acabando?

Transformador silencioso,  
tejedor alucinante de vasijas,  
de la densa hilandería de las tumbas,  
para los que no le pertenecían.

## VI

Y entregó su ración para el más allá,  
su vasija de labios muertos, su puñado de maíz,  
la escarcha de su alma;  
para el viaje que hacia otros cielos  
hacían sus antiguos padres.

Renunció para siempre al cielo  
y se quedó aquí de siervo, de cuidador de los días  
y su áspero sabor que doblega el corazón.  
De cavador de sepulturas  
y de plantas para los que aún esperan.  
De guardián de ejidos y cementerios  
y su muda faz inexorable,  
de las tablas de las sepulturas y los caminos públicos,  
donde comen en cuclillas los desesperanzados.

De peón del barro y su mariposa de odio  
que pudre los cadáveres y las semillas,  
De alineador de granos, de casas y de tumbas  
en la muralla del tiempo solitario.  
De adormecedor de la tierra  
y su terrible sueño sin piedad.

## VII

Y ya nunca miraría la casa del amor,  
su polvo de constancia azotado por los días,  
la piedra donde inclinaba la cabeza  
y cocía los alimentos.

El vano de la vacilante puerta que se abría al infinito  
y en el cual se refugiaban  
los pequeños animales del campo.  
La ceniza al volver,  
el rostro del amor entre dos castigos,  
la arcilla de su remoto Dios  
cuidador de ovejas y designios en la altura.

Y tuvo roídas las entrañas,  
la mirada familiar del hombre en el abierto costado  
y tuvo que volver desde la piedra profunda del  
desconsuelo,  
desde el polvo del destierro,  
desde el aire de la desventura universal.

## VIII

Pero ahora regreso a vosotros:  
muchedumbre silenciosa azotada por miles de años  
de tierra y de castigo,  
aventada por la muerte.  
Por el tiempo en donde sólo el hombre clamaba  
avanzando ciego y herido.

Miro como a los astros en la noche,  
vuestra eterna marcha, vuestros eternos rostros de  
(hermosura,  
vuestra constancia más dura que la muerte.

Miles de hombres, de niños, de muchachas,  
marchando silenciosos,  
reemplazando en generaciones de lágrimas  
a los caídos,  
cantando,  
entregando como en la antigua pirámide de la humillación  
el rostro del hombre, la piedra del sueño y del cántico.

## IX

¡Oh, multitud perdida  
ocultada por el cielo y la montaña de la desolación!  
¡Oh! pueblo mío, ¡Oh! rebaño de amor descarriado:  
os escucho venir desde la marejada del polvo infinito,  
desde el ser agrupado, desde las nubes del comienzo  
en donde el hombre estaba.

Oigo resonar en la tierra del exterminio,  
vuestra palpitación, vuestro eterno aroma  
que nos cubren como el día.  
Vuestro incesante rumor naciendo de la muerte.  
Vuestras manos que acallan los seres y los animales  
(solitarios

y el antiguo amor de las cosas  
por su hijo único.  
Os veo venir de nuevo con vuestros remotos utensilios,  
con vuestros hermosos oficios de acunadores de la tierra:  
hilanderas, labradores, alfareros de amor  
de lentas manos transitorias.  
Para construir la columna de la paz,  
el templo de la alegría sepultado por el llanto.

## X

Escucho crecer vuestro corazón  
 venciendo el polvo, las tumbas y la noche,  
 donde el amor del hombre fue sepultado por la piedra.  
 Resplandecer la aurora de la alegría  
 sobre vuestras cabezas,  
 las alas de la esperanza,  
 ocultar el cielo del terror,  
 dulce y cercano como una ave.

Miro volver vuestros pastores en desvelo,  
 vuestros animales de cielo,  
 vuestros esclavos en éxtasis.  
 Cavar el firmamento,  
 mover la piedra milenaria  
 en la que crecieron hierbas de tiniebla y desesperación.  
 A la alegría de retornar con sus niños y palomas  
 enredados en el barro,  
 reconstruir la casa de la humildad  
 que respirábamos a solas.

## XI

¡Oh paz! ¡Oh amor! desde dónde comienza vuestro canto,  
 edificado con piedra  
 a cada ritmo de la desolación,  
 a cada cosa perdida  
 en grandes pausas de la tierra.

En milenios cuando el hombre despedazado  
 volvía a juntar pedazo a pedazo  
 el rostro de sus hermanos.  
 Hasta mirar sin llanto,



hasta esperar en la esperanza,  
hasta volver al hombre.  
Porque era dulce traerte desde tan lejos  
y tus alas agobiadas de amor y de noche,  
eran la única tienda que alzaba el desterrado.

Eugenio Moreno Heredia

1926

En qué noche de altas mareas y de monstruos  
violando el gran sello nocturno del océano  
surgió desde su fondo tenebroso  
tu silueta de amarga soledad.

Recinto del silencio...

Catedral donde el viento y la brisa marina  
sollozan un eterno responso  
con flautas de basalto  
en turbios pentagramas de arena calcinada;  
de ti huyeron los dioses  
en la primera tarde de maremotos lilas.

Fragmento desolado de la patria,  
mi sangre se estremece de asombro al contemplarte  
y escucho que en mi voz corre un río de luto.  
Ahora, frente a ti, siento al fin y pronuncio  
¡soledad...!  
y creo que en el fondo de tu calma absoluta  
sólo están palpitando mi corazón y el mar.

Hombres duros del norte llegaron a tus playas,  
no fueron pescadores ni labriegos,  
eran agrios soldados que estrujaron la patria,  
no trajeron la línea azul de la plomada,  
ni el jardín de la casa creciendo en la memoria,  
no trajeron el bote, ni el arpón, ni el arado,  
ni el hijo, ni el hogar, ni la semilla;

vinieron torvos, asechando, odiando;  
a construir refugios y fortines.

Arida y dilatada comarca ecuatoriana,  
paraje triste de la soledad,  
sólo el polvo transita tu playa abandonada  
y el viento mueve a veces las ventanas  
dando un lejano adiós a las gaviotas.

En dónde está la vida,  
dónde el rumor alegre de la sangre,  
en dónde está la huella, el pie del habitante,  
la camisa del hombre secándose a la puerta,  
la cruz bajo la cual  
los muertos oyen palpar la tierra;  
siquiera el testimonio de las lágrimas.  
Nada hay en ti ciudad abandonada,  
apuesto final del tiempo envejecido,  
sólo a ti llega el polvo de siglos y de climas  
y en huracanes turbios y en espesos oleajes  
la muerte llega en tumbos a tus toscas riberas.  
Baltra, oh abandonada,  
perfecta estancia de la soledad.

No hay el muelle aguardando con una mano amiga  
los ojos desolados del marino,  
no hay la muchacha, la canción, el vino;  
hoso basalto hiriente  
podrías ser tan sólo cementerio  
de naufragos que llegan a tus playas  
desde una antigua tempestad nocturna.

En dónde está la vida, el fruto germinando,  
el árbol que aún tenga las huellas de las manos,



el olor del cansancio del hombre entre su sombra,  
en dónde está la voz del campesino  
invocando a la lluvia,  
en dónde está el hogar, el humo cariñoso,  
en dónde está la red del pescador,  
su canción dónde está,  
en dónde la balandra;  
sólo un viento reseco de muerte te circuye,  
islote abandonado:  
por tus acantilados las tortugas  
caminan en cien años a la muerte.

Baltra, oh abandonada,  
oh isla pura de la soledad.

Bajo a tu playa y miro  
y quiero ver el punto luminoso  
del velero que llega,  
escuchar que alguien diga a mi costado  
que viene alguno más,  
que viene a Baltra.

Pero el mar está solo bajo un cielo de fuego  
y hay una voz eterna surgiendo de su fondo,  
diciendo que ya nadie vendrá,  
ya nadie a Baltra.

Tan sólo el alcatraz repite su caída  
queriendo oír al fondo del océano  
yo no sé que oculto llamamiento.

Y cruzo por tus playas desoladas,  
extendidas sin fin, sin Dios, sin nada  
y a cada paso mío me responde  
únicamente un tumbo del océano.

Esta isla camino yo, habitante  
del huerto y del arroyo,  
yo que he visto naranjos florecidos  
y dorarse por Junio los trigales.

Entonces cómo amarte  
isla de soledad ilimitada;  
aquí no está el mar de las canciones,  
de los encuentros y las despedidas,  
no es el mar jubiloso con sus muelles  
y ese secreto encanto de charlar en voz baja  
arrimado a las viejas maderas viendo el agua;  
aquí no estuvo nunca el pescador  
con su barba salada  
inclinado en las tardes remendando sus redes;  
sólo fechas y nombres extranjeros,  
sólo la firma triste del soldado  
que huye de la muerte  
escribiendo su nombre en las paredes;  
que se despide en la pared, de todos.

Oh desolada Baltra,  
en ti no crecerá nunca el arbusto,  
la verde sementera, la magnolia,  
nuncha habrá la vertiente,  
la sed de la gacela en el verano,  
no habrá la voz del hombre pronunciándote,  
bendiciéndote el día de la siembra,  
no habrá la voz del hombre haciendo vida,  
sino el oscuro grito del soldado.

Ya nunca más serán en ti mis pasos,  
borra mis huellas de tu playa triste,  
vuelvo hacia donde crecen los naranjos,

vuelvo a mi casa anclada frente al río;  
Baltra, abandonada,  
islole triste de la soledad.

## BALADA DE LA HIJA Y LAS PROFUNDAS EVIDENCIAS

Efraín Jara Idrovo

1926

### I

El gozo de la luz se hace manzana;  
el sueño de la tierra, hierba trémula;  
lo más lento del aire se hace nube,  
lo más ágil del agua, pez o espuma.

Lo más áureo del sol prende la espiga,  
lo más triste del cielo cae en lluvia,  
lo más raudo del viento cuaja en pájaro;  
lo más sueño del hombre, en canto, en hijo.

¡Oh sueño de mis sueños, Hija Amada,  
alboroto de mi alma, flor surgida  
entre tantos escombros de la sangre!  
¡Pequeña uña rabiosa de la vida!

Me redimes del tiempo, luminosa  
arteria del diamante o del lucero.  
Antes de ti, el bosque, el prado, el río;  
después, el corazón, de nuevo el bosque...

No hay antes ni después: sólo este júbilo  
detenido en tus ojos para siempre.  
¿Qué pudo suceder antes de tu alma  
o advenir después de tu sonrisa?

## II

¡Cuánto tardaste, amor, en devolverme  
la soledad gastada a manos llenas!  
Monedas de pasión nunca extraviadas,  
en mi canto tornáis, multiplicadas.

¿En dónde está la espina de mi infancia,  
la luz de junio sobre los nogales,  
el ardor del torrente, la oxidada  
cimbra que en la humedad tensan las ranas?

¿En dónde están: mi corazón cansado  
de tanto amar a los desposeídos,  
las grandes pausas de abandono y muerte  
frente al total silencio de los astros?

¿Qué se hicieron los días en que el vino  
fundó la realidad con los fantasmas,  
la ola de redención le 'a 'el' e' r' i  
que rescató los despojos de los sueños?

¿Qué se hizo la mar, su piel violenta  
la agitación del ser cumpliendo, insomne?  
¿Qué fue de la conciencia: enajenada  
en oponerse al mundo, ¿o es su ingenio?

## III

El ser retorna al ser. Nada se pierde.  
Lo más leve del fuego splende en llama.  
Lo más denso del rayo nutre el trueno;  
lo más puro del alma, el polvo, el tiempo...



Lo más frágil del alba quiebra en trino;  
lo más pobre del pobre, en la ternura.  
Lo más blando del ave adensa el nido.  
Lo profundo del hombre se hace canto...

En dar brillo y aroma a los rosales  
gasté muchas sandalias y veranos;  
en otorgar murmullo a los arroyos,  
rumor del corazón, flema del alma.

Todo iniciaba en mí su resonancia.  
Cobrando oscuridad, como la noche  
para el hilván de las constelaciones,  
se apagaba mi ser, y el mundo ardía...

Nada es gratuito, si algo es verdadero.  
No cuestan sólo el pan y las camisas:  
más caro es el balido del cordero,  
la luz del alba, de nuevo, en la ventana...

#### IV

En mí fue dispersión, Niña Preciosa,  
lo que tu sangre aquieta y eslabona:  
la redondez del fruto no recuerda  
la oscura agitación de las raíces...

Desde mis arboledas, como un himno,  
el rumor de tus venas se expandía.  
Mi alma soñaba a tu alma, como el viento  
su nudo de palomas desatado.

Eres yo y más que yo: eres la espuma  
que torna a la inconstancia de la ola;

el desmoronamiento del aroma,  
devuelto a la cantera de la rosa.

Eres yo y más que yo: en ti regresa  
el bosque a ser puñado de semillas;  
retornan las madejas de la nube  
al susurrante asombro de las aguas.

Te prolongo hacia ayer; tú me proyectas,  
con la avidez del ala, hacia el futuro;  
agotas tú mi ser y lo desbordas  
en el presente puro de tus ojos...

## V

¡Porque nada se gasta sin motivo!  
Lo más dulce del trébol se hace abeja;  
lo más terso del tacto, piel amada;  
lo más arduo del alma, pensamiento.

Lo voluble del nardo huye en aroma;  
lo tenaz de los huesos pacta en lágrimas;  
lo más fresco del árbol se hace sombra;  
lo ávido de la conciencia, el universo...

Quebrantos y alegría, anhelos, júbilo,  
vuelven al corazón donde partieron.  
Pero si alguien soñó o amó en la vida  
los confines del mundo ha dilatado.

Ya no es el mundo el mismo: su armonía  
con recientes ácordes ha acrecido.  
Si vuelve la cometa, es diferente:  
torna empapada del rumor del cielo.

¡Oh esencia extraña del cundir humano:  
vida que sólo es vida si es más vida!  
¡Oh pura agilidad siempre en peligro,  
efímera extensión, sombra del tiempo!...

## VI

En hermosura y música regresa  
tu imagen bienamada hasta mi pecho  
de varón solitario, corroído  
por el viento nocturno de la muerte.

Con sombra de paloma hice tu frente,  
con peso de jazmín, tus leves manos.  
El espectro del ciervo yo he creado  
para que fulgurara en tus cabellos.

La oveja me devuelve la dulzura  
con que aureolé su paz, para tus ojos.  
Para tu voz, el río me repone  
su manojito de venas disgregadas...

En ti rescato lo que di a la vida:  
mi niñez aventada en las espinas;  
mis años junto al mar, allá en las islas,  
oyendo respirar, sordo, el planeta.

¡Hija mía, presagio de la dicha!,  
no la felicidad, su anuncio sólo,  
la intensa exaltación que la antecede  
y que, por no advenida, jamás cesa...

## VII

Nada fue inútil mientras destellaba.  
Lo absorto de la piedra engendra el musgo.  
Lo inmóvil de la altura se hace nieve;  
el perfil de la brisa, mariposa.

Lo terco del sonido irradia en eco;  
la plétora del ser, en sensaciones;  
lo más voraz del alma enarca el sexo;  
lo vano del recuerdo se hace olvido...

De queresas de mosca estamos hechos,  
de obstinada pasión irremediable.  
No venimos, no vamos, aquí estamos;  
mientras anima el fuego, fulguramos...

Sólo el amor nos salva y justifica  
la indolente crueldad de la existencia.  
Sólo el amor y el canto nos reintegran  
lo que dimos al mundo, dilatándolo.

¡Hija amada, burbuja de alegría!,  
todo converge en ti y, acrecentado,  
en tierra, en cielo, en aire, en mar, en fuego,  
reposa en ti, salvado para siempre...

## SALMO 11

Alfredo Vivar

1932

todo integra el paisaje  
ese nido que esconde el follaje  
y el silencio sujeto en la piedra y el vellón  
escardado del sauce vilanos angélicos  
todo completa el paisaje  
de la mosca el zumbido monócromo  
de la brisa en los chopos los flecos  
el verde aroma del tomillo fresco  
el velo dorado del día festivo en la fuente

para el sueño diurno el seno soleado la simiente  
busca la tierra despierta en los brazos jocundos  
del sol cual zambo maduro crecido en ladera  
entre capulíes jalde la falda pajiza cuelga  
como una campana que del hilo blanco del humo  
tenue esté suspensa y guarde dentro  
la mesa los bancos dos tazas de leche tibia  
y el pan caliente en la cesta de mimbre y

desde luego

el buenos días el adiós y hasta el almuerzo  
la estela que en la vena renitente la leve nave  
de un girino deja rilando rilante es tan efímera  
los berros que alizan sus glaucas trenzas  
en el raudal al sol fosforescentes cabrillean  
extendidas en finas cuerdas que se pierden  
el arroyo rumoroso que se empeña en el arrullo  
sigue las flechas del viento que al paso deja  
en mi mente nave gris abierto  
el cofre del pensamiento

tu imagen queda entonces sola y libre  
mientras libres se afanan fuera  
cuántas de ti tuvieron ni una mirada

el arroyo que al fin llega a remanso sustenta  
el navío solitario me parece pero descubro  
un mar de gas y luz que lo sostiene y las olas  
los costados le iluminan relucientes y encienden  
los reflejos las velas que se hinchan  
y raudas lo conducen hacia un lugar incauto  
en el inmenso mar de mi cerebro

tu imagen luce hermosa solitaria mía...

¡no quiero tenerla más!

echo a pique la barca...

un glugluteo apenas  
la espuma que guiña y se pierde...

otra vez la mar  
la calma la fosa la soledad

## REBAÑO 25

Rubén Astudillo y A.  
1938

Todo nos  
tuvie-  
ron listo  
a la llegada.

a noso-  
tros  
no  
nos  
tocó  
sino alinearnos.

ponernos  
a  
aprender  
las  
formas  
de vivir  
al borde del peligro,

y ni eso:

barcos que nunca han de encontrar  
el norte,  
viajeros asombrados:

Acostumbrarnos sólo. A-  
costumbrarnos.

No estuvo  
ni  
bien, ni  
mal, el que así fuera.

¿a quién culpar?... ¿por qué?...

las cosas  
son o  
están, se hacen  
o, se realizan  
al margen  
de Nosotros.

Para estar "rescatados"  
en medio  
de este coágulo de ser-  
pientes enfermas. Para  
ser  
estos árboles  
con  
la  
raíz herida, y, si nos  
preguntaran: nos  
daba  
igual morir, no  
haber sido, existir... como  
potros  
estarnos, en los prados  
cerrados  
de este cielo  
que cierne  
agua ne-  
gra en las yerbas.



Nosotros  
no  
hicimos este mundo  
sobre él, nada Tenemos.  
Ninguna Oferta Somos.  
Ni en pro, ni en contra.  
compromisos  
ha-  
cia él, nos fueron dados.

Mientras vivan estos peces  
nocturnos, viviremos, sin  
embargo.

A-y estrella de llanto.  
A-y noche repartida.  
A-y vida que no fuiste:  
mientras estés aquí,  
Nosotros  
estaremos, Despreciada.

## HAGASE

Rubén Tenorio Oramas  
1940

Al borde de la pena común,  
yo me siento  
como la brisa en las olas,  
como las hojas secas cantando en el suelo,  
como la noche suspirando a la luna.

Intranquilo.

Sereno.

Viendo en largas miradas los rostros de las cosas.

Caminando las mismas huellas de los años.

Hablando; cantando;

llorando con todos,

interrogando intensamente...

¿Por qué los pasos?!

¿Por qué la aurora?!

¿Por qué la luna cantando callada

mientras el sol sigue siendo el mismo?!...

Un niño nace muerto...

y las mujeres cantando en las iglesias.

Una sonrisa de veinte años...

y un rojo mar latiendo en la frontera.

Una fiesta de amor sincero...

y una eternidad Infernal.

Intranquilo.

Sereno.

Busco con los ojos de mis manos  
en las raíces de los árboles,  
en el primer germen de la vida:  
la sombra que eternizó el llanto.

Busco el primer beso,  
la primera idea,  
la traición inicial.

El algo fatal  
que rompió los cauces de la inmortalidad.

.....

¡Un hombre!  
¡Una mujer!  
¡El primer hijo!

.....

Un génesis de vida,  
un génesis de dolor,  
un génesis de muerte.

Todo será milenario al final de la palabra.

## ENTREVISTA IMAGINARIA A DIOS

Alberto Ordóñez Ortiz

1942

Tengo de ti,  
tu túnica enrollada al cielo,  
la resina de tu distancia  
prendiendo los luceros,  
el cartero del horizonte  
repartiendo tu encomienda de pájaros,  
tu aliento dividiendo al mundo  
en lentos cuadernos verdes.

El gavián y yo,  
girando en círculos de humo,  
jadeando detrás de tu huella.

Tengo de ti,  
tu rastro  
que huye sembrando lunas,  
el infinito,  
plantado ciego  
al centro de tu inalcanzable imperio,  
la muchacha frente a la noche,  
murmurando un coro de aves,  
el girasol iluminado  
por un tenue candil amarillo.

Tengo de ti,  
la destreza de orfebre  
con que encuadernaste mi alma,  
la viruta de penumbra que te robé, allá,  
a un río del paraíso.

El inmóvil círculo negro  
en que tiritan  
condenadas las constelaciones,  
el taller de costura de las nubes  
bordando líquidos tapetes,  
el mago que vive en mí  
y me dicta islas de ilesa blancura,  
el talismán de la muerte  
fulgurando entre mis sienes.

Tengo de ti,  
tu índice rojo  
que huye esparciendo estuarios,  
el atuendo de vidrio  
con que te imagina el ciego,  
la caída vertical del astro  
tocado por tu altura.

Las llaves de sal  
con que abre el mar  
su estantería de espuma.  
el viento de las 6  
pidiendo posada al crepúsculo,  
el firmamento y su cuerno de caza  
fundando una torre de rayos,  
el ojo desvelado de Francis Drake,  
buscándote aún  
en la última taberna del océano.

Tengo de ti,  
la espalda del tiempo  
vencida por la eternidad,  
y la espiga de nunca  
con que terminarás derrotándola;

el árbol  
inaugurando su reino de abejas  
sobre un húmedo trono de aroma.

Tengo de ti,  
mi camisa terrestre,  
tejida en humo  
y cuajada de olvido  
para colmar la nada,  
el vacío tras tu huella,  
y el perfume del jazmín,  
arañando mi ventana.

## PRECOZ ESTA LA TIERRA PARA EL HUESO

Gerardo Salgado Espinosa  
1949

### X

Compañero de sangre y de apellido.  
Compañero de vientre en el clero  
crecido en nueve trinos de jilguero.  
Un jilguero en la vida te ha crecido.

Compañero del viento estremecido  
que alondraba cometas de viajero.  
Compañero del trompo pasajero.  
Compañero de infancia que he perdido.

Un jilguero en tu pulso se reclina  
y descuelga su nido en la colina.  
Encolinada muerte en llamarada.

El viento la cometa ya no juega.  
El trompo de la vida te reniega  
y estás, Iván, de infancia sepultada.

### XII

Edad precoz para una sangre ausente.  
Tu ausencia de la vida es un remedo,  
como la uva sin vino en el viñedo,  
como lluvia sin agua en la vertiente.

Tu ausencia es una huella que se siente  
pisar el corazón, quedo, muy quedo.

Como tacto de mano sin el dedo,  
como escarpín sin pie, livianamente.

Edad precoz adelantada al día  
que antecede a la noche todavía,  
y en tu noche precoz estás dormido.

Como un ojo que vela su osamenta  
en el nido de insomnio que acrecienta.  
Como el ala caída sin el nido...

## XII



## SOLEDAD

Sara Vanegas Cobeña  
1950

en el laberinto oscuro del oleaje  
tu ventana  
espejismo solitario

en la playa lejana  
se suicidan  
delfines invisibles  
ebrios de noche y espuma

## AMO

Sara Vanegas Cobeña  
1950

amo las alas extendidas de una mariposa  
amo la mañana azul en que parten  
la mente y los pájaros  
amo toda partida  
la nostalgia que engendra las despedidas  
los ecos de las voces que dicen adiós  
la hora en que los aviones zarpan  
y los barcos  
amo las nubes... el mar... los faros  
la distancia pura

amo  
la llegada imprecisa de la aurora  
la faz intacta de un niño no nacido  
el aire aún no respirado  
amo un verso no planeado  
una canción no cantada  
amo la nada  
el silencio... la locura  
amo  
amo la ausencia total de estos momentos...

## JUANTODONADA

Waldo Calle

1951

Y ahora qué haces  
Juantodonada,  
con la galaxia a cuestas  
y la luna entre las piernas.

A dónde vas  
Juantodonada,  
ahora que escupiste  
a tu dios y te olvidaste.

Quién eres al fin  
Juantodonada,  
microbio de la tierra,  
patrón del universo.

Hacia dónde te mueves  
Juantodonada,  
ahora que ya sabes  
la relatividad del movimiento.

.....

Nunca te preguntaste  
Juantodonada  
por qué los ríos no duermen en las noches  
(pero si hay noches tan oscuras...),  
los ríos hacia el mar  
y el mar sobre sí mismo,  
la selva con sus gritos sudorosos

y las montañas despiertas sin moverse  
velando el equilibrio de los árboles.

Que paisaje estás bordando  
hambriento comensal de las estrellas,  
araña de invisibles horizontes...  
cometa a la deriva,  
sin hilo entre las nubes, peregrino,  
no te cansas de las noches y los días,  
el sol sigue bailando locamente  
y después que te mira te abandona,  
y la luna caprichosa...  
cómo juega en las noches tropicales,  
ayer como viuda taciturna  
y mañana desnuda entre las olas...

.....

A quién diriges tu plegaria,  
bonzo incinerado en el desierto,  
cuántos cristos consumiste  
hambriento en tus noches insaciables,  
pero sigues siendo el mismo,  
Juantodonada,  
humilde buscador de deidades.

No te pesan los años que has vivido  
sacando gota a gota desde el agua  
tu imagen reflejada...  
Las mentiras murieron bajo las verdades  
que después serán mentiras...  
Juantodonada,  
gaviota en las alas de las últimas olas...

Pero... qué ironía...

bailar cuando comienza tu agonía,  
embriagado ya estás, acaso piensas  
que te bebas el último sorbo de la vida;  
cuándo dejarás de mascar tu hueso amargo,  
Juantodonada,  
perro enamorado de la luna.

No te cansas de danzar,  
danzante interminable,  
los pies del corazón nunca te duelen,  
el público no llega o ya se ha ido  
y tú sigues danzando,  
Juantodonada,  
baila para ti, danzante, baila...

.....

Juantodonada,  
quién te habrá sembrado,  
en qué surco habrá caído tu semilla,  
con qué agua te regaron, Juantodonada,  
y por qué no ha venido el jardinero.  
Ahora quién cortará la espina de tu vida,  
o quién besará la flor antes que muera,  
o estás abandonado para siempre.  
Cuántas lunas te vieron sin mirarte  
y cuánto rocío cayó sin alcanzarte,  
mas, sigues esperando, Juantodonada,  
creciendo como un musgo abandonado  
y sigues esperando al sembrador ingrato,  
esperando y muriendo,  
Juantodonada,  
esperando y muriendo y esperando...

## LOS ELEMENTOS DEL CREADOR

Jorge Arízaga

Era el Agua el elemento primero  
y primero el agua dio existencia a los seres,  
mojando de vida cada porción de los mismos.  
La Tierra abrigó la savia fría de las plantas  
recién amanecidas al verdor genésico.  
Era, pues, la tierra el elemento sólido  
creación oscura, cuna burda de materia.  
Vino el fuego, soplo ardiente del Purusha  
para encender la pupila de los reptiles.  
Hizo hervir el agua, calentó la tierra,  
entonces hubo lodo fuerte  
para amamantar la boca de los volcanes.  
Faltaba el aire para alentar al fuego  
y hacer estremecerse al ala para el primer vuelo.  
Y vino el aire, aliento del Verbalizador sin boca,  
levantando la superficie de las aguas  
en las que nacían las primeras olas.  
Era el aire, el elemento periférico,  
sustentando la respiración de las criaturas.  
Llegó el Eter, sustancia del sueño  
del Gran Soñador que jamás duerme.  
El éter sublimador que hizo latir  
el tierno corazón del primer hombre.  
Al fin el éter, el éter silencioso,  
el elemento más sutil de los elementos.  
Y allí, en la sustancia del Agua y de la Tierra,  
en la esencia del Fuego, el Aire y el Eter;  
estás tú, creando, sustentando y disolviendo,  
Gran Causante de las causas infinitas.  
El agua no pregunta dónde estás.

Sabe que ríes en sus chorros y carcajeas  
en sus cascadas. La tierra sabe que la lombriz  
se mueve porque Tú la mueves. El fuego  
te siente quemar en su centro inquieto  
con una incandescencia continúa y en constante  
aumento.

El aire no pregunta si existes.  
Te ha visto en su espejo sin bordes  
danzando como una medusa marina;  
te ha visto en el batido circular  
de las alas del colibrí andino;  
te ha visto embarazar las velas  
de las naves de Colón y Marco Polo.  
El éter te conoce, Gran presente sin presencia.  
Ahora mismo te señala  
en el Sol de la Gran Noche.

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

El viento te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza  
y te abraza y te abraza

## INGRESO EN VOS

A Jeannet, cuando ama

Cristóbal Zapata

soy el azul que escogí a chagall;  
el mejor relato de julio  
escrito con tus delineadores;  
las batallas que le gané a mi hermano  
(con carrizos por fusiles y piedras de agua)  
en el cercano campo que es mi infancia;  
soy la alegría del verde  
y la nostalgia de mi prima;  
el primer poema de roque, el segundo de borges  
y el último de octavio;  
el tango que alucinó a paz vilaró  
y la nieve que no cesa en una novela de zolá.  
Todo eso soy  
cuando ingreso en vos,  
por eso, si me salgo de tu adentro  
con qué vivo, me pregunto.



## RONDO DEL DESADAPTADO

Angelita Sánchez

### A. MODERATO

El silencio en confuso llanto espera ser ruido  
la soledad desesperada, espera ser dos  
la confusión inerte aguarda posición  
y el hombre llora sutiles lágrimas  
aves en vuelo  
flores marchitas y  
pedras de dolor

### B. ANDANTE

Navegante de cielos y esperanzas  
caminante perfección y equilibrio.  
Buceador del tibio mar amniótico;  
la tormenta se aproxima.

### C. ALLEGRO

Trauma desequilibrio miedo  
Nacimiento a la imperfecta vida  
Flor que brotas y te azota el viento  
Larga es la ruta del peregrino

### D. VIVACE

No pedí no supe no me consultaron  
exclamas incierto  
Por qué cómo Quién...  
al no compensar tu carencia.

### A. LARGO

El silencio...  
La soledad...  
La confusión...  
Instantánea vida Cuándo sabré de tiiiiiiii

### E. A TEMPO

Vuelvo a Ti prudente Dios.

Fernando Moreno Ortiz

Mientras la mosca vuela  
pregonando mundos  
imagino a Dios  
obsequiando flores  
la fealdad solo es una apariencia  
la belleza es la realidad de todo  
y fijo de mí  
fuera de mí  
sé que estoy rodeado  
paso a descubrir el Universo  
soy feliz  
el vacío poco a poco va creciendo  
el corazón se va llenando  
caótica multitud lo va poblando  
la respiración se maravilla  
la mirada se dilata  
ansiosamente en hoja viva  
a su paso me va envolviendo  
mientras desenvuelve palpitanes ecos al espacio  
esta hoja va refusilando  
la mosca sigue cantando  
por el momento sé  
que no necesito más

## TRAS EL ARBOL DEL BIEN Y DEL MAL

Virginia Roldán

Presentación	Tras el árbol del bien y el mal	
Francisco de Paula	Adán tiembla escondido de Dios	
Francisco de Paula	barruntando la mitad de una traición:	
Francisco de Paula	fue ella, no fui yo.	
Francisco de Paula	En la copa del árbol	
Francisco de Paula	escondido de su sombra llora Dios	
Francisco de Paula	la mitad intransferible de la culpa:	
Francisco de Paula	yo, he sido yo.	17
Honorario Varón		18
Francisco Nicolás Arango	En el tray	19
Francisco María Arango	El tray	20
Francisco Crispín Toral	El tray	21
Francisco Crispín Toral	El tray	22
Francisco Crispín Toral	El tray	23
Francisco Crispín Toral	El tray	24
Francisco Crispín Toral	El tray	25
Francisco Crispín Toral	El tray	26
Francisco Crispín Toral	El tray	27
Francisco Crispín Toral	El tray	28
Francisco Crispín Toral	El tray	29
Francisco Crispín Toral	El tray	30
Francisco Crispín Toral	El tray	31
Francisco Crispín Toral	El tray	32
Francisco Crispín Toral	El tray	33
Francisco Crispín Toral	El tray	34
Francisco Crispín Toral	El tray	35
Francisco Crispín Toral	El tray	36
Francisco Crispín Toral	El tray	37
Francisco Crispín Toral	El tray	38
Francisco Crispín Toral	El tray	39
Francisco Crispín Toral	El tray	40
Francisco Crispín Toral	El tray	41
Francisco Crispín Toral	El tray	42
Francisco Crispín Toral	El tray	43
Francisco Crispín Toral	El tray	44
Francisco Crispín Toral	El tray	45
Francisco Crispín Toral	El tray	46
Francisco Crispín Toral	El tray	47
Francisco Crispín Toral	El tray	48
Francisco Crispín Toral	El tray	49
Francisco Crispín Toral	El tray	50
Francisco Crispín Toral	El tray	51
Francisco Crispín Toral	El tray	52
Francisco Crispín Toral	El tray	53
Francisco Crispín Toral	El tray	54
Francisco Crispín Toral	El tray	55
Francisco Crispín Toral	El tray	56
Francisco Crispín Toral	El tray	57
Francisco Crispín Toral	El tray	58
Francisco Crispín Toral	El tray	59
Francisco Crispín Toral	El tray	60
Francisco Crispín Toral	El tray	61
Francisco Crispín Toral	El tray	62
Francisco Crispín Toral	El tray	63
Francisco Crispín Toral	El tray	64
Francisco Crispín Toral	El tray	65
Francisco Crispín Toral	El tray	66
Francisco Crispín Toral	El tray	67
Francisco Crispín Toral	El tray	68
Francisco Crispín Toral	El tray	69
Francisco Crispín Toral	El tray	70
Francisco Crispín Toral	El tray	71
Francisco Crispín Toral	El tray	72
Francisco Crispín Toral	El tray	73
Francisco Crispín Toral	El tray	74
Francisco Crispín Toral	El tray	75
Francisco Crispín Toral	El tray	76
Francisco Crispín Toral	El tray	77
Francisco Crispín Toral	El tray	78
Francisco Crispín Toral	El tray	79
Francisco Crispín Toral	El tray	80
Francisco Crispín Toral	El tray	81
Francisco Crispín Toral	El tray	82
Francisco Crispín Toral	El tray	83
Francisco Crispín Toral	El tray	84
Francisco Crispín Toral	El tray	85
Francisco Crispín Toral	El tray	86
Francisco Crispín Toral	El tray	87
Francisco Crispín Toral	El tray	88
Francisco Crispín Toral	El tray	89
Francisco Crispín Toral	El tray	90
Francisco Crispín Toral	El tray	91
Francisco Crispín Toral	El tray	92
Francisco Crispín Toral	El tray	93
Francisco Crispín Toral	El tray	94
Francisco Crispín Toral	El tray	95
Francisco Crispín Toral	El tray	96
Francisco Crispín Toral	El tray	97
Francisco Crispín Toral	El tray	98
Francisco Crispín Toral	El tray	99
Francisco Crispín Toral	El tray	100

## INDICE

	Página
Presentación	5
Ignacio de Escandón. <i>¡Oh flor bella!</i>	7
Pedro Pablo Berroeta. <i>Voz de la creación</i>	8
Tomás Rendón. <i>Viendo que baja quien subir anhela</i>	9
Joaquín Fernández de Córdova. <i>La noche en el campo</i>	11
Antonio Merchán García. <i>A Miguel Angel Corral</i>	13
Miguel Angel Corral. <i>La mañana</i>	15
Luis Cordero Crespo. <i>¡Adiós!</i>	17
Miguel Moreno. <i>Las tres torcaces</i>	27
Julio María Matovelle. <i>Una ganancia es morir</i>	34
Honorato Vázquez. <i>El Yaravi</i>	36
Manuel Nicolás Arizaga. <i>En el mar Caribe</i>	41
Rafael María Arizaga. <i>¡Siempre!</i>	43
Remigio Crespo Toral. <i>Mayo</i>	45
<i>A la orilla del mar</i>	50
<i>Corceles y cóndores</i>	51
Adolfo Benjamín Serrano. <i>Años después</i>	55
José Mora López. <i>Bello es amar</i>	57
Ernesto López. <i>Versos blancos</i>	58
Nicanor Aguillar. <i>De arte antiguo</i>	61
Luis Cordero Dávila. <i>Confidencias</i>	64
Juan Iñiguez Vintimilla. <i>Marinera</i>	65
<i>Poema XXI</i>	66
Manuel María Ortiz. <i>La queja</i>	67
Francisco Martínez. <i>Delirio</i>	68
Alfonso Andrade. <i>Trébol</i>	69
Alfonso Malo Rodríguez. <i>Brevísimo soneto</i>	70
<i>La leyenda del cisne</i>	71
Aurelio Falconí. <i>Fuga doliente</i>	74
Remigio Tamariz Crespo. <i>La garza</i>	75
<i>Sol de ocaso</i>	76
Remigio Tamariz Burbano. <i>La tarde</i>	77
Agustín Cuesta Vintimilla. <i>Desde la cumbre</i>	78
<i>El poeta del sauce</i>	79
Ricardo Jáuregui. <i>Idilio</i>	80
Gonzalo Cordero Dávila. <i>Montaña azul</i>	82
Miguel Angel Moreno. <i>En la cumbre</i>	86
Alfonso Moreno Mora. <i>Jardines de invierno</i>	88
<i>Visión lírica</i>	96

Manuel María Palacios. <i>Con el mar</i>	100
<i>Visión romántica</i>	102
Cornello Crespo Vega. <i>Madrigal</i>	103
Remigio Romero y Cordero. <i>Egloga triste</i>	104
<i>Elegía de las rosas</i>	110
José María Astudillo Ortega. <i>¡Alma natural!</i>	111
Manuel Moreno Mora. <i>Spleen</i>	113
Ricardo Darquea Granda. <i>En el páramo</i>	114
Carlos Aguilar Vázquez. <i>Cementerio vivo</i>	115
Luis Cordero Crespo. <i>Pars autumnalis</i>	119
Rafael Romero y Cordero. <i>Haz de tu vida un cuento</i>	120
María Ramona Cordero y León. <i>Bésame</i>	121
Manuel Coello Noritz. <i>La epopeya del árbol</i>	126
Vicente Moreno Mora. <i>La asechanza sombría</i>	128
César Andrade y Cordero. <i>Ven, recibe este mar</i>	129
<i>Dos motivos de Debussy</i>	131
<i>Monte Cojttambo</i>	133
Alberto Andrade Arizaga. <i>Hubo que vender la casa</i>	134
Roberto Cordero y León. <i>Elegía I</i>	137
César Dávila Andrade. <i>Oda al Arquitecto</i>	139
<i>Boletín y elegía de las mitas</i>	142
Antonio Lloret Bastidas. <i>La soledad</i>	152
Enrique Noboa Arizaga. <i>Biografía de mi pueblo</i>	158
Arturo Cuesta Heredia. <i>En la muerte de mi canario</i>	
<i>Amadeus</i>	160
Jacinto Cordero Espinosa. <i>Poema para el hijo del</i>	
<i>hombre</i>	176
Eugenio Moreno Heredia. <i>Balra</i>	184
Efraín Jara Idrovo. <i>Balada de la hija y las profundas</i>	
<i>evidencias</i>	189
Alfredo Vivar. <i>Salmo 11</i>	195
Rubén Astudillo y A. <i>Rebaño 25</i>	197
Rubén Tenorio Oramas. <i>Hágase</i>	200
Alberto Ordóñez Ortiz. <i>Entrevista imaginaria a Dios</i>	202
Gerardo Salgado Espinosa. <i>Precoz está la tierra para</i>	
<i>el hueso</i>	205
Sara Vanegas Cobeña. <i>Soledad</i>	207
<i>Amo</i>	208
Waldo Calle. <i>Juantodonada</i>	209
Jorge Arizaga. <i>Los elementos del Creador</i>	212
Cristóbal Zapata. <i>Ingreso en vos</i>	214
Angelita Sánchez. <i>Rondo del desadaptado</i>	215
Fernando Moreno Ortiz. <i>Paz</i>	216
Virginia Roldán. <i>Tras el árbol del bien y del mal</i>	217

	170
	171
	172
	173
	174
	175
	176
	177
	178
	179
	180
	181
	182
	183
	184
	185
	186
	187
	188
	189
	190
	191
	192
	193
	194
	195
	196
	197
	198
	199
	200
	201
	202
	203
	204
	205
	206
	207
	208
	209
	210
	211
	212
	213
	214
	215
	216
	217

El 29 de mayo de 1992 se celebró en la Universidad de Cuenca, por octogésima novena ocasión la fiesta de la Madona Universitaria, la Virgen María, madre de Dios y de los hombres, bajo la advocación de FUENTE DE LA SABIDURIA. Todos los estamentos universitarios acudieron a rendirle pleitesía con oraciones, flores, música y con esta antología poética que recoge lo mejor de la inspiración cuencana de tres siglos.

Virgen de la Fuente. Tres siglos de poesía y devoción. 217